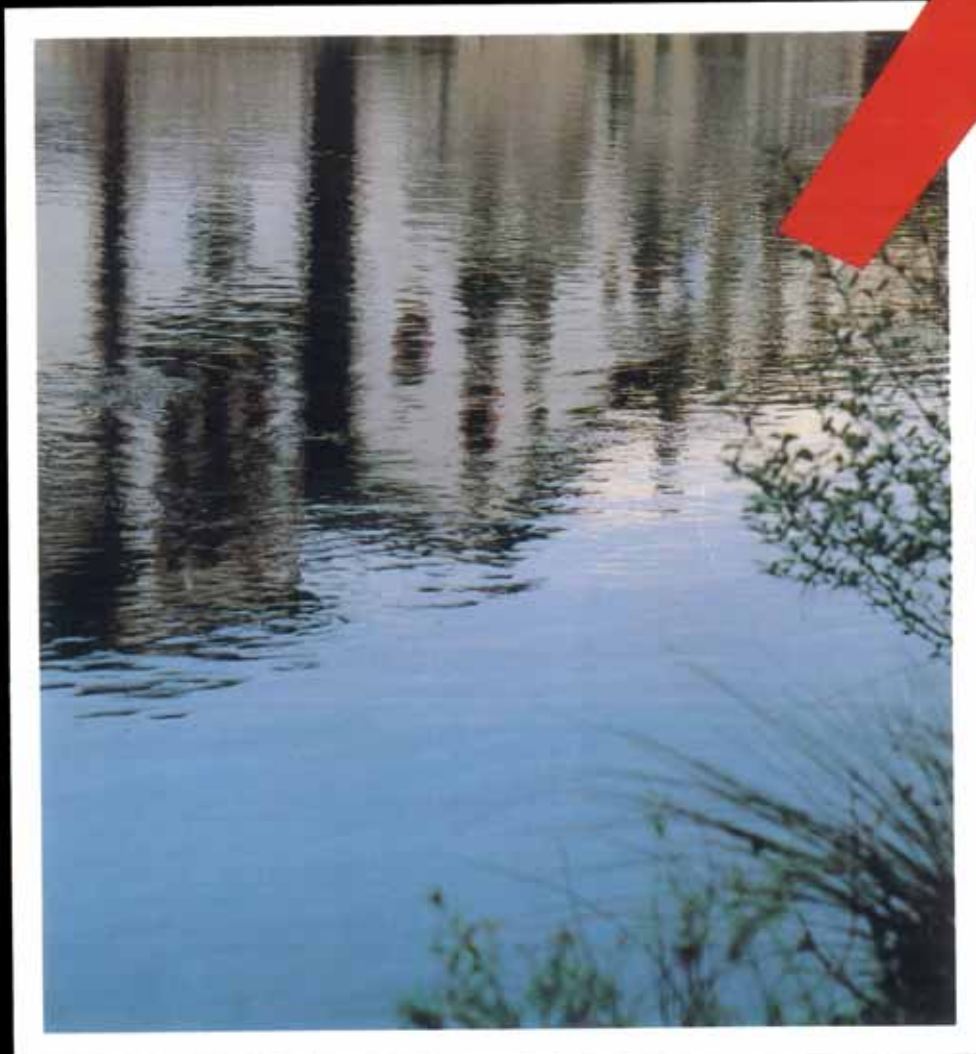


FOR

Víctor Manuel Arbeloa

NAVARRA

II. DE BURLADA A SUMBILLA



Prólogo de Julio Caro Baroja

POR NAVARRA

*Varios de estos artículos han sido publicados en DIARIO DE NAVARRA.
Algunos otros se han publicado también en DEIA, LA GACETA DEL NORTE
y NAVARRA HOY*

Fotos, ilustraciones de artículos, cedidas por Institución Príncipe de Viana.
Foto de portada: J. L. Zúñiga.

Impreso en I. G. Castuera, S. A. - San Blas, 4 - Burlada.

I.S.B.N. 84-398-6794-8

D.L. NA 704 - 1986

POR Víctor Manuel Arbeloa
NAVARRA

DE BURLADA A SUMBILLA

II

Prólogo
Julio Caro Baroja

PROLOGO

Me resulta fácil por una parte, difícil, por otra, escribir unas cuartillas a manera de prólogo para este nuevo libro de Víctor Manuel Arbeloa. Fácil, porque se trata de un amigo de hace mucho, pese a la diferencia de edad y porque su libro refleja el amor a la tierra natal: amor que yo comparto. Podría, pues, ahora, cumplir de modo satisfactorio, al menos para el público, haciendo un ramillete de elogios, más o menos convencionales. Pero no quiero engañarme a mí mismo y menos engañar a los demás.

Estoy en la edad en que la proximidad a la muerte hace que algunos por lo menos busquemos ante todo y por encima de todo la verdad: nuestra verdad. Esta es compleja y con frecuencia desolada. Ahora bien, siguiendo el precepto de un profundo conocedor del alma humana, hay que aceptar, como tal, el estado de desolación que, dicho sea de paso, no es el de la angustia existencial de que se habló tanto hace unos años.

Voy, pues, a escribir algo que explicará al lector la dificultad que tengo para pergeñar estas líneas y que por

eso mismo realzará las páginas escritas por Víctor Manuel. Aparte de su naturaleza de navarro, su personalidad es compleja. Arbeloa es un cristiano activo, es político y es poeta. En este libro se expresa varias veces como hombre de Fe. También en alguna ocasión como hombre político, y en muchas, muchísimas más, como poeta, enamorado casi carnalmente de su tierra. Arbeloa, por otra parte, se halla en la plenitud de la vida.

Si ahora le digo al lector que escribo en la vejez, que mi fe tal vez más fuerte hoy que en otros tiempos, es siempre vacilante y cavilosa, y que tengo el mínimo de ideas políticas que puede tener un hombre moderno en su cabeza, comprenderá por qué me resulta difícil ser un buen introductor en la lectura de este libro.

Queda el amor al país. Es evidente. Pero queda con la visión de la vejez que se ajusta a un texto de San Pablo: «Praeterit enim figura hujus mundi». El mundo cambia de imagen, de esquema como dice el texto griego. El que observa cambia de visión. La visión de Arbeloa es la de un hombre joven, lleno de exaltación lírica y, así, hasta de hechos que observa que no son agradables, saca notas complementarias, de color. Yo pienso que hace cuarenta años, en trance de viajar y de observar la tierra y sus habitantes, me hubiera pasado lo mismo. Hoy tengo que reconocer que mis ojos se han hecho más fríos, mi visión es más severa. Sigo viendo y amando las bellezas del país. Cuando realizo un viaje de Vera a Pamplona, «erreka beltza» arriba, subo a Velate, bajo a los valles de la otra vertiente y me aproximo a la ciudad experimento sensaciones parecidas a las que podía sentir hace sesenta y cinco años, cuando con mi madre, mi abuela, mis tíos iba a visitar al Dr. Juaristi en su Clínica de San Miguel. Un gozo intenso.

Otros itinerarios, otras excursiones como las aquí descritas, también me lo producen. Navarra es «todavía» una tierra hermosísima y es de desear que los navarros tengan conciencia de ello para que no sigan el camino de otras contiguas, afeadas de modo increíble de sesenta años a esta parte.

Todo va bien, es coincidente con la visión de Arbeloa cuando se trata de pueblos y paisajes, cuando hay que referirse a algunas o muchas gentes. El «pero» surge en el momento en que hay que encararse con otras. Nuestro drama está ahí. Arbeloa da algunas notas que servirán para sugerirlo en las conciencias más despiertas. En algunas, como la mía, el drama obsesiona, domina y aplasta lo demás.

Víctor Manuel publica aquí poemas como el de «Sangre en Montejurra» o el relativo a «otros cuatro» asesinatos. También en su obra hay referencias al pasado, a los muertos en la guerra civil y al presente: a organizaciones violentas conocidas. El enfoque poético de estos hechos es legítimo y loable. Pero en el estado de desolación en que yo me encuentro, con los pies en el estribo, desearía ver en lontananza el fin de estas violencias que se expresan de modo común, que encogen el ánimo y enturbian toda la visión de un futuro cercano. Querría uno ver acabado el drama que tuvo su momento culminante en 1936 y que sigue, generación tras generación, amargando la existencia de muchos y cortando brutalmente la de otros.

¿Por qué tanta belleza natural, tanta creada también por el ingenio humano, tanta dignidad moral, tanto esfuerzo, tanto trabajo, se hallan sometidos a los golpes ciegos de la violencia? Es un misterio que acaso algunos filósofos han aclarado un poco, sólo un poco. Pero deseáramos soluciones. Estas no se ven.

Sigamos «Por Navarra» con Víctor Manuel Arbeloa. Lo mayor aquí está reflejado. Puede decirse, también, que es lo mejor. De todas maneras y pese a ello hay que luchar, hay que combatir contra la violencia y contra unas formas de resentimiento que a veces tienen aspecto nuevo. Arbeloa se enorgullece de sus apellidos vascos y aprende el viejo idioma. ¿Por qué quieren ahora convertirlo algunos en un instrumento de agresión que a muchos les producirá ideas de rechazo y a otros de desesperanza? ¿Como si el pobre idioma no tuviera sobre sí toda clase de amenazas y de servidumbres allá donde todavía se habla! No. Es uno ya demasiado viejo para mentir para aceptar convenciones y para asustarse por ataques directos o solapados.

La imagen del mundo cambia. También nuestra visión, según las edades. La visión de Navarra que nos da Arbeloa es fresca, es juvenil, es estimulante. La mía en parte esencial, coincide con ella. Hay sin embargo este punto negro que perturba a mis ojos más que a los suyos; pero el punto negro está ahí, no es efecto de una visión imperfecta, de una retina estropeada. Hay que procurar que desaparezca, para bien de un pueblo que a lo largo de su Historia ha experimentado muchas zozobras y tristezas, pero que se conserva joven, robusto y animoso sobre una tierra no empobrecida y afeada.

Julio Caro Baroja
20-V-86. Madrid

EN BURLADA TAMBIEN HAY HUERTAS

Burlada tiene tantos habitantes –la mayor densidad tal vez de Navarra– y tantos problemas, que escribir una prosa lírica sobre este tercer Municipio del Reino parece casi irrespetuoso.

Hace unos meses bajé a visitar el Conservatorio, lleno de niños y de precariedades. Antes más había visitado el Centro «Santa María» para subnormales profundos, y el Ayuntamiento, y la Biblioteca. Y como uno tiene, ¿quién no los tiene?, parientes en Burlada, cada vez que baja a verlos, visita también un trozo de la villa casi ciudad. Pero visitar sus huertas no suele ser tan corriente.

Hoy, después de un encuentro familiar, me voy con el alcalde y unos amigos a dar una vuelta por la Burlada verde, primitiva y fluvial.

Por encima de la calle mayor nos llega la luz rosa y gualda del «tramonto» de este día seco de setiembre, que tarda en ponerse sobre los Altos de Goñi.

Burlada comienza en el mismo manicomio; ocupa aún unos campos de cereales, pisados a menudo por la chiquillería; se queda a medio río y a medio puente en la subida hacia Pamplona; limita con las ripas del Arga y acaba donde empieza la avenida arbolada de Villava.

Para darse cuenta, una cuenta al menos somera, del crecimiento intensivo de este poblachón en estos últimos años, basta enterarse de que ninguno de los 17 concejales ha nacido aquí y de que la mayoría de ellos ha nacido fuera de Navarra.

Parece mentira, pero hay sitio abundante y libre a las puertas del Polideportivo, construido en el segundo bucle que hace el Arga. Está ahora luminoso y ancho, verde, blanco y color tartán, lleno de pequeños atletas que corren por sus pistas más veloces que la luz del atardecer. Tenemos delante el murallón de margas que se resbalan sobre el río, las ripas de Beloso, sobre las que trabajan y sufren la clínica de San Miguel y la madrugadora Villa Teresita.

Llegamos al puente románico y santiagueño, por donde pasaban los peregrinos que venían desde Arre, llegaban a las Ventas y seguían por el puente de La Magdalena. Algunos se quedaban en el hospital de Burlada, en un terreno dado por el obispo de Pamplona en 1187 para que se construyera una casa de juntas y hospedería; el hospital seguía a fines del siglo XVI.

El puente está un poco astroso, tiene bien puestos sus recios tajamares y bien abiertos sus cuatro ojos, pero el Arga, a pesar del reciente regalo del Ulzama, le baja ahora calmoso y apenas tiene fuerza para saltar, haciendo burbujas, un pequeño desnivel, junto al colector a cielo abierto de las aguas de Badostain. En la otra orilla, junto a la muga con Pamplona, hay un mayo rústico de regar.

En la nogalera, que ahora es una chopera alta y frondosa, grupos de escolares hacen gimnasia rítmica.

Siguen creciendo las obras del nuevo conservatorio, sobre la casa de don Hilarión Eslava. Cuando en 1807 nació el famoso músico, Burlada no tenía ni un centenar de vecinos. Entre las casas de labranza estaban las familias «fuertes» de Benitorenna e Iñigo. A la primera pertenecía también una gran casa gótica que fue caballeriza de los reyes de Navarra y se llamaba tal vez por eso «Soldadorenna».

La biógrafa y descendiente de la familia de don Miguel Hilarión de Eslava y de Elizondo, Carmela Saint Martin, escribía hace doce años:

«La casa «Benitorena» aún nos pertenece, aunque está en ruinas y el hecho de reconstruirla no nos es posible, pues no tiene de piedra más que la fachada y las paredes de adobe se desmoronan, sin que puntales ni otros paliativos puedan contra la obra totalmente destructiva del tiempo».

¿Pudo hacerse algún mayor esfuerzo? No se hizo. Y junto a esa casa cayó también el viejo palacio cabo de armería que en 1630 dio asiento en Cortes a Sancho de Monreal.

La mayoría de las casas antiguas fueron vendidas por sus propietarios, que se sacaron así sus buenos dineros. Luego se unió la necesidad de unos con la especulación y el mal gusto de otros, y resultó esta Burlada prieta, alta, fea, oscura y desasosegada que todos conocemos y que muchos padecen. Hay letreros en las paredes y se entrecruzan atávicos y fuscos escalofríos de agresividad. Hay grupos de mozalbetes, inquietos y juguetones, por todas las esquinas. Al pasar junto a una de ellas, nos llega el impregnante olor a «porro».

Resisten algunas casas de la Burlada primitiva. Algunos bellos portones y cuerpos con imposta. Aquí termina el dominio del adobe. Nos detenemos ante una casa tardogótica, probablemente del XVI, con puerta central de dovelas y dos alas levantadas, con ventanas amaineladas a las que parece que les quitaron hace poco el mainel.

Una tapia nos separa de la zona de huertas, con invernaderos, donde brillan a esta hora con luz verde y propia las alubias verdes, las escarolas, las cebollas, los pimientos y los tomates. Las huertas han pasado también a la otra orilla, al comunal ganado a las ripas. La tierra parece fértil y el mercado es más que seguro.

Llegamos al barrio, casi la ruta, de los colegios: el «viejo» de Hilarión Eslava, que es un moderno colegio de educación general básica; el nuevo, que lleva el bonito nombre de Askatasuna-Libertad; el Ibayalde, de bachillerato, y otro, aún sin título, de

formación profesional. Si a todos ellos sumamos los colegios creados por iniciativa privada, algunos de renombre, podemos decir que se ha pasado en pocos años de una situación de miseria escolar a otra holgada y muy positiva.

Cerca, el nuevo frontón se ilumina de luz verdiblanca.

Salimos a la calle Mayor, donde se agolpa la gente y es recio el tráfico y el tráfigo de coches. Se suceden en este tramo las casas, villas y residencias de cuando Burlada era uno de los «alrededores» de Pamplona más tranquilos, silenciosos y soleados. De los jardines sacan su corpaz gigante las secuoias y lucen su buena estampa las acacias, los plátanos y los tilos.

Hasta bien entrado el siglo trabajó con éxito el balneario de Burlada. Aún persiste el brocal del pozo dentro de un Banco, ahora cerrado y fenecido. Eran sus aguas alcalinas, bicarbonatadas y sódico-yodunadas, que curaban los males del estómago, de la vejiga y del hígado. A ellas venían, ya en aquellos tiempos, los reyes y reinas de Navarra.

Se apaga por fin la rosa ajada del crepúsculo, y sobre Burlada se enciende una luz múltiple de costumbre, de vigilia y sobresalto.

CARNAVAL INFANTIL EN LANZ

U no ha tenido mala suerte con el Carnaval de Lanz. O llovía, o nevaba, o el hielo no nos dejaba llegar hasta allí, o el calendario parlamentario, que siempre comienza en martes, me llamaba a filas. Hoy, aunque sea el Carnaval infantil, no puedo perdérmelo, y me voy a Lanz.

Tarde de sol y de frío. Hay nieve en el anillo de montes que lleva Pamplona. Anillo de plata joven, desde el avión.

Conforme avanzamos siguiendo al Ulzama, entramos en un reino blanco. En Olagüe están las casonas como encantadas o atontolinadas por la nieve, con la cabeza baja, entre troncos de leña por las calles, y ese aire de tristeza que da el frío y la soledad. Arizu, con nieve, parece más alto aún, y también encantado, desde la cabeza de su torrecilla hasta los pies de la colina en que gallea.

Saltamos el río Mediano y seguimos un carretil discreto hasta Lanz.

Venía el viejo camino desde Pamplona, pasaba por Ostiz, entraba por Burutain, llegaba hasta Olagüe, por Lanz se abría hasta el Baztán y de allí, por Quinto Real, hasta Francia. Ruta de viajeros, de bandidos también. Los guardias de Velate se hacían a veces bandoleros, extremos que se tocan y se convierten, y ahí está el famoso proceso que estudió Iribarren. Nada más natural que en el Carnaval de Lanz haya un *zaldiko* al que le ponen las herraduras en las dos partes extremas de la calle mayor.

VICTOR MANUEL ARBELOA

Lanz es un pueblo calle, pueblo camino, que se dirige sin titubear hacia los montes del hermoso circo natural, hoy de rosa y de nieve, de rosa sobre nieve, que forman el Gartzaga, el Okolin, el Sayoa y el Larrarte.

El cementerio está alto, en un alcor, cubierto hoy por una nieve piadosa. Hace más frío:

*Febreico,
pequeño
pero charrico.*

Está charra la tarde. La calle mayor, la calle de Lanz, está llena de escudos ajedrezados baztaneses, desde aquellos tiempos.

—¿Y por qué tanto escudo del Baztán?

—Oye, mira lo que pregunta este señor.

—Pues, la verdad, no lo sé.

—Bueno, gracias, de todos modos.

Algunos balcones están rehechos y se nota demasiado. Las fachadas en hastial, con arcos bien terminados y caras talladas, fechadas entre 1688 y 1824, con algunos restos anteriores, le dan a la calle un empaque de exposición. El incendio de 1442 destruyó casi todas las casas antiguas.

Como los chicos no aguantan, vamos al carro de la churrera, que, dicen, es de Puente.

—Cuatro bolsas, por favor.

—Dos, hombre, que ya basta.

—Pues dos.

Da gusto ver, entre tanto frío, cómo salen los churros blandos, y, zas, zas, los cortan y al aceite hirviendo.

Damos otra vuelta, esta vuelta entera, por el pueblo. Las campanicas que dan al sol y la campana de la pequeña espadaña deben de estar heladas. «Etxezarra» (la casa vieja) tiene las maderas rojas y unas ruedas de carro como adorno. Bello balcón corrido el de la casa de al lado. Matxikonea también tiene las maderas pin-

CARNAVAL INFANTIL DE LANZ

tadas de rojo, corrido balcón y dos balcones pequeños en el piso principal.

—¿Cuándo empieza la fiesta?, preguntamos a dos mozalbetes.

—A las siete y media, nos contesta uno.

—Cuando se haga de noche, contesta el otro.

Tenemos mucho tiempo. El escudo de la villa, que se separó del Valle de Anué, trae de plata y un águila de sable posada, la punta de azur con un creciente de plata entre dos flores de lis de oro. ¿Influencia de Francia? Lo cierto es que el rey Teobaldo II concedió a los francos de Lanz el fuero que gozaban los de San Cernin de Pamplona, muchos de los cuales habían venido por Lanz.

Las berzas sacan la cabezota entre la nieve helada. Cuelgan los txintxurros de las tejas. Bajamos hacia el río. De casa Pertijena, casa de pértigas, andan sacando las vacas. Tiene la puerta y las ventanas pintadas de verde, que hace tan bonitos los tres pisos, sin contar el desván. Nos asomamos al cauce del Elzarrain. Una chica, que no vive en el pueblo, nos dice que antes no se llamaba así:

—La gente del pueblo ni lo sabía.

Tal vez lo llamaban también Mediano. Pero el Elzarrain baja del Sayoa y el Chorustarricoerreka del Zuriain, y los dos, junto con el Errekabeltz hacen el Mediano, al que luego se le juntan los regachos o regatas de Olagüe, Leazcue y Burutain.

En los montes Galzarriz y Otaño los robles no tienen ni ansia para quitarse la nieve de encima.

Ahora que está cayendo el sol por el otro lado, la nieve alta cobra unos tonos de caramelo rosa, que hacen el atardecer dulce y melancólico.

En el escudo de Auzoetxea también está el águila. Un chico le dice a su padre, que ya entra por la puerta:

—Mira, papá, este señor está apuntando.

Soy yo quien toma unos apuntes, no se vayan a creer.

Junto a la puerta de la Posada dos chicas chicas, vestidas ya de Carnaval, con un pañuelo fino tapándose la cara, nos dan con

la escoba carnalera sin piedad.

–Toma, toma.

Y corremos y nos siguen.

–Ay, qué risa.

Salen de las casas, fuertes y ganaderas, el ruido sordo de las ordeñadoras mecánicas.

Entramos en la Posada, que es también bar, sala de baile estos días, y lugar de captura de Miel (Miguel) Otxin. Mucha gente esperando en la barra. Esperamos nosotros también.

–Cuatro cafés con leche y un vaso de leche.

–No hay café.

–¿Y leche?

–Esta poca –y nos muestra la jarra casi vacía.

–¿Y eso?

–Pues que s'acabau.

–Vaya.

Salimos a dar otra vuelta. Gente conocida de Pamplona.

–Hola.

–Hola.

–Adiós.

–Adiós.

–¿Qué hay?

–Ya ves, por aquí.

–Hala, hala.

Andando, andando, y entre bolazo y bolazo, que están duros como piedras, llegamos a la tienda del pueblo, un poco escondida.

–Que hay aquí café, grita alguien.

Y allá que vamos. Y tomamos tres cafés y dos vasos de leche.

Es una tienda sencilla y casera, un colmado, donde hay de

CARNAVAL INFANTIL DE LANZ

todo lo que sirve para el momento, desde detergentes hasta botes de verduras, desde escobones hasta tiestos para plantas.

–No se compra nada –me dice el hijo de la dueña, que estudia en Pamplona y que está echando una mano.

–Está riquísimo.

–La gente va a la capital y además vienen los viajeros al pueblo y venden de todo.

–Claro.

–Ay qué rico, ayyy –dice la friolencia de Belén, como quitándose el frío.

Está ya anocheciendo y van saliendo de las casas mocetes y mocetas vestidos carnavalescamente. Van hacia la Posada, que se está llenando de gente, de ruidos, de alboroto, aunque se les haya acabado el café. Tardan poco en salir.

Ya está ahí Miel Otxin (–Mira, mira), tieso y cruzado entre los cuatro palos, con su *txuntxurro* colorero. Y Ziripot, ridículo con sus piernas de saco atiborradas de hierba, al que tiran y vuelven a tirar por tierra. Y el Zaldiko, que cae, salta, atropella, embiste, huyendo de los *ferratzailes* que lo siguen con calderos, tenazas y herraduras, para herrarlo (–Ven, ven, mira, mira). Y los *txatxos*, cortejo de máscaras simples, que yo imagino por un momento de lobos, cerdos, ovejas, caballos, gatos, perros, ciervos, gallos . . . que gritan, aúllan, relinchan, gruñen, ladran, bufan, rebufan, gañen, berrean, piulan, balan, cacarean y quiquiriquean.

No, nada de eso. Esto no es Río ni Colonia, ni siquiera Tenerife. Este es el Carnaval infantil de Lanz. Cucuruchos de colores, zamarras, pantalones tejanos, algunos cencerros, mantones de Manila, pañuelos por la cara, abarcas, pies de oso.

Un acordeón suaviza y enhebra todo este acompañamiento de griterío con un zortziko pegadizo que nos lleva en volandas por la «vuelta y media» al pueblo, hasta llegar a la plazuela del rebote, donde en un santiamén juzgan, condenan y ejecutan, quemándolo, a Miel Otxin. Los tiros de escopeta desde una ventana han

sonado este año después de la muerte del «bandido», porque no funcionaba el chisme. Es igual.

Aquí no se le ha ocurrido a nadie, como dicen que se les ocurrió a los de Iraizoz a principios de siglo, sustituir el espantajo por una persona de carne y hueso, no sea que le metan, como allí, dos cartuchos en la muñeca ¡y contento se pudo ver!

El cortejo, quitadas ya las máscaras, baila la *mutil-dantza* alrededor del sombrero en llamas. Y cuando ya no quedan más que los palitroques del muñeco, la fiesta se acaba y en paz. Sudan que no pueden más los mocetes, y algunas mocetillas que se infiltraron en el corro.

Hasta los más entendidos en la materia, como J. Garmendia, no las tienen todas consigo sobre la relación de Miel Otxin con el bandido del que habló Iribarren. La verdad es que aquí lo que se ve más fácilmente es la traca final, la fiesta de despedida, el paso a otra etapa –que sea la cuaresma, aquí no se ve, se verá tal vez mañana y pasado mañana en las comilonas y en los cenorrios–, aunque la cuaresma es este año tan madrugadora, que las nieves y los fríos no tienen intención alguna de irse.

La gente, en cambio, se va pronto.

–Con este frío...

Parece que ya ha llegado el café al bar. Hay un revuelo de cucuruchos, de máscaras, de pañuelos de colores, de palos y escobas, cuando los integrantes del cortejo suben y bajan las escaleras de la Posada.

–Adiós.

–Adiós.

–Qué frío.

–Y que lo digas.

El alcalde, ya ven ustedes, no pudo asistir a la fiesta. Por mucho escudo nobiliario que tenga en su casona, él tenía que dirigir,

CARNAVAL INFANTIL DE LANZ

con su mujer, el ordeño mecánico de sus vacas. Las vacas están en el escudo laboral de todas las casas de Lanz. A estas horas de frío, no hay mejor sitio para estar que el establo, un establo bien organizado, limpio, caloroso, cálido, tibiamente pegajoso.

Están las vacas serias, cada una en su sitio, con la cabeza en el pesebre, estudiosas, a lo suyo. Un ternerillo recién nacido pone el punto de ternura.

Aquí se entiende bien la calefacción ancestral de nuestras casas montañosas.

Pero el coche no tiene una cuadra debajo y está frío como los txintxurros.

Seguimos la indicación rumorosa del Elzarrain, que no falla.

Hay unas estrellas heladas por el cielo.

ESTAMPA DE MAÑERU

El lugar fue habitado en época romana, como lo prueba su propio nombre (*manerium*: casa de campo) (?) y el pequeño Mercurio de bronce, del siglo II, descubierto aquí y conservado en la fundación Arrese de Corella. No son pocos los restos arqueológicos encontrados y a veces destruidos, pero falta una investigación seria.

En 1193 el rey Sancho el Sabio le dio fueros, que la villa no perdió ni siquiera bajo la jurisdicción de la orden de San Juan de Jerusalén, desde finales del siglo XIII hasta 1555. Hasta hace pocos años se veían, en el término de Bargota, las últimas piedras de la encomienda de los hospitaleros sanjuanistas. Fue el principal hospital de la orden en Navarra y se demolió a fines del XVIII.

A la vera del Camino de Santiago, empedrado hasta hace poco tiempo, todavía se mantiene airoso el ábside poligonal de la ermita de Nuestra Señora del Rosario, «iglesia chiquita» o «la Primicia», nombre éste último debido al almacén que fue de diezmos y primicias en especie, recogidos para el culto y clero.

Desde abajo se ve bien la ermita de Santa Bárbara sobre el monte del mismo nombre: recuerdo de episodios sangrientos en tres guerras del siglo pasado; meta de romerías y paseos; mirador, entre pinos, sobre la fiesta vegetal de Campollano.

Por encima del casco urbano de trazado medieval y de rica arquitectura civil barroca, sellada de espléndidos escudos, se levanta la monumental iglesia parroquial neoclásica, que sustituyó a la anterior del siglo XVI. Cada día, a la hora de la puesta de sol, parece querer recoger, maternal, a todo el caserío.

Mañeru, dentro del valle que lleva su nombre, fue siempre un pueblo pobre, de terreno escaso, que ha ido perdiendo cientos de sus habitantes, sobre todo después de la guerra y en los primeros años de la industrialización de Navarra. Pueblo seco, lleno de pozos caseros, sólo en mayo de 1983 vio caer agua abundante de los grifos gracias a la traída desde el nacedero del Ubagua, en Riezu.

Pero más que por el agua, Mañeru es conocido por sus vinos de tres colores, premiados una y otra vez en los últimos años.

Los vinos rosados de Navarra, afrutados y aromáticos, se cuentan entre los mejores de España. Su color va del rosa pálido de Valdizarbe al rojo cereza de la Ribera. El de Mañeru tiene color de piel de cebolla, es aromático, fresco, eminentemente afrutado, de alta graduación. El tinto es de color rojo rubí con tonos granates, de aroma intenso, redondo, de graduación media-alta. El blanco, de reciente producción, lleva un color amarillo pálido, es aromático, seco y alegre.

La Bodega Cooperativa, que recoge una producción media de 800.000 litros, se hizo tardíamente y con no poco esfuerzo. Hoy es lugar famoso de citas sabatinas y domingueras con pequeños compradores, que se llevan, garrafón a garrafón, toda la cosecha. Acaban de salir las primeras botellas etiquetadas.

No todo son glorias. La reciente fábrica de conservas nos ha dado puestos de trabajo y varios cambios de dueños y de emplazamiento, con muchos quebraderos de cabeza. El regadío del Soto,

EȘTAMPA DE MAÑERU

se quedó sin hacer. Los yesos locales se van, en su mayor parte, fuera del pueblo.

Los domingos por la tarde sale la bandada de los mañerucos que vuelven cada semana. Y el pueblo se queda con su puñado de habitantes. Con su iglesia maternal y sus viñas disciplinadas.

NACI EN MAÑERU

Pude haber nacido en cualquier parte,
en Gabón o en Inglaterra,
pero nací en España;
en Ecuador o en Indonesia,
pero nací en Navarra,
en Mañeru,
en la calle de Santa Bárbara.

Pude haber nacido en cualquier parte,
y ser de cualquier raza,
de religión distinta
–budista o mahometana–,
de color diferente,
de distinta calaña,
llamarme Smith o Spiroropios,
o no tener ni casa.

Estoy muy satisfecho
de nacer en España,
en Mañeru
 (Navarra),
en la calle
 de Santa Bárbara;

VICTOR MANUEL ARBELOA

de profesar
la fe cristiana;
de hablar
la universal y hermosa
lengua castellana.
Estoy muy satisfecho
de mis cuatro apellidos,
plantones de raíz vasca.
Pero pude nacer en cualquier parte
y ser de cualquier raza.
Y no me olvido nunca
de que soy así por gracia
o por
 desgracia
-a los hombres y a Dios, de todos modos,
 gracias-.

Víctor Manuel me llamo
y no Bullit o Tania,
nacido aquí, en Mañeru,
calle de Santa Bárbara.

EL MAR DE NAVARRA

Cuando aterrizo en ese semiportaviones que es el aeropuerto de Fuenterrabía, o vuelo entre el Cantábrico y los primeros Pirineos navarros, me acuerdo a veces del «mar de Navarra».

Nos recordaba hace poco el maestro José Berruezo una apasionada y desconocida historia.

Durante muchos años, tras la separación de Guipúzcoa del Reino de Navarra, Bayona fue la salida de nuestro comercio al mar.

El 8 de agosto de 1365 la villa de Fuenterrabía, en virtud de su autonomía municipal, firmó un acuerdo con nuestro rey Carlos II para facilitar el paso de los navarros hacia los mercados europeos. El acuerdo contemplaba también la futura canalización de nuestro río internacional, desde la bahía hondarribiana hasta la villa de Santesteban, en el Valle de Lerín, donde el Baztán se hace Bidasoa, así como la construcción de un camino carretil desde aquí hasta Pamplona.

Carlos II andaba metido en demasiadas guerras y lances del género como para apechugar con obras de tamaña envergadura.

El proyecto volvió a salir a la luz pública, antes y después de la incorporación de Navarra a Castilla, en uno u otro reinado.

En 1701 y 1702 Navarra y Fuenterrabía pidieron al rey Felipe V ayuda para hacer navegable el Bidasoa desde Santesteban hasta el mar. El ingeniero Alonso González había preparado el proyecto, que incluía nada menos que veinticuatro esclusas.

Los comerciantes donostiarras no querían ni poco ni mucho que Navarra pudiera tener un puerto franco en la costa cantábrica. Para ellos, y así lo dijeron, era imposible hacer navegable el Bidasoa; era imposible «reducir a puerto seguro la barra de Fuenterrabía»; era posible que Santesteban, plaza abierta, se convirtiera en un lugar propicio al fraude, y, sobre todo, era posible e insufrible la ruina de los puertos de San Sebastián y de Pasajes.

A los comerciantes se unieron después las Diputaciones alavesa y vizcaína, que defendieron, como era debido, los derechos de Bilbao y de Vitoria. La Diputación guipuzcoana llegó a envenenar a los ayuntamientos de las cinco Villas, convenciéndoles de que la canalización iba a dañar a sus ferrerías, sus molinos y sus nasas salmoneras.

La guerra de sucesión, que ensangrentó también a Navarra, dejó a un lado tan «inútiles» disquisiciones.

Después de la guerra de 1936-1939, no faltaron navarros que desempolvaron parte del viejo proyecto de la salida al mar. Bermejo podría meter sus finas e historiadoras manos entre esos papeles ocultos, si es que hay papeles, y prolongar esta inacabada historia fluvial y marinera.

Hoy salimos, por tierra, al resto de Europa por Behobia e Irún, y, menos, por Valcarlos y Dancharinea. Por mar, vamos a Pasajes y a Bilbao.

Fuenterrabía es un lugar de veraneo preferido por muchos navarros, que nunca han oído hablar de la esclusas del río Bidasoa.

VIERNES SANTO EN ARAS Y CASEDA

Aras se hizo famoso hace algunos años por su coral popular, dirigida por un párroco músico y animoso, que cantó hasta en Televisión.

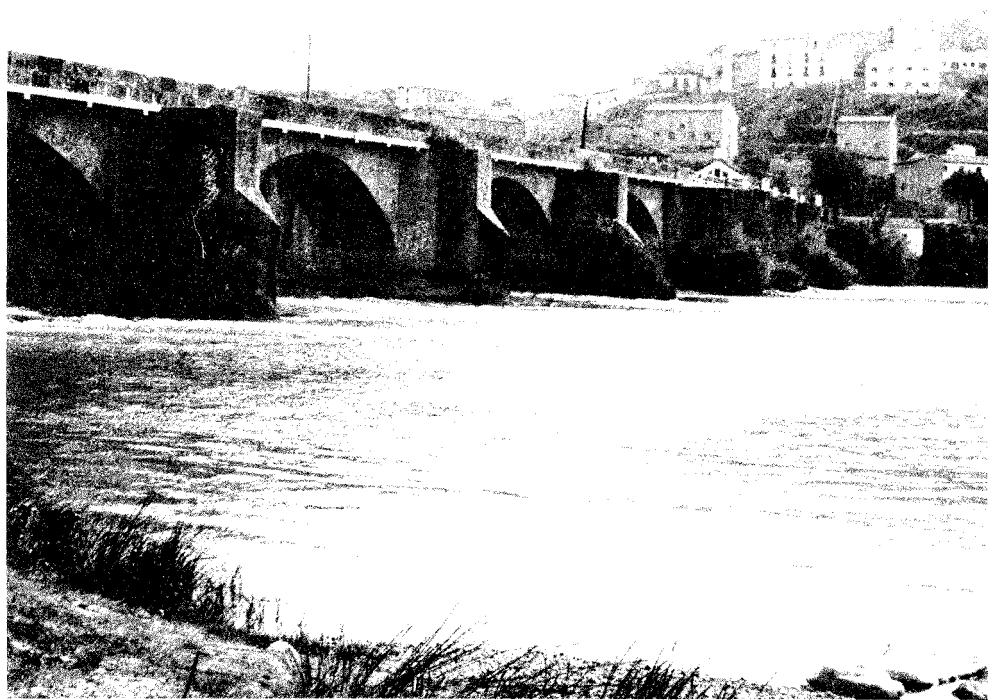
Pueblo mojonante con Alava a través de Mojón Alto, fue en tiempos propiedad del Monasterio de San Julián de Sojuela, de Logroño. Años más tarde fue barrio o aldea de Viana, hasta que, tras idas y venidas y conflictos sin cuento, logró independizarse en 1853.

En las estribaciones de la sierra de Cantabria y a espaldas del Valle de Aguilar, los viejos nombres de sus términos hablan bien a las claras de su emplazamiento: Alto del Monte, Cerro de Medio, Alto de la Pila, Alto del Cielo, Alto de Vallejondo. Más arriba, el alto de los Bojes y el de Figueras, entre los que se escapan, cuando llueve, los dos regatillos madres del arroyo Valdearas o Valdearado, que llega a veces hasta el Ebro. La Portilla de Garañango, que abre el cerro de Figueras, dice también, en vascuence, altitud.

Buen sitio, pues, para escenificar la Pasión de Jesús.

En la falda del cerro, las casas dispersas de Aras se abren en varias plazuelas, sin que falte la calle Mayor y la calle del Sol, y unos escudos antiguos que recuerdan la prosapia y el valor de sus gentes.

Aras tiene una buena iglesia dedicada a Santa María, gótico-renacentista, con valiosas obras de arte; en ellas pusieron las ma-



nos maestros que trabajaron en la capital, que era Viana, y en su zona.

Se sube hasta Aras por un carretera casi de montaña, toda vueltas y revueltas, entre tierras duras, tristes en marzo, de matorrales, aliagas y tomillos, entre sembrados crecientes, alguna que otra viña en los ribazos y alguna huerta verdinegra en los márgenes del arroyo.

A otro párroco posterior se le ocurrió un buen día la buena idea de escenificar con los mozos del pueblo la Pasión, el día de Viernes Santo. Es ésta una larga tradición, muy bien renovada hoy, en Cataluña y en algunos sitios del Norte de España, pero no en Navarra, que prefiere las procesiones.

La vi el segundo año de su estreno, y aún era aquello frío y difícil de seguir. La gente se agolpaba en el frontón, donde se representaba el proceso, acompañaba al cortejo hasta la plaza de la iglesia, pero apenas se oía una palabra y costaba centrar la atención.

Desde entonces, todo ha mejorado mucho. Este viernes, soleado pero triste, el gentío guarda un silencio devoto. Los altavoces hacen un buen servicio. Los actores, especialmente en el trance de la crucifixión, representan con vigor su dramático papel. Y la Coral de Burlada añade la honda emoción que arranca siempre la buena música religiosa.

Son casi las tres de la tarde. A esta hora las ruinas cercanas del monasterio de San Juan del Ramo recuerdan a quien por allí pase la ruina del cuerpo de Jesús. Y el Cristo del Humilladero inclina su cabeza y entreabre su boca agonizante.

A esta hora, donde quiera que esté, me vienen siempre a la memoria los párrafos que Gabriel Miró escribió en su libro «Figuras de la Pasión del Señor», que leí de chico, y que ahora me recuerdan los jadeos de este «Cristo» vivo de Aras:

«Jesús agonizaba. Balanceó el cráneo, ahogándose. Se veía el ansia del resuello desde el vientre a las fauces. Crepitaban sus pulmones cartonosos, temblaba la blanda hinchazón de su pleura; se rompía su silbo ronco en un colapso, y entonces resaltaba el

zumbido de las moscas en sus ojos, en su nariz, en sus orejas, en las llagas de los clavos. Y tornaba el jadear, el cabeceo de la asfíxia. Su cabellera se doblaba, caía, le cegaba, se alzaba; su aliento fue haciéndose ancho, prolongado. Se quejó, y precipitóse su ahogo. Sus pupilas vidriosas imploraron el azul, se volvieron a la tierra...».

Después de la sobria y solemne, un poco larga, Celebración de la Cruz en la abadía de Leyre, nos quedamos a oír la primera parte del concierto sacro, no muy bien escogido, de los Niños cantores de Navarra.

Llegamos a las ocho y quince a Cáseda. Todavía vemos el ágata puro del crepúsculo sobre el Aragón, junto al puente. En el cielo no se ven aún más estrellas que las del escudo de la villa y se apagan los perfiles de los montes San Pedro y el Pinar.

Cáseda, pueblo de «ingenuos» y de infanzones desde los tiempos del Batallador, es bello de día y aún más de noche, cuando la luz y las sombras evocan a cada paso el lugar defensivo y defendido que un día fue. No es difícil acertar dónde comenzaba la ciudadela, con la iglesia fortaleza de Santa María llenándolo todo.

Hay un guirigay contenido en torno a los «pasos» mientras se visten los mozos. Ayer en la casa parroquial las cuadrillas de hombres y de jóvenes pujaron en la subasta para quedarse con uno de ellos. El dinero de la puja se destina para las necesidades de la parroquia y del pueblo.

Todos se me lamentan de que los «pasos» que se quemaron hace tres años en el club de los jubilados eran mucho mejores. Supongamos que fue un cortocircuito. Pero aún quedan, de los de antes, la Dolorosa y el Sepulcro, un finísimo cuerpo muerto, ya sin cristales y adornado con claveles chinos. Se añade ahora el Cristo del Calvario, la ermita adonde esta mañana el pueblo subió en vía crucis. Es un hermoso Cristo gótico, de la primera mitad del XIV, dolorosa humanidad y al mismo tiempo señorío sereno.

Cerca, como pasmado ante este rebullir de esculturas, está el retablo mayor, que trabajó Juan de Anchieta a finales del XVI,

con esa Asunción prodigiosa y esos relieves sobre la Pasión en la predela que merecerían ser llevados en procesión.

Mientras ésta se prepara, Marta, una niña de once años, nos lleva a ver el Palazón, barrio de piedras altas y sufridas, que se viene a menos, porque a la gente, aquí como en todas partes, le gusta vivir en el llano. Vemos la plaza del castillo, el viejo hospital, y la sombra del castillo fronterizo y avizor, que defendía como un águila el reyno frente a moros y aragoneses. Ahora está con sus tres almenas y un estandarte en el escudo de la villa.

Sale ya la procesión de la iglesia. Entre cantos tradicionales que nos hacen recorrer años de nuestra vida.

*Llora la Virgen,
Madre de amor...*

Salen los «pasos» juntos, cada uno con sus mozorros y sus acompañantes que llevan velas en la mano.

*Quién al mirarte exánime
pendiente de una cruz...*

Para verlos mejor nos vamos a la plaza, al balcón de la señora Máxima. Bajamos por el cantón, la media luna, nos asomamos a «las perdigonas». La plaza es la más profunda y defendida de Navarra. Por el norte, la abrigan restos de murallas y los contrafuertes de las casas que estaban en el cerco o ciudadela.

Tras el pendón negro con la cruz plateada, pasan los «pasos» lentos, silenciosos. Las curvas y vargas del pueblo no dejan oír al principio la música que viene detrás. Ahora se oye, lejos, el tambor. Tras el «Pena» (la Caída de Cristo) viene el Cristo alzado de la cofradía, acompañado del gallo. El gallo original ardió también en el incendio. Entre los dos Cristos, viene la Magdalena. El Sepulcro llega custodiado por la guardia civil. Tras la Dolorosa, las autoridades, la banda de música y el remolino de la gente.

Recortada la sencilla, sobria y ferviente procesión contra los muros medievales, no sé si estoy en Castilla o más bien en Toscana o Umbría. Estoy en Cáseda.

VICTOR MANUEL ARBELOA

La procesión recorre las costanas y costanillas del pueblo y vuelve a la plaza mayor. Mientras los pasos, en dos filas, se balancean, el coro canta y el pueblo se suma luego al sentido victorioso de la muerte del Nazareno:

*Victoria, Tú reinarás,
oh cruz, tú nos salvarás.*

La procesión vuelve a la iglesia por la plaza empinada del Mercado, entre el viejo Ayuntamiento, hoy bar y biblioteca, y el nuevo en construcción.

El Aragón es un estrecho barco cargado de lunas. Aibar, un triángulo equilátero de luces blancas que ocultan el color piedra medieval de su caserío. Es la noche de Viernes Santo de 1986.

EL ANGEL DE TUDELA

Aún está la luna menguante entre Alaiz y el Perdón. Es la hora de la aurora pascual y de los auroros.

Vemos lo primeros chopos transfigurados de ámbar, y el color medieval del ábside de la iglesia de Noain, que mira, hoy más que nunca, hacia Oriente.

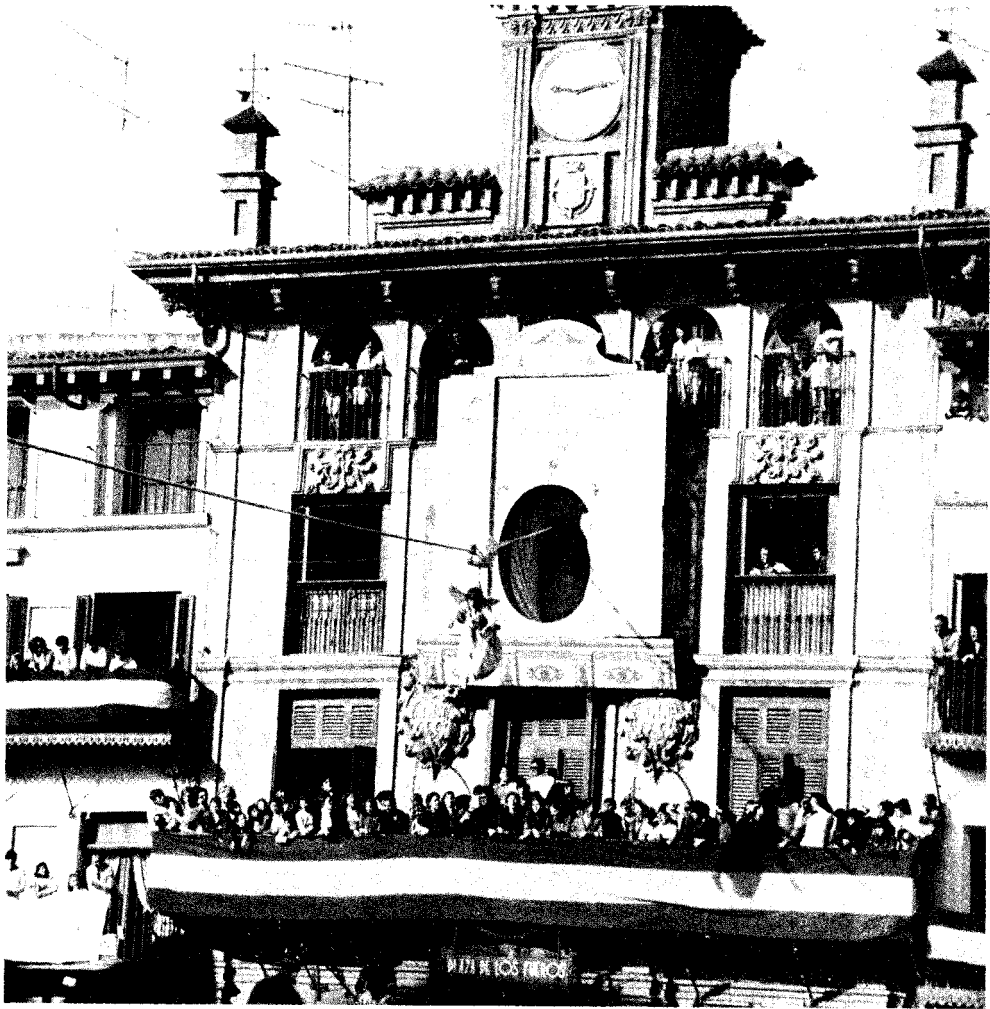
Albarrubia sobre la Valdorba.

El sol nos sale entre Caparroso y Villafranca. Y hasta el gali-matías urbanístico de Cadreita parece hoy bello y nuevo, entre los almendros que pierden sus últimas flores blancas y rosadas.

Las picarazas se suben a los ribazos. Cuatro paletadas de nieve refulgida es ahora el Moncayo, que hoy parece más alto.

Al entrar en Tudela, saludamos a José María Iribarren, siempre tan madrugador en su estatua de las Herrerías.

Hay una docena de personas en la plaza de los Fueros. Pasando una vuelta unos castizos ya maduros, seguidos de sus mujeres, cantando con una guitarra «Pobrecitos los borrachos...». Hace fresco y llevamos abrigos. Nos juntamos con Matías, que anda preparando la información, y nos tomamos un chocolate con churros en Zuazu.



Tocan las campanas y, como si tocaran a rebato, se llena la plaza en pocos minutos. La plaza se llama esta mañana, como en los buenos tiempos, nueva y real. Banderas tudelanas, blancas con cruz alargada roja, y banderas españolas cubren los balcones del Ayuntamiento y del hospital Nuestra señora de Gracia. La gente llena todo el aforo y se apiña en las aceras y en el quiosco que sustituyó a la fuente de los angelotes, que los tudelanos llamaban de los moñacos.

Hoy el único ángel se esconde tras el templete de la Casa del Reloj, desde donde veían en el siglo XVIII regidores y canónigos las corridas de toros.

Llegan a la plaza desde la catedral una cruz, unos cirios, una Virgen en andas, con un paño negro en la cabeza, y el palio. Van hasta la puerta de la iglesia del hospital, que pintó Zuloaga, y dando una vuelta por la plaza, colocan a la Virgen, a unos sesenta metros del templete, debajo de la maroma que sale desde allí.

Desde 1851 se repite aquí la ceremonia que comenzó a principios del siglo XIV, organizada por la cofradía del Santísimo Sacramento.

Da el sol sobre el nido de cigüeñas que corona la espadaña de la iglesia de Santa María o del hospital y sobre los paños blancos que adornan las ventanas. «Piher solución», dicen unas letras rojas sobre tela blanca colgada en los porches.

Se abre el templete. Suena la Marcha Real. Salen aturdidas unas palomas, y el ángel tras ellas, colgado de un cojinete azul cielo prendido por una cadena a la maroma, y con un banderín celeste en la mano izquierda. Con la derecha saca de una bolsa que lleva en el pecho papeles de colores con los aleluyas pascuales. Lleva la pierna izquierda recogida, que así vuelan los ángeles. Algunas palomas tardan en salir del templete abierto. Una se queda allí mismo, sobre la maroma.

—Mira Diego, míralo.

—Mira qué seguro va.

—Ya va nerviosillo el muchacho, ya.

–Y el pelo no es postizo, sólo que con la cinta se le levanta.

–Mira la paloma, Juan.

–Anda, chiquillo, estáte quieto.

Los padres han puesto sus hijos pequeños a hombros y la plaza parece más alta.

Diego llega decidido a donde la Virgen, hasta le da un suave empujón, luego retrocede y con la mano derecha le quita el paño de la cabeza y le dice resuelto: «Cristo ha resucitado», como diciéndole:

–Quítate eso, que ha llegado la hora de la alegría.

En las paredes brillan de color los escudos de los pueblos de la Merindad y de las familias nobles: los Egüés, los Esquerro, Guallar, Gaytán de Ayala... Flores de lis, cadenas de las Navas, lobos, agnus Dei, cruces de Malta... el castillo de Valtierra, la encina de la Oliva...

El ángel Diego, entre aplausos y las notas de la Marcha Real, se vuelve volando rítmicamente, dándole con las manos al aire, navegando hacia atrás, que así vuelven los ángeles, hasta que llega al punto de partida y el templete se cierra de golpe, como si fuera una nube. La paloma de la maroma se asusta un poco y vuelve de nuevo.

Tras la Virgen va el palio con el Santísimo, y detrás el Ayuntamiento, de gala, seguido por la banda de música. Lo seguimos hasta la catedral.

–Dicen que ha venido menos gente por el cambio de la hora.

–A mí me ha parecido un gentío.

Pasan los primeros grupos hacia el campo, a pie, con pequeños carros, en coche. Hoy todo el mundo hace costillada en la Mejana, en Traslapiente, en Campos Unidos o en Huertas Mayores. Se paran o se ladean al pasar la procesión.

En la portada de la Virgen, Cristo se aparece, a la manera románica, a los apóstoles. En la del Juicio algunos resucitados

levantan las losas de los sepulcros a sus amigos muertos, a la música de trompeta de unos ángeles entunicados en piedra. Sobre ellos, la gran rosa que recogerá la luz de la tarde, y más alto aún el octógono de la torre, recién fortalecida y limpia, que rige la ciudad.

Dentro del templo, Cristo resucita y levanta una nube de yeso en el casquete de la cúpula del Espíritu Santo. La capilla de Santa Ana, cerrada ahora tras su reja de bronce, es toda ella resurrección barroca y vegetal. Los sepulcros del canciller Villaespesa y del obispo Sánchez de Oteiza han florecido de primavera gótica. La Magdalena que pintó Pedro Díez de Oviedo en el retablo mayor está hoy toda luz y color de aurora plena.

En el séptimo capitel de la crujía oriental del claustro, a la luz que rompe el cerco espeso de cedros, el ángel anuncia la Resurrección, y en el octavo, Cristo se aparece a las Marías y a Santiago.

Vamos luego tras el Ayuntamiento a oír a la banda municipal y a felicitar las Pascuas a los amigos tudelanos. Nos invitan a la costillada.

—Que no, que tenemos que volver a Pamplona.

Volvemos por las calles viejas. En la plaza de San Jaime ya apetece la sombra de los aligustres y refresca el dragón marino de la fuente.

Bajamos hasta la calle de Abilio Calderón (aquel ministro alfonsino que decretó el canal de Lodosa) o del Muro, y compramos unos huevos de pascua y una caja de mantecadas en casa Salinas. Aún debe de andar por casa aquella caja de hilos, que nos regaló hace tantos años, con mantecadas, la tía monja de Fustiñana.

Nos invitan de nuevo a la costillada.

—Que no, que tenemos que volver a Pamplona.

Cuando salimos de Tudela, salen coches con fajos de sarmientos en la baca y muchos niños dentro. Un mogollón de gente a la salida del puente. Corros yorros en la orilla derecha del río, cubierto ya con el verde primerizo de sauces, álamos y alisos.

VICTOR MANUEL ARBELOA

Bajo el puente, en arreglos, baja el Ebro solemne y festivo,
dominguero de sol.

MADOZ Y ODERIZ

Marzo marcea. Sarasa es un sauce lluvioso y habitado. Una ceja cejijunta de nubes se posa sobre las cuevas rocosas de Aizcorbe, después de ocultar la Trinidad.

El Larraun baja ruidoso entre los robles y quejigos que quemó la inmensa hoguera del otoño.

Llegamos a Iribas para ver nacer al Ercilla y al Larraun.

—Ayer nevó por aquí, nos dice el señor Fermín, que nos indica el camino hacia Baraibar.

Hay terneros tiernos y caballitos gozosos en las calles viejas del pueblo, un tanto desconchado.

—Ahora las van a arreglar. Dicen que la Diputación va a dar cuarenta millones.

—Ya hace falta.

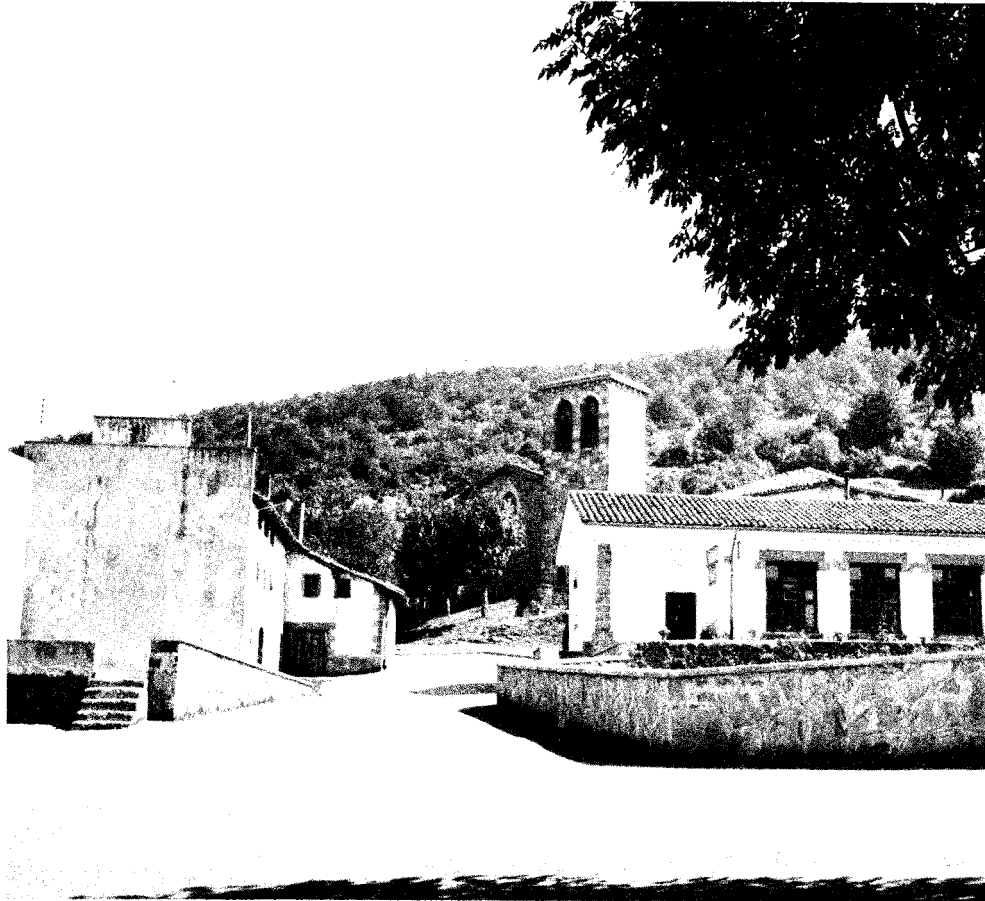
Comenzamos a andar.

—Aquellas bandas son avefrías. Traen mal tiempo.

Bandadas de avefrías juegan a corros altos, más allá de Baraibar.

—Pero ahora no, más tarde.

Sin esperar al mal tiempo que puedan traer las avefrías, vemos que el campo está muy llovido, que los caminos están encharcados y que el barro es grueso. Tenemos que volvernos.



El río Larraun, recién nacido, va hondo y verde. Lástima el basurero que se ha colgado Alli, que lo envilece. Ese es un mal extendido, como se ve, por toda Navarra. El primer salto del río, junto al molino ciego y con yedra, es juvenil y poderoso.

Nos asomamos a la barranca del Araquil. Desde aquí se ve bien, y con pena, el canal en que lo han convertido a trozos. Hay unos encajes de nieve en el pecho alto de la sierra de Satrústegui, por donde se arrebuja la niebla. El río reluce, y relucen los caminos encharcados que simulan regatos.

Desde Erroz hasta Lizarraga Bengoa está levantándose la primavera.

Sube un ruido sordo y constante desde la carretera. No pasa el tren que por aquí pasa. Artxueta es un capuchón de nieve. Está Villanueva ancho. Y Satrústegui, recogido; entre todos los pueblos del Valle, él dio el nombre a la Sierra que los respalda.

De pronto, un leve hornero de lluvia vela el cielo entre Aris-tondo y San Donato; se espesa un poco más el color verde claro del corredor y el vinoso lento de la sierra, y comienza a llover. Se nos emborriona en los ojos la visión casi angélica de esta mañana de marzo sobre la barranca del Araquil.

Madoz, el último pueblo del valle de Larraun, está rodeado de rebaños. El pueblo se acomoda sobre el roquedo. Hay en el extremo noroeste una casa grande y restaurada –Goritirena–, con escudo alto y jardín natural, y en la puerta del jardín la efigie de San Miguel de Aralar. Otras dos casonas, del piso bajo del pueblo, llevan escudos barrocos con las viejas armas del Valle: roble sobre plata y un lobo andante. Alguna huerta con berzas, cebollas, lechugas. Con la lluvia fina que cae, huele a berza. La carretera divide al caserío en dos pisos. En el de arriba, hay otra casona con escudo, también de finales del XVIII. La prosperidad dieciochesca llegó hasta aquí, a donde ni los buscadores de casas y escudos parecen haber llegado.

Dos perros, uno negruzco y otro amusco, con el pelo hecho una sopa, no nos dejan dar un paso tranquilos. La iglesia está cerrada; junto a la puerta, una cruz misional de madera tiene el año borrado; tal vez es de 1926. A la derecha envejece el pequeño y estrecho rebote.

Llueve sobre el campo mojado como llueve sobre el mar. La campana de la torre tiene cerca un martillo campanero. Varios silos para el forraje, con la marca inconfundible de la Diputación y de la Confederación Nacional Agraria. Sale el humo de la chimenea de una casa, que tiene tres; de la misma sale también una música de radio. No vemos un alma. Los fresnos podados adornan todo el pueblo.

Junto al alto de Zuazarrate una yegua rubia, mojada e inmóvil, nos detiene el paso.

—Mira, oye.

—Qué hermosa.

—Espántala.

—No, qué dices. Déjala.

Cuando se retira, seguimos. Un pastor sigue a un rebaño de yeguas gordas, cabales, sumisas. Vamos con tiento.

—¿Son del país?

—Del país, sí.

—¿De Burguete?

—Igual es.

—¿Para cría?

—Eso.

—Oiga, ¿y por qué podan los fresnos?

—Las ramas son buenas para el ganau.

—Ah. Eskerrik asko. Agur.

—Agur.

Praderas, fresnos, robledales abajo, hayedos arriba.

Odériz se recoge también entre las dolomías de la sierra de Aralar. Por el Este, lo protege una roca en forma de dolmen imperfecto.

El pueblo se abre en torno a una gran plaza natural, que atraviesa, curvándose, la carretera. Las casas están más dispersas y no veo más que dos escudos, uno grande y otro pequeño. Baja un riatillo con estrépito desde el monte; y se convierte en fuente municipal, con aska amplia para el ganado, y corre después, por debajo de la carretera, a perderse en el campo, camino del Larraun.

Dos gallitos variopintos, seguidos de dos pollas pintadas, huelgan sobre la hierba de un pequeño ribazo, donde hay también cebollas subidas. Se oye el quiquiriquí de otro gallo, lejos, y es como si hubiéramos oído una cosa rara. Nos siguen otros dos perros de cerca, pero uno se cansa pronto y retrae al otro.

La iglesia está aquí también alta. Abrimos los pestillos de la cancela, que chirría. A estas horas y con estas pintas podemos parecer ladrones: Dios no quiera que haya algún robo esta semana. La iglesia está cerrada; tiene una rústica y hermosa portada románico-gótica. Los silos para el forraje parecen los mismos que en Madoz. En el frontón, mucho más despejado, hay abundante propaganda anti OTAN y una ikurriña pintada, debajo de la que se lee: «Euskaraz». Cerca, unos azulejos llevan aún escrito: «Escuelas. Año 1929». La escuela está hoy deshabitada. Junto a la puerta, el símbolo etarra pintado de rojo y, medio borrada, un inscripción: «ETA, bai».

Una mujer se asoma a la ventana de la casa del escudo grande. Por la carretera pasan dos niños chicos hablando vascuence. Un matrimonio se baja de un coche y entra en una casa que tiene en la fachada la imagen de San Miguel de Aralar.

Sale el humo, a coro, de las chimeneas. Es casi la hora de comer.

Seguimos hacia Astiz. Mala hora para visitar a nadie, aunque me acuerdo bien de aquella buena tarde que pasé en esas dos casas de ahí. Rojean los helechos entre los hayedos. Vuelan hacia adelante unos verderones. Ya están abiertos y colgando, suave tentación, los amentos de los avellanos.

VICTOR MANUEL ARBELOA

Sobre Lecumberri pasa un ala de luz tranquila, que resplandece en los pinos porráceos y los morachos hayedos.

Sobre las Malloas unas nubes álficas llevan nieve entre manos.

MI PATRIA DESDE NIÑO

Mi Patria sí,
la tierra de mis padres,

mi casa labradora,
el habla de mi madre,
la fuente casi seca
y los días del hambre,
la iglesia con el atrio,
el río, el sol y el aire,
el pobre cementerio,
la foto de mi padre,
mis apellidos vascos
y el pulso de mi sangre.

La escuela siempre fría,
los maestros cambiantes,
la lección de memoria,
los cantos de Falange,
los versos de Zorrilla,
las fábulas de Iriarte.

VICTOR MANUEL ARBELOA

El mapa de Navarra,
sus cinco Merindades,
sus reyes y sus fueros
y la guerra aún sangrante.

La bandera de España,
su historia interminable,
los golfos y los ríos,
los montes y los mares,
los mejores guerreros
y los santos más grandes.

Europa, más lejana,
sus soñadas ciudades,
la ruta de Santiago
que atraviesa mi calle,
y una guerra terrible
de ingleses y alemanes.

Y el mapamundi entero
el viernes por la tarde.

TARDE DE NOCHEBUENA

Una tarde libre de agobios y de quehaceres inaplazables es ya un regalo navideño.

Voy a ver con mi madre al tío Donato, que está hace años en la Casa de Misericordia —¿por qué no cambiarle ya el nombre?— y acaba de sufrir un ataque de hemiplejía, que le ha robado casi completamente el habla.

Nos espera ese hombre, por tantas cosas admirable, que es Segundo Valimaña, que, entre otros muchos cargos gratuitos, es también vicepresidente de la Junta.

Tomamos café en la Cafetería grande, donde se oyen villancicos, que algunos ancianos bailan con salero sandunguero. Los más se sientan, graves, en corrillos, vestidos con jerséis y americanas. Pasa uno delgado y alto, con el «Herald Tribune» en el bolsillo. Me dicen que es inglés. Otro, rigurosamente de negro, trae lentamente la taza en la mano desde la barra.

*La Noche Buena se viene,
La Noche Buena se va,
y nosotros nos iremos
y no volveremos más.*

La señora del bar enciende las luces del belén, donde todas las figuras son jóvenes y fuertes. Los más ancianos, los reyes, no han salido aún.

VICTOR MANUEL ARBELOA

Son 560 en total, con una media de vida de 79 años, mayor que en Suecia, lo que prueba la buena alimentación, la higiene y los exquisitos cuidados de todo tipo. Hay 340 habitaciones individuales, cosa singular en España y fuera de España.

*A Belén, pastores,
a Belén, chiquillos...*

Segundo saluda a «El Cuenca», ya octogenario, famoso en el mundillo del toreo, que acaba de llegar a la Casa. Se vino de Cuenca en 1934 para las obras de la fachada de la Diputación y aquí se quedó. La señora Margarita viene de la peluquería; su hermana y las amigas se han ido a comer por ahí. Otros años se iban a Benidorm o Alicante, pero este año no lo echan en falta.

—¿Y la lotería?

—Nada de nada. Ahora la del Niño.

Uno se puede poner triste, cuando sobre todo ha vivido en la familia rural que iba de los abuelos a los nietos. Pero no se puede estar siempre comparando lo ideal con lo real, sino también a veces lo real de aquí con lo real de otras situaciones; y en muchos casos, cada día más numerosos, la Casa de Misericordia es ya un lujo múltiple. Lo cierto es que ahora uno de los más urgentes proyectos es la Residencia de día: tanta es la necesidad de acogida, de atención y de compañía en una sociedad que crea hoy tantos ancianos como niños hasta hace poco.

Era Donato un limpiabotas bueno y honesto que trabajaba en un bar de la plaza del Castillo. Desde que murió su madre, vivía solo en una buhardilla de la plaza de San José. En sus buenos tiempos fue un bohemio natural. Lo mismo se subía a San Cristóbal que se cogía el palo y el hatillo y se recorría pueblos y plazas, de vaquillas en vaquillas. Lo que le gustaba era ser torero. Sus compañeros le llamaban «Gallito».

Un día se puso malo, y cuando salió del hospital los médicos le recomendaron recogerse en la Meca. Les entregó la buhardilla, a la que le gustaba ir a hacerse algún condumio y a trastear, y se quedó aquí del todo. Pero todavía se levantaba a la seis, engañaba

TARDE DE NOCHEBUENA

a la monja o le ganaba la voluntad, y salía hacia San Cristóbal o a la Misa de los Carmelitas.

Por las galerías, pasillos y corredores hay carteles de Sanfermines. La Casa es un pequeño museo de cartelería taurina. El 9 de julio de 1931, Bienvenida, Torón y Amorós. Toma nota, querido Angel Munuce.

Hay también ahora lemas y símbolos de Navidad, de papel y cartón plata.

Encontramos a Donato en la enfermería. Está descolorido, flaco, triste en su trágico tartamudeo. Anda mucho, pero tiene pocas ganas de hablar.

No había visto yo este nuevo trozo de la Casa, que habíamos recorrido con Ignacio Cía, rincón por rincón, cuando las fiestas del Cincuentenario-Centenario. Todo está limpio, reluciente incluso, y, aunque demasiado grande, la Casa se parece cada día más al marco pequeño y entrañable de la casa.

Visitamos el ala de las ancianas demenciadas, tal vez el cuadro más triste de todos. Están las ancianas sentadas en sus sillas, pulcras y aseadas, como ensimismadas. Algunas gritan de vez en cuando. Dos miran la televisión. Una canta sin parar: espera a una hermana que no viene y está nerviosa, nos dice la enfermera. Antes les pusieron villancicos, ahora piden jotas:

*Porque las espigas de oro,
ya van granando, o, o, o, o, o.*

Junto a la puerta hay una mesilla con un Niño Jesús. Por el cristal de una puerta cerrada se ve una cesta de Navidad.

La lista de benefactores de la Casa, entre los que veo muchos nombres conocidos de Pamplona, se terminó hace años, y no sólo porque ya no hay sitio en el vestíbulo. Quienes hacen posible que los ejercicios terminen sin los millones de déficit iniciales pasan ahora al santo anonimato de la generosidad que no espera agradecimiento público.

VICTOR MANUEL ARBELOA

En el despacho del director copio estos versos escritos en julio de 1903 por Fiacro Irayzoz:

*...Quién sabe si serás albergue ansiado
cuando allá, en mi vejez, con mano inquieta
llame a tu puerta pobre y olvidado.
Para llegar a ti ya tengo andado
la mitad del camino. ¡Soy poeta!*

Visito después una familia bien conocida, castigada brutalmente este año por la salvaje violencia. Su serenidad, su ánimo y hasta su paz tonifican y conmueven al más pintao.

A la vuelta, paso cerca de donde, anteayer, cazaron al general Atarés. ¿Cómo podrán cenar y dormir hoy sus asesinos? La pregunta es una pregunta sobre toda una civilización.

El villancico clásico habla de otra vigilia mejor:

*No la debemos dormir
la noche santa.
No la debemos dormir.*

Pongo en casa música de Navidad, que me priva. Pero hoy, dentro de esta terrible semana, de horror más que de adviento, me pone triste.

Es tan bella y alta la Navidad, que cualquier roce con la fealdad y la bajeza la hace insufrible. Pero la culpa no es de la Navidad, que es la hora buena del mundo:

*Norabuena vengáis al mundo
Niño de perlas,
que sin vuestra vista
no hay hora buena.*

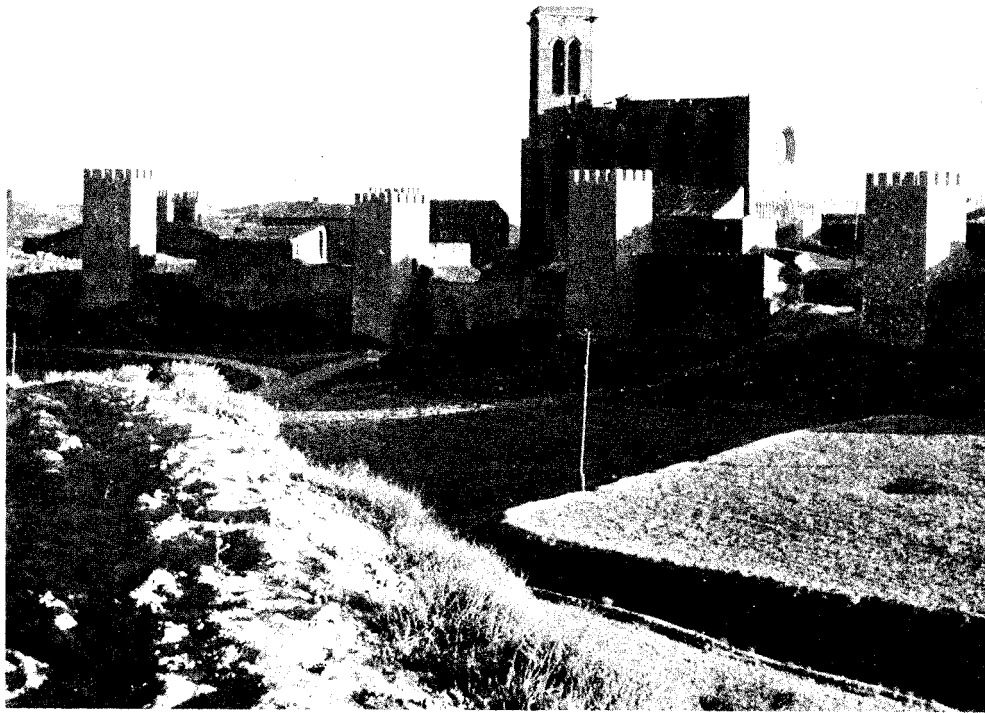
EN EL CERCO DE ARTAJONA

Es un domingo otoñal de diciembre, ahora que dicen que las estaciones climatológicas se retrasan. Patxi Mangado y Jesús Mari Omeñaca van hablando de libros de arquitectura y arte, y yo, que voy detrás, aprovecho el rato para aprender algo de estos dos jóvenes sabios y también para mirar, a derecha e izquierda, la arquitectura del aire –la arquitectura es el arte de crear espacio, decía mi profesor Kirschbaum– y el arte de los últimos colores del otoño.

Vamos a Artajona, ahí es nada. Sitio de buenas encinas, para comenzar con su etimología. Eso debió de ser antes, como así fueron pueblos que llevan el mismo origen: Artaiz, Artaza, Artazu, Artasona (Huesca), Arteaga... En mi pueblo hay un término, Artacea, de donde desaparecieron las encinas hace mucho tiempo. Pero todo el camino, una vez pasado El Perdón, es un empedrado de bosquete, monte bajo y verdugal, con encinas, coscojas, bojes y matorrales.

Erreniega está claro pero Alaiz está confuso de nieblas y neblinas, que han salido de la noche húmeda. Olcoz saca a relucir, esta mañana de domingo de adviento, su románico otoñal.

Muchos cazadores por caminos, ribazos, trochas, llecós y cabezos. Tendría que asustarse la mañana con tanta escopeta y tanto tiro, pero no, no se asusta, aunque a veces el aire se encoge de chillidos de miedo y se apagan en valles y montes pequeñas luces de vida. Las mañanas de caza se ponen pronto tristes.



Ya está ahí el Cerco, que nos liberará de los cazadores. Ya está ahí la única fortaleza bravía y cimera que nos queda en Navarra. Linterna de luz cansada. Trinchera de historia asaltada por los siglos. Reja inconsútil de piedra y de viento. Corona mural de nostalgias y empeños del efímero Reino de Artajona. Ajedrez medieval para ocio de guerreros y damas cautivas. Juego de la oca la tarde del asedio; de oca a oca y tiro porque me toca, y del laberinto al treinta. Cerca de recuerdos. Cerco terco. Cerro cerril y apesadumbrado por la carga implacable del tiempo y de su incuria. Cerco cercado por el sol y la paz de esta mañana que huye de la caza. Cerco de San Cernin, patrón cercano y cernido. Cerco visto y asaltado ya de cerca.

Tocan a misa las campanas de la torre de San Pedro. Nos espera el Ayuntamiento porque Patxi, el arquitecto, trae una lección que explicar: cómo gastar bien el centenar y pico de millones del Ministerio de Cultura para hacer del Cerco de Artajona un parque vivo, un museo vívido, un barrio viviente. Y toda la mañana va diciéndonos, poco a poco, la lección, dividida en capítulos de letra gótica, con algunos escolios renacentistas, barrocos y de estilo navarro 1986-1988.

Uno se encuentra de repente con esta nave gótica de piedra, antes románica, impulsada por la altiva torre prismática, que arrastra la flotilla de torres albarranas y murallas, y tarda tiempo en serenarse. En el tímpano de la puerta está San Saturnino de pie, con cara de doncel, erguido sobre el toro que lo martirizó. Un rey y una reina (¿los de Navarra?) están a sus pies. De la oreja de una mujer arrodillada sale un demonio... Pero no es cosa de contar una a una las maravillas de este museo de arte y de fe que levantaron los canónigos de Saint Cernin de Toulouse, en cuyas manos estaba la iglesia de Artajona. José María Jimeno Jurío, artajonés, y otros expertos las han contado muy bien.

El encanto se redobla ante las tablas hispano-flamencas del maestro Floristán de Aria, para otros maestro Francisco, natural de Tafalla. Por todas partes hay aquí bellas cosas que ver, pero el conjunto sufre un clima espeso de desidia y de abandono, a pesar de algunos arreglos recientes, que ahora se trata de remediar. Hizo bien don José Gudiol cuando en 1944 se llevó al Museo de Navarra las pinturas murales góticas del maestro de Artajona y del maestro Roque, para salvarlas de una muy probable ruina.

Caracoleamos luego por la escalera de caracol hasta el tejado de la bóveda. Dura columna vertebral de piedra en cruz, con líquenes. Suelo de fortaleza aérea, donde los huecos servían para el desagüe de la lluvia y de aspilleras francas para los proyectiles de defensa. Paso de ronda de la vigilia y de la victoria. Cresterías de almenas de gallo despertador de auroras, de devoción y de partes de guerra. Canecillos borrosos de furias bélicas y símbolos bíblicos.

El sol de la mañana ha conquistado ya las últimas lomas de Sarrea, la Sierra, Pingolotero, Chapela y Sansoain.

El mismo sol alumbra y señala los dólmenes, panteones familiares del Portillo de Enériz, los restos neolíticos de Farangortea, los trozos de cerámica de el Dorre y los términos romanos de Artadia, Elizaldea y Guencelaya.

El pueblo, que fue desprendiéndose del Cerco como de una cáscara vieja, se despereza al sol dominguero. Segundo toque de las campanas de San Pedro –iglesia un día auxiliar, hoy principal– que hacen vibrar a sus hermanas de San Saturnino del Cerco. Artajona es un pueblo que baja del Cerco, se remansa un poco en la plaza de los Fueros y en la iglesia parroquial, y vuelve a bajar, hasta que se encuentra con la carretera, viejo camino, cerca del cual crecen las casas nuevas y las casas altas. Baja también Artajona de la guerra a la paz, del riesgo a la prosperidad, que le dan sus sesenta y seis kilómetros cuadrados de terreno, su madrugadora tradición cooperativa, su fábrica de calzado de seguridad con sesenta y tantos empleos.

Agramontesa un día, como siglos después fue carlista, Artajona fue un bocado apetitoso para los Condes de Lerín, que la dejaron maltrecha una y otra vez, hasta que se liberó de ellos por fin en 1621. Hoy no necesita cercos defensivos.

Tejas viejas con color de tiempo. El tiempo siempre tiene un color gris-pardo-verdi-amarillo. Verde incipiente de la siembra y tierra rojiza de secano hasta donde la vista alcanza, más allá de los silos de cereal, más allá de Larraga y Miranda, hasta la barrera de los montes de Camero Viejo.

EN EL CERCO DE ARTAJONA

Las charcas sucias de las granjas son pequeñas lagunas desde aquí. Apenas se ven huertas. Tierra de encinas, que pasó al escudo. Secarral.

Hace años se levantaron las torres caídas del Cerco. Algo es algo, pero, como el interior, el exterior está también feo, descuidado, sucio. Quedan todavía una quincena de familias, casi todas de gente mayor.

Subimos por una escalera a la torre, que las palomas han tomado pacíficamente. Una de las campanas nos dice en bronce su cometido diario:

*A Dios alabo
a los vivos llamo
a los difuntos lloro
las fiestas decoro.*

Con la piedra de la muralla vieja hicieron otra inferior. Con la piedra caída del Cerco se levantaron o reforzaron muchas casas durante siglos, incluso llevándoselas al hombro.

Bajamos entre alzurrones y cardos secos. Pasamos entre buenas casas y escudos gloriosos, de los Iriarte, los Bujanda, los Lastera... Visitamos rápidamente la iglesia de San Pedro, cuando va a comenzar la última misa de la mañana. No es hora de entrar a ver el exquisito tríptico de la Epifanía. En la clave de la portada, el mismo escudo del Condado de Toulouse.

Una vuelta por los alrededores. Ahí, junto al pasadizo, vivía la tía Alodia, y ahí, en los bajos del viejo Ayuntamiento, tenía la carnicería el tío Antonio. Más allá ponían la tómbola, que a mi me tocó animar un año, a las órdenes de J.M. Jimeno, que entonces era «Jaimito». Por esta calle subían las vacas de torear, que vi por primera vez, y en esa casa vivía don Rufo, el de la farmacia. Tiempos de carlismo inquieto, de adhesiones fervorosas a don Andrés, cura carlista, a quien se llevaba el obispo por eso, y de escándalo porque iban los primeros chicos al campamento del Frente de Juventudes.

Aún recuerdo aquella música blandengue del baile, desde el balcón del Círculo:

VICTOR MANUEL ARBELOA

*Como un rayito de luna
entre las piedras dormida,
así el color de tus ojos
ha cautivado mi pobre vida...*

En el Círculo Carlista estamos ya. En la fachada se lee aún un descolorido «¡Viva España!». Tomamos el vermut en la UVI de la Casa, donde los viejos toman el sol por las tardes. Nos da de lleno ahora y tenemos que quitarnos ropa.

–Lo mejor, los fritos.

–Trae otra ronda –manda el alcalde.

Al pasar por Elizaldea, junto a la basílica barroca de la Virgen de Jerusalén –entre cipreses de patio y de cementerio– revivo las excursiones hasta aquí. El Cerco y la Virgen de Jerusalén fueron mi primer encuentro con la Edad Media. Hablaban de guerras, de cruzadas, que los requetés de Artajona, pintados en las paredes, nuevos Saturninos Lasterras de nuestro siglo, acababan de prolongar.

–Tía Alodia, ¿trajeron los requetés de Artajona la Virgen?

Hace años, cuando la robaron, fui a preguntar por ella. Menos mal que la original románica lemosina, de ojos de almendra e iris de esmalte negro, estaba a buen recaudo.

Almendros, carrascas, matorrales. Algunas viñas, algunos olivos. Esparragueras. Y muchos cazadores.

SE NOS ECHA LA NOCHE EN OLZA

Será difícil ver chopos color ámbar, como aquella mañana de abril, desde el puente de Izu, en la playa alta de Asiain. Esta tarde de octubre, tan calurosa como cualquiera de julio, los chopos que arbolean el Araquil están atontados y quietos, con color de enfermos de hígado, mientras el río se arrastra a sus largos pies. Muchos domingueros, en este sábado festivo, alrededor de las villas construidas en Eguillor y Beasoain.

Dejando a la izquierda el montecillo de Izaña, nos metemos entre carrascas y robles camino de Lete.

Escondido a la izquierda está el que fuera un día el monasterio más importante de la cuenca de Pamplona, donado por Sancho el Mayor al monasterio de Albelda, y años después propiedad de Irache. Decayó pronto y acabó siendo una granja de éste último. Hoy se mantiene todavía en pie el ábside románico, una pequeña cúpula con linternilla, y la espadaña a la que se le cae la cruz de hierro y las tejas. Las tejas alternan con las lajas. Por dentro es una ruina. Zarzales, saúcos y yedras, entre robinias y nogales, protegen los muros exteriores.

El año pasado robaron la campana, que aún sale en las fotos, y arrancaron cristales y maderas de las pequeñas y sólidas casas de labranza que rodean la iglesia, habitables hasta hace unos años.

Lo que un día fuera atrio y luego especie de plazuela está sucísimo, con todos los restos que tiran aquí quienes por aquí se aso-

man. Mejor es mirar los chopos lombardos del lado noroeste. Hay uno que se abre en oros y naranjas como un pavo real de otoño y le da a este sitio el color nostálgico de su historia.

Una familia de Anoz cultiva la huerta, que riega el regato que baja de la fuente que llaman la Yaca. Padre e hijo se llevan en la camioneta borrajas, berzas y tomates.

Todo es de la marquesa.

Algún día le tocará al monasterio de Yarte al menos un elemental adementamiento.

Ya les gustaría a los de Lete, que siempre lo reivindicaron, que Yarte se adementase. Ellos no pueden ni podrían hacerlo, porque son sólo un puñado. Al entrar, parece un pueblo en construcción, con hormigonera y todo. El frontón junto al atrio está recién hecho. En el atrio se amontonan aparejos de albañilería, que están arreglando el pórtico de la iglesia románica de transición. Se nos echan unos perros encima.

-No hacen nada.

No nos hacen nada, pero nos asustan. Demasiado hormigón. Están reconstruyendo una casa a la derecha. Hay cerca otra, vacía y medio derruida, de sillar y sillarejo, hecha en 1713. ¿Fue ésta el palacio del que hablan algunos autores? Otra, convertida en corral, es de 1568, con puerta de dovelas y en la clave una cruz de piedra con adornos.

Han limpiado la piedra de la iglesia. Lucen con luz viva dos retablos renacentistas que uno no esperaba encontrar aquí y que le detienen la vista y el paso. El de San Blas está fechado en 1554, siendo vicario don Pedro de Lete. El retablo principal está dedicado a San Froilán, al que le cortaron los pies para encajar un enorme sagrario que está ahora en la sacristía. Bellas figuras coloridas y coloristas de la Pasión, y en el cuerpo de arriba, santos y santas caballerescos y andariegos: San Jorge, Santa Bárbara, San Martín... A una Virgen del XII, que llaman del Rosario, le muerde la polilla del tiempo y del descuido.

Quisieron llevarla al Museo, me dice el señor Juan, padre del alcalde y que llama a la alcaldesa, que nos atiende galantemente.

Ricardo trabaja en la cantera de ofita, también de la marquesa, que muelen luego en Osquía.

Hay una estela rota en el atrio, que saltó del viejo cementerio.

Hablamos de Lete y de los alrededores. En el monte Echemendi, ése de ahí, que es de la marquesa, crece el mejor roble peludo del término. El otro es el monte Grande, mugante con Olza.

—¿Zorros? Raposos llamamos aquí.

Lo cierto es que ya no vienen los que antes venían. Aquellos zorros rojigrises famosos en la zona, de orejas triangulares y patas cortas.

—El que mataba muchos raposos, sabe usted, era el cura de Arazuri.

—Lo tengo oído. Y tenía muchos perros.

—Y los tiene.

—Eso.

Pero hay que seguir el itinerario, que así no terminaremos nunca. Subimos por el viejo camino de piedra, muy estropeado, que va hacia Ochovi y Aldaz. Nos siguen y nos ladran perros que no nos hacen nada, pero que nos asustan. Nos siguen, mucho más tenaces, unas moscas oscuras, obtusas, pesadas como moscas. Junto al cementerio lleno de zarzas hay un perro con la lengua fuera. Afortunadamente no nos hace nada.

Atondo se sube a las faldas del Vizcay. Una densa calima azul oscura vela el Valle de Ollo y se apega a los bordes de la sierra de Sarvil, donde el sol se detiene. No vemos más que grandes bultos.

Sudamos de lo lindo entre carrascas, a las que se les cae la bellota, enebros con sus gálbulos prietos y cárdenos, arañones y algunas moras que aún se pueden comer. Las moscas nos siguen como el primer día. Aquí no hay uvas ni vendimia, pero hay moscas, rezongonas, moscardonas, incansables, insaciables.

Desde Zabalgaña nos asomamos al panorama largo y luceado de la cuenca, desde Sollaundi hasta el Perdón, todo entre vedijas de brumas.

Hemos debido de ladearnos hacia la derecha y nos topamos con una tupida reserva de caza, bloqueada de carrascas y matorral; tenemos que bajar por un barranco hecho de torrentera, bajo la amenazante línea de alta tensión. Aquí no hay perros pero hay moscas, que nos zumban, que nos pican, que no nos dejan en paz. Las espantamos con las dos manos. Nada.

Comemos unas mandarinas, con sabor a invierno. Dejamos las cáscaras y unos gajos. Y nos quitamos las moscas de encima.

Llegamos a Ariz, pueblo de dos barrios y tres vecinos. Una fachada gótica del XVI, entre parras e higos blancos: acaban de coger los maduros, y aún está la escalera. Lástima. Es casa Goicoechea, porque lo dice un letrero escrito a mano. Una lápida sepulcral de fines de siglo. La dueña joven nos dice que era un hermano de su abuelo. La dueña vieja anda entre unas matas de tomate, con una pulsera magnética de esas contra la artrosis.

—¿Le va bien?

—Sí, señor, muy bien por ahora.

Nos salen los perros de Ariz. No nos hacen nada, y esta vez nos asustan menos. Está visto que no hay pueblo sin perros; y cuanto más pequeño, parece que son más. Y, además, ya se sabe: perro ladrador, poco mordedor.

Seguimos por una pista forestal y luego por un camino entre pequeños barrancos. Todo el campo tiene el color pajizo del rastrojo y el gris azulenco de las calizas margosas. Junto a un regacho seco, un choperil que no puede más empieza a deshojarse. Unos fresnos están perdiendo también el color.

De entre las veintiséis especies nidificantes que los pajareros han encontrado por aquí, a nosotros no nos han salido más que dos mosquiteros papialbos, capigrises y patipardos.

Ahí va Aldaba mundo adelante, con sus árboles, su flores y sus villas, y allí se detiene Zuasti con su bosque, su señorío carlista y su famosa estación de ferrocarril. La vieja ermita románica de San Bartolomé, centro un día de peregrinos de la Cendea, sigue, con su espadaña aún tiesa, presa de todo el que quiera devastarla.

A Olza llegamos, tras pasar junto a su cementerio, antigua ermita e iglesia, cuando sólo queda media hora de luz. También éste es un pueblo en obras. Como hace poco compraron las casas del señorío, parece que cada uno está haciendo o rehaciendo la suya.

Que Olza tenga algo que ver o no con *holtz*, tabique hecho de tablas, a estas horas nos importa poco, por desgracia. Pero lo cierto es que desde Garzea Enneconis de Olza, casado con un hija del rey Iñigo García, siempre hubo personajes importantes de la familia real campando por estos pagos.

Han dejado limpia y fresca la torre palomar al noroeste del pueblo. Abajo siguen graves el palacio, con su renombrado jardín y la casa palaciana, con su blasón y sus torres palomares, sin palacianos y sin palomas.

—Pero así no llegamos a Yarte.

Y discutimos un rato sobre si llegamos o no y por dónde llegamos. Echamos a andar y se nos echa la oscuridad encima. Así, de repente, sin aviso alguno. Ya no se ve.

—Que así no llegamos.

—Que sí, que aún se ve.

—Que nos perdemos como aquel día, hombre.

La verdad es que no se ve nada, que ya no los zorros de Lete sino los lobos de la noche nos cercan por todas partes.

Volvemos. Un muchacho generoso y alegre que se llama Jesús nos coge en su coche o en el de su hermana, es un decir, y nos lleva hasta Yarte, donde tenemos el nuestro. Le invitamos a un vaso en un bar, siempre a estas horas concurrido, de Asiain. Quitamos del todo el miedo el cuerpo y echamos un poco de calor al colete. Hemos caído en las buenas manos de un deportista y montañero.

Viene sulfurada la hermana de Jesús en busca del coche. Otro día calcularemos mejor la ruta. Nos pararemos menos en los sitios. Y tal vez ya no habrá moscas.

P.D.

Si por un casual, como se dice por aquí, quiere usted llamar por teléfono a Lete, no lo logrará. En Lete no hay aún teléfono.

MUERTE EN EL POZO DE UNDIANO

Erais hombres oscuros, arribados
en los nocturnos trenes inmigrantes,
que reparten la fuerza de trabajo de los pobres
por los sitios más cómodos
donde viven los ricos y negocian,
donde explotan carbón o hierro o carnalita.
Cargados sólo de vuestros sonoros apellidos castellanos,
Fernández y Romero, Ruiz Domínguez,
Benítez, Pérez, Arias Juárez,
vinisteis de las tierras assoladas por hambres e injusticias seculares:
Granada, Huelva, Ciudad Real, Guadalajara,
donde todo, hasta la tierra bajo tierra, es de unos pocos
y sobra y se exportan los hijos
 –verdaderos señores–
de la tierra;
donde quedan las remesas de turismo,
el lucro embotellado de los vinos,
las torres de fantasmas medievales,
la intacta,
 y ahora soterrada,
rebeldía
de las viejas historias de luchas contagiosas.

VICTOR MANUEL ARBELOA

Aquí estabais, muy cerca de nosotros,
terrenos,
cotidianos,
eventuales de plantilla,
al servicio de anónimos señores accionistas
—de dinero con nombre y apellido—
de OBRAS SUBTERRANEAS, empresa de Madrid
que trabaja en Potasas de Navarra,
en el pozo de Undiano.

Esto dicen a coro los periódicos.
Lo que no dicen
es
si Vicente o José,
Julián o José Antonio
eran algo más para la empresa
que peones traídos a rebato
para abrir las galerías de las minas;
algo más que los rodillos y los caballetes angulares;
hombres desarraigados de sus pueblos ajenos,
las raíces al aire de los días;
tal vez menos sensibles
a los humos, al polvo y a los gases;
pésimamente ventilados
—con perdón del señor facultativo, ausente casi siempre—;
cómodamente encuadrados
en el sindicato de la construcción.

El reino prometido por Jesús de Nazaret
afortunadamente,
no es una empresa anónima,
ni admite anónimos señores de la viña o de los tajos.
Ni en Navarra sabremos olvidar
a quienes alumbrasteis
las fuentes de la fuerza y la riqueza
que un día alegrarán la vida de los vuestros;
a quienes,
navarros adoptivos,
navarros predilectos tras la muerte

MUERTE EN EL POZO DE UNDIANO

—galería FO, 22 A—,
volvisteis a enseñarnos que el trabajo
y el hambre de justicia
deben ser
el único blasón de la nobleza
de la nueva Navarra que estamos construyendo.
Y nada más, valientes compañeros,
aprendices de la vida, maestros de la muerte.
Rendirá tal vez la carnalita que vosotros sorprendisteis,
y la empresa de OBRAS SUBTERRANEAS
proseguirá sin pausa sus labores.
Pero en todos los pozos mineros de la tierra,
desde Alaska a Suráfrica,
se ha visto un corrimiento de luto y de esperanza solidaria,
y encima o debajo de la tierra
los obreros del mundo hundirán
con su cólera y su lucha colectiva
dos centímetros más de cementerio.

Y al sol del porvenir socialista de la tierra
estaréis con nosotros,
contemplando sin penas
aquel mundo que,
en Nerva o en Astrain,
todos íbamos, con fe y con amargura,
poco a poco,
día y noche,
descubriendo.

(Echavacoiz, 16 de marzo de 1975).

EN VALTIERRA LA MORA

Los asientos del autobús de CONDA son tan estrechos, que apenas puedo mirar y tomar unas notas.

Paso revista obligada a los uniformados arcos del acueducto de Noain. Está tan limpia y neta la tarde, que se pueden contar las encinas y los quejigos de la Sierra.

Veo Unzué risueño de sol de cal. Por encima de la carretera de Amatriain vagabundean dos cernícalos o aguiloques rasados de sol.

Están podando las viñas de Olite. Ya que las cepas se despeluchan, nos contentaremos con mirar las esparragueras, todavía de buen ver.

Entramos luego en el dominio del maíz. Vale más mirar la torre de Rada la Vieja, que cada tarde se revieja más, que mirar el puente nuevo de Caparroso, por donde un día pasé, y a buen ritmo, con el «testigo».

Una muralla táctica de pinos alepos nos ocultan los terrenos bardeneros, pero basta agacharse o empinarse para verlos. Hay papeles y latas entre los pinos como una infame vegetación que planta la civilización industrial cada tarde de domingo domingero.

Me esperan el alcalde y unos amigos. Hay mucho tiempo todavía hasta la hora de la charla, y vamos a pasear por Valtierra.

Poblada muchos siglos antes, fue la villa un importante señorío durante el dominio agareno, en los siglos IX al XII. Sabemos que en el año 893 señoreaba aquí Mohamed ben Lob, del bando de los Omeyas, que pereció defendiendo su señorío cinco años más tarde; su segundo hijo Lob murió en la Bardena en el año 907, en lucha contra el rey cristiano de Pamplona, Sancho Garcés. El año 1110, Alfonso el Batallador, rey de Navarra y Aragón, tras vencer a Almostain, rey moro de Zaragoza muerto en la batalla, reconquistó Valtierra para siempre.

Los moros siguieron viviendo en Valtierra, conviviendo con los naturales durante varios siglos. En el Regimiento de la villa llegaron a tener dos jurados propios y disfrutaron de derechos municipales, hasta el punto de intervenir en el repartimiento de las aguas para riegos un «alamín» o fiel de aguas moro, junto a otro cristiano.

Vamos primero al barrio de abajo, que aquí se llama también Katanga (lo pobre, lo último, lo lejano, en aquellos años, como aquel desgraciado país, como aquella terrible guerra congoleña). Damos una vuelta por entre las calles de casas baratas y nombres solemnes, y nos paramos a ver la ermita de la Virgen de la Esperanza. Es una iglesia barroca de ladrillo, con grandes pilastras y frontones triangulares. Por dentro, pilastras, bóvedas de medio cañón, grandes florones, vestíbulo con reja, retablo mayor y camarín.

A este barrio vino la gente que salió de las cuevas y alguna más. Hay más uvas, me dicen, de adorno en el retablo mayor de la ermita que en todas las pocas viñas que quedan ya en Valtierra.

Subimos al camarín, siempre atentos a las explicaciones que nos da Emeterio Samanes, que hace, cuando se le llama, de guía y es una especie de memoria popular. Vemos desde aquí el cementerio del pueblo, del que la ermita fue y es capilla. ¡Buen sitio para hacer las casas baratas en aquellos años! ¡Barato sobre todo el traslado a la última morada!

—Todo está cerca, ya ve usted.

—Ya lo creo.

Lienzos de la vida de la Virgen por las paredes de la estancia. Vuelvo otra vez al retablo mayor, y me pierdo un poco entre las calles, columnas, arcos, hornacinas, aletones, pinjantes, lienzos, tallas; tan movido, tan colorido, tan vivo todo.

Entre los retablos barrocos y manieristas del XVII, me llama la atención y la devoción el Cristo de las Enagüillas, escultura indiana de bambú, llena de marcas de sangre, que trajo de Indias Sebastián Ruiz de Irigoy, tío de Miguel de Corazpe que costeó el retablo.

Pasamos por la plaza de la Juventud. El monumento recuerda la hazaña del niño Eduardo Llorente que se ahogó en el Ebro por salvar la vida de dos compañeros. El día de la inauguración estaba la plaza llena de gente, y todos estábamos emocionados, agradecidos a tan admirable ejemplo.

Llegamos al pie de la Torraza, en la plaza de los Navarros, resto de torre medieval, basta atalaya guerrera de argamasa y yeso salitroso, sobre sillares romanos, a donde un buen día, lejos ya las guerras, se subió la cigüeña, para borrarle los malos recuerdos y darle un poco de encanto y ternura. Aquí cerca excavó Maluquer de Motés un cementerio de finales de la primera edad del hierro; ahora están en el museo de Navarra urnas, vasitos de ofrendas de cerámica, diademas de bronce, botones, fibulas, cadenas, pulseras, collares, anillos... de los primeros pobladores de la villa. No debieran perderselo sobre todo las mozas y las señoras valtierranas.

Anda un airazo que nos da en la cara y casi no nos deja ver el vasto panorama de crepúsculo sobre el Moncayo, Yerga, Isasa, y todo el valle feraz del Aragón y del Ebro hasta nuestros pies. Desde aquí se entiende bien por qué Valtierra se construyó aquí, primero en cuevas defensivas, y después en castillo y murallas frente a los invasores de uno y otro signo, que seguían el fácil y fértil curso de los ríos. El monte de la Plana era un murallón difícil, y el desierto está detrás, un buen campo de huida y de refugio. Sobre la Plana se asoman ya 100.000 plantas de pino carrasco que pueden hacer de Valtierra un Valverde o un Valpino de primer apellido.

Por los ribazos hay matas secas de esparto –industria floreciente aquí un día–, beleño, cardencha y tomillo. Debajo del camino andan las excavadoras levantando y aplanando tierra para el nuevo colegio nacional, ahora repartido en dos establecimientos, rehechos una y otra vez. Junto al colegio irá el polideportivo y el campo de fútbol. Con lo que, si sumamos las piscinas –ya en uso, y bien arboladas, hace años–, convertirá este triste secarral en una alegre zona juvenil. Todo comenzó cuando se cubrieron las viejas e improductivas minas de sal, se cegaron los barrancos y se impidió que el agua de la tormentas se echara sobre el poblado, como era costumbre.

Sube levantando polvo un rebaño. Me dicen que el pastor es uno de los dueños del terreno.

–¿Hace fresco, eh?

–Más que calor.

Antes de que oscurezca, echamos una ojeada despaciosa al palacio de los Gómara, al borde de la carretera, cuando la circulación nos lo permite. En el primer piso están las oficinas de la Caja de Ahorros de Navarra; en el segundo, unas aulas y el salón de múltiples, donde podría estar pronto la sala de cultura. No queda más que la fachada de ladrillo. Lo más bello son las dos torres, los triglifos del friso y las ventanas con frontón y óculo que las hace más ventanas todavía. Vivieron aquí hasta la compra los administradores y algunas familias de renteros.

En la plaza del Ayuntamiento, una de las varias plazas de Valtierra, está la sociedad «La Esperanza», antiguo casino de los ricos, frente a «La Unión», ya desaparecida, que era el casino de los pobres. Ambas perdieron hace tiempo el carácter agrícola y cooperativo que presidió su fundación. Tomamos algo en un bar elegante y cercano que se llama también «La Unión».

La entrada del Ayuntamiento está tan mal como cuando vine aquí por primera vez y me hizo dudar de que esto fuera el Ayuntamiento. Es el antiguo palacio de los Peña, de solemne portada con columnas dóricas y escudo sobre el balcón principal, restaurado todo casi enteramente hace dos años.

El despacho del alcalde y la sala central son un pequeño museo. En el pequeño oratorio empotrado, con su Crucifijo de plata, alguien dejó un bombo. Un teléfono de auricular. Copia de la cédula del rey Carlos II de Navarra, que en el año de 1367 dio título de villa a Valtierra. El retrato de don Pedro Adolfo Huarte Mendicoa, destacado por sus trabajos de investigación en aeronáutica. La foto del petrolero que lleva el nombre de Valtierra porque, dicen, que su dueño pasó un año las fiestas aquí. Un Cristo y un guarda jurado pintados por Vidal Abeti. Una reproducción del emperador Carlos V, obra del escultor tudelano Antonio Loperena.

El emperador acabó con el señorío de los Peralta e incorporó la villa al patrimonio real en 1527. Un año más tarde tuvo asiento en corte y obtuvo poder para poner picota y rollo como las demás ciudades y buenas villas; poco después, la facultad «para proceder contra las malas mujeres y rateras hasta sacarlas a la vergüenza pública y azotarlas». (No hay alusión al género masculino). El 26 de febrero de 1529 –según documento en pergamino que se conserva en el archivo de la villa–, autorizado con su firma y dado en Toledo, vende el emperador a la villa por 2.500 ducados de oro todos los derechos que a la corona pertenecían sobre los bienes que el señorío ilegítimamente había disfrutado.

En la Biblioteca se mueven un grupo de chicos y chicas con libros en las mesas y en la mano. Mira una chica unos grabados, entre los que distingo el del general San Martín.

–¿Quién era el general San Martín?, le pregunto.

El alcalde le echa un capote:

–Dile que no llegaste aún a esa lección.

Ella sonrío y parece asentir.

–Bueno.

Curioso de aquí para allí y saludo a la bibliotecaria, jovencita como casi todas ellas.

Recorremos, ya a la luz eléctrica, la calle mayor que, como todas las calles mayores de las villas roqueras –Lodosa, Azagra, Peralta...– son calles bien defendidas y resguardadas y dejan ver bien su antigua prosapia. Las casas fuertes de la villa se levantaron en los siglos XVI y XVIII con ladrillo en las fachadas, gale-

rías de arquillos y audaces aleros. Bajando hacia la iglesia, en la plaza de los Ríos, el palacio que lleva el nombre de la plaza mueve a estas horas a compasión en su desamparo. No saben qué hacer con él, y su doble galería se asoma insistente y cegatona.

La iglesia de Valtierra, dedicada a San Irineo, es, además de alta, fortachona y bella. Le ha crecido una higuera en la torre, pimpante bosquecillo de piedra. Nos enseña el párroco el interior bien iluminado. El retablo mayor es cosa de mirar y remirar, y aún estaría mirándolo, si mis amigos no me hubieran hecho mirar al reloj. Lo hicieron los mejores maestros platerescos y romanistas de la zona. De él dice don Tomás Biurrun que es «sin duda el número uno de los retablos» de la diócesis. Toda la iglesia está llena de bellezas y ahí están los dos púlpitos haciendo juego con el retablo.

—Lo dejamos para otro día. Gracias de verdad.

Quedan la sacristía y el coro, además de varias dependencias y la casa parroquial.

Si, además de todo lo que hemos visto, añadimos que el Ayuntamiento anda ahora preparando el saneamiento de las conducciones y viendo cómo curar el agua que viene, mucha pero mala, desde la presa de Milagro, uno se pregunta qué queda por hacer en este pueblo. Acaban de comprar, además, la corraliza de Garralda y andan en tratos, con buenas perspectivas, para comprar otras dos y ponerlas en regadío.

Más todavía. Casi da pudor decirlo, pero lo cierto es que en Valtierra no hay paro. Además de las dos conserveras, tres centenares lagos, entre fijos y temporeros, trabajan en *PLANASA*, seleccionando plantas y semillas de plantas. *PLANASA*, comenzó aquí en 1977, se ha extendido a otras tierras, trabaja con laboratorios «punta» y necesita mano de obra, sobre todo en invierno.

—Ya ve usted qué cosas.

—Ya veo, ya.

Otros trabajan en el vivero de la Diputación, donde, por cierto, se comían, y supongo que se siguen comiendo, unas migas y unas

chuletas de no te menees, al menos en los días señalados, como fue el de la inauguración de la Residencia de ancianos, que ya no tengo tiempo de visitar. Lo que pasa es que comimos demasiadas migas, pensando que ya no había nada más. Craso error.

—¿Cómo íbamos a dejarlos sólo con migas, qué les paice pues? —nos dijo el concejal de la cosa—. Tontos somos, pero tanto...

Me he acordado de las migas en casa de Julián, donde me dan tortilla, jamón y fruta, platos entre mis preferidos.

Es la hora de ir a la sala de cultura. Un asunto difícil de tratar: «la juventud europea». Pero esto es lo que me piden en Valtierra, que puede parecer tan mora. Cuando terminamos, vemos que mucha juventud europea valtierrana prefiere estar a estas horas en el bar El Sol y en el bar Edén.

Hace mucho viento por la calle.

DONDE NACE EL ERCILLA-LARRAUN

Martes, 26 de marzo.

Había sol en Pamplona, pero cuando llegamos a Iribas, nevísca.

Hoy no está el señor Fermín, y las avefrías, ya se ve, han cumplido bien.

Caminamos hacia Baraibar entre fresnos podados y praderas, en donde pastan unas potras niñas y adolescentes, rubias y candelosas. «La pradera y su verde sosiego», escribió Bousoño en su verso. Todo está sosegado aquí, hasta la nieve cae sosegadamente. En el pequeño pinar, a nuestra derecha, hay todo un concierto de pájaros.

Las casas de Baraibar tienen su caras blancas al sol, que aquí suele ser escaso. Escampa.

Unos albañiles están tendiendo un balcón. Un muchacho lleva una cerda en una jaula de madera. Preguntamos por dónde sigue el camino que traíamos, que en la guía no está claro. Uno de los albañiles nos dice desde arriba que no sabe:

—No soy de aquí. Pregunten a alguno del pueblo.

Una mujer, en zapatillas y bata morada, está hablando con el muchacho que lleva al animal. Le preguntamos también:

—No sé. Mi marido sí sabría decirles, pero no está en casa.

Otro muchacho, con el buzo azul oscuro de trabajo, nos da alguna orientación:

—Yo creo que sí, que por ahí van bien, aunque no estoy seguro.

Se escapan hilachas de nieve. Tiramos por la carretera que sube hacia Aralar. Nos desviamos pronto a la izquierda, por una senda que tiene que llevar a Aitzarreta, según los mapas.

Nada más andar unos minutos por un bosque de avellanos y acebos, oímos el fragor de un torrente, que no viene de lejos, que nos «suenan» junto al acantilado gris blancuzco donde se corta la sierra de Aralar.

Está un poco más lejos de lo que parecía. El manantial es limpio y alegre, sin contenciones pero tampoco excesos. Ha llovido y nevado poco este invierno y el acuífero serrano suelta sólo lo imprescindible.

El torrente ha ido llevándose el muro que hizo de presa del viejo molino, hoy en ruinas casi vegetales. Unos tubos quirúrgicos conducen el agua a pueblos vecinos.

Arrecia la nevada y con las capuchas puestas acompañamos al río Ercilla o Larraun —Pascual Madoz lo llamaba Lecumberri— en la corta procesión hasta su apacible entierro. Se abre primero en dos brazos que se juntan en seguida para discurrir al pie de la cornisa caliza, entre hayas altas y robles, arces y avellanos bajos. Desde un corral reciente balan las ovejas. Metas de helechos se defienden de la humedad con unos capuchones de plástico. Dan pena unas filas de castaños gruesos, abotargados, corpulentos, ya casi sin ramas, enfermos, moribundos, algunos arrancados.

Deja de nevar y sale el sol. De repente, todo el campo comienza a echar humo caliente, una niebla fantasmal que desaparece pronto.

No paran de cantar los pájaros. El agua del río es pura transparencia, y ahora es verde, luego gris, después plata, según las piedras o los musgos por donde pase.

El Ercilla o Larraun I nos lleva con él a verlo morir. Bajamos penosamente la cuestecilla barrosa hasta la pequeña península pe-

niredonda de robles y pinos albares, alrededor de la cual el agua resuelta y deportiva del manantial se deja tragar pausadamente en las calizas cretácicas.

—Glu, glu, glu.

Al final de la curva, bajo las ramas que se amontonan en el estrecho cauce, se oye el estertor agónico de la corriente que se va.

Volvemos por la misma cuesta y seguimos el llamado cauce seco, por donde continua el agua cuando, tras las grandes lluvias, se abarrota el sumidero o moridero del Ercilla.

Hay unas pistas que nos confunden. Llegamos a la sima de Lezegalde, rodeada por una ligera alambrada, sima boquiabierta, voraz y de mala pinta, siempre dispuesta a engullirse el agua que le venga por el cauce seco. Y lo que le echen.

La hondonada continúa al pie del promontorio donde se asienta Iribas. Basta andar unos minutos para oír de nuevo el mismo ruido de agua, esta vez rumor más que fragor. Hay que bajar por la pendiente para verlo bien. Sale esta vez el Larraun II, o Larraun sin más, entre calizas abiertas y margas impermeables, a ras de suelo, debajo de un rodal de hayas agolpadas y al pie mismo del monte que sostiene al pueblo. Sale nerviosa y escurridiza, y le han puesto unas pilas y diques bajos para sosegarla. Una central eléctrica le aguarda a pocos metros, junto a una casa vacía que fue sin duda otro viejo molino.

Subimos por un sendero hacia Iribas. Como en el pueblo vecino, como en tantos otros pueblos navarros, la pendiente se ha convertido en basurero. Pozales, cubos, calderos, cestas, ollas..., y luego aguas sucias, con olor, entre otros, a fiemoral. Un fiemoral aguachinado es lo primero que se ve cuando se llega al alto, y es el último olor que se quita uno de encima.

La primera casa lleva fecha de 1861. Hay muchos escudos pequeños en las casas, con los dos lobos del Valle. La puerta románica rural de la iglesia, bajo pórtico, tiene en la base del arco

VICTOR MANUEL ARBELOA

apuntado unas figuras de personas y animales en piedra. El frontón, con propaganda anti-OTAN, se llama Aralar y fue construido en 1927.

En el Emaitzu y otros montes de Basaburua una cortina de nieve vela la luz larga del mediodía.

Sobre el Aldaon y el Artubikoñaga, por lo que se ve, vuelve a nevar.

EN IRULEGUI, CON VIENTO Y PERRO

Llegamos a Ilundain y un ramalazo de ventarrón norte nos arrastra casi cuando salimos del coche. Subimos con las capuchas puestas hasta Laquidain. A la entrada hay un revoltijo de papeles y bolsas de plástico que el airaz ha dispersado por aquí y por allí. Peladas y desnudas por él, se abarrancan las margas —claros grises de luna— sobre las laderas, donde se agarran los pinos como pueden.

El aquilón ha echado por tierra un letrero, repetido más arriba, que dice: «Bar Restaurante Laquidain». No se ve un alma en el pueblo. Sólo un señor de pelo blanco, que no había estado aquí hace muchos años, anda buscando ese bar, que ahora está cerrado. Es una casa vieja, medianamente restaurada, en una plazoleta con betún y con restos de obras sin terminar. Mejor me parecen unos portalones tardogóticos, con once y doce dovelas cada uno, en casas tal vez de domingueros. Silba el norte entre los huecos y ranuras de las puertas y los vanos sin cristales.

La iglesia, románico rural, con sus dos campanas mudas, parece más cerrada aún a estas horas del domingo, cuando en otros tiempos había aquí gentes y bullicio. Pero el nortazo no puede con la pequeña torre, de donde baja el zureo caliente de unas palomas que no vemos. Rola confuso el cierzo, que traerá pronto agua.

Aquí no podemos decir lo del gallego: «no habiendo viento, no hay mal tiempo». No somos gallegos y subimos la leve pendiente por un camino irregular y abarrancado, entre bojes, cornejos, ene-

bros, pinos laricios, robles peludos y quejigos, que nos acompañan durante todo el paseo.

Un perro flaco, blanco, rojipardo en la cabeza, orejas y dos manchas en los lomos, ni galgo ni conejero, nos pasa entre las piernas y sigue adelante, derecho, seguro. Junto al Portillo de Laquidain oímos un ruido rápido y áspero entre los zarzales. Cuando tememos ver alguna alimaña huyendo, lo que vemos es el perro, satisfecho de haber salvado el obstáculo.

—¿De quién será este perro?

—Vete a saber.

—De los que vienen detrás, seguramente.

—Igual de algún cazador.

—«*El gato, el perro y el niño, donde dan cariño*».

—Muy bien ese refrán.

El perro sigue adelante. O es un guía de caminantes o no lo han sacado hace días de casa. Cercea.

Aquí, según la Crónica del Príncipe de Viana, termina, o comienza, según se vaya o se venga, la Cuenca de Pamplona. Y desde aquí parte el camino a Lerruz, entre pinos albares. A la derecha, el Hayedal, que así se llama el término, es una airosa mancha grisvinosa. El perro, al que desde ahora damos en llamarle «Irulegui», por el sitio al que vamos, no quiere dar rodeos ni seguir el camino que nos trazó Jesús Elósegui, y tira por la vía de en medio, por la pieza recién sembrada.

Llega antes que nosotros al pie del cerro, de donde parten varios senderos. «Irulegui» va por uno y nosotros por otro. Luego vuelve, siempre faldero, ahora que no hay faldas, juguetón, cuando no podemos jugar, dándonos algunos sustos y ve que el nuestro es el mejor atajuelo. A pesar de todo, resbalamos porque el suelo está barroso y, a trancas y barrancas, agarrándonos a quejigos y bojes, llegamos al Pico de Laquidain o Irulegui, que los de Aranguren llaman Castillo sin más.

El zarzagarrillo se hace ahora zarzagán. A duras penas, y a paso de lechonero, llegamos hasta el tabladillo de ruinas, gruesas piedras areniscas que dan fe de que aquí hubo un castillo medieval defensivo. Quien quiera ver, verá en estos pobres restos rastros de pasadizos, corredores, galerías o escaleras. Lo cierto es que ya en 1494 el rey Juan de Labrit, tras expulsar a los soldados del conde de Lerín que guardaban el castillo de Irulegui, ordenó demolerlo, por innecesario para la defensa de la Comarca de Pamplona, y dio el terreno y los materiales de derribo a Juan de Bearin. Desguarnecido ya a principios de siglo el de Ongocerría, sólo quedaban en pie, en las proximidades, el de Leguín, que fue destruido por el duque de Nájera durante la regencia de Cisneros.

Cojo una piedra pequeña y me la llevo como recuerdo.

«Irulegui» no se ha arrimado a las ruinas. Quién sabe a qué olerán en su penetrante olfato histórico. Corretea hacia adelante. La tramontana ruge aquí, se declara y se entabla. Nos lleva las capuchas. Tenemos que asirnos a las piedras de la vetusta fortaleza, todavía útiles. Los montañeros fijaron aquí con cemento una hucha de colores, donde se ven algunas tarjetas. En sus cuatro lados están los nombres de las cumbres más altas de Navarra, en el abanico ladeado de NO-NE: Yoar, Beriain, Auza, Mesa. Las nubes bajas no nos dejan ver hoy ninguna de las cuatro.

Miro el valle de Linzoain. El caserío cercano de Lerruz y, más lejos, Uroz y Linzoain. Mendioroz y Redín, subidos en serrezuelas. Y el hilo verdemarrón del Erro, que baja en las cercanías de Laboa, y drena el valle. Allí, al final, extendido y blancuzco, Aoiz, al pie de la sierra de Zariquieta.

Al valle de Izagaondoa le cercan la sierra de Gongolaz, la sierra de Tabar y la Higa de Monreal. La peña de Izaga, con sus estribos, promontorios, morros y motas lo llena casi todo. La ermita de San Miguel se la reparten Lerruz e Idoate, que es el pueblo cuidado y bien puesto que tenemos más cerca. Lizarraga, Artaiz, Zuazu, Reta, Iriso, Beroiz... son un disperso hatajo blanquecino entre sembrados terrosos y verdoyos, que intenta subir a la Peña poco a poco.

«Irulegui» se ha escapado hacia el mediodía, ha recorrido toda la campa y ya sabe por donde hemos de bajar. La nortada nos empuja por la cuesta de la mesetilla que, de campo de cultivo se ha convertido en raso, donde se acaman unas cabras que, al oírnos, se levantan sobresaltadas. Temen seguramente que la cercera se convierta en matababras o descuernacabras, y, por si acaso, se arremolinan y protegen. La peña de Ilumberri baja hasta el valle de Izagaondoa por cortados rocosos donde se sostienen gimnásticamente los quejigos. Trotamos entre pinos laricios y desembocamos en el camino que viene desde Lizarraga, en el Portillo del mismo nombre.

Avanzamos cansinamente con el barro que se nos apega a las botrancas. Pero el regatillo en el que se ha levantado un pequeño depósito regulador está seco como el esparto. Una mujer y un niño recogen no sé qué en una cesta. Me dan ganas de preguntarles qué, pero en esto que pasa «Irulegui» como un loco y, sin dedicarnos siquiera un gesto, cruza decididamente la pieza de tierra húmeda. Pensamos que va al coche del amo, pero no, lo rodea, lo olfatea, se da dos vueltas y sigue camino arriba hacia Laquidain.

—¿Es el perro de ustedes?

—No, no, no es nuestro.

Ha sido como una florecilla de San Francisco, ahora que estamos a las puertas de Navidad. Bendito sea tu dueño.

Ha amainado o se ha regolfado el cierzo y paseamos un rato por Ilundain, finca de la Diputación Foral desde hace años. Hoy acoge también en una casona, más o menos restaurada, a grupos de adolescentes en período de reeducación, según me dicen; obra buena de una parroquia de Burlada.

No se ve a nadie. El campanario de la iglesia es un palomar, de donde salen y a donde entran palomas en tropel, con unas prisas inusitadas entre palomas, digo yo. Tal vez las agita el ventarrio que de nuevo comienza a moverse con fuerza. Quedan aún dos campanas por el lado norte, mientras los hñecos del sur están tapiados con ladrillos. Hay un invernadero casero en el pequeño

atrio, con geranios y plumas de Santa Teresa. La casa parroquial es un pajar, y en lo que debió de ser otrora sacristía o algo así se ve una báscula marca «Asirón» de Barcelona. Hay en los alrededores poca limpieza y un cierto mal gusto. Un grupo de cipreses da un aire grave a la plazuela y resiste gravemente al vientazo.

Son las dos y media, hora de comer en esta tierra, hora exigente y grave también.

Labiano, Zolina, Tajonar... Pamplona. Se nos van los ojos hacia los muérdagos, parásitos, verdes, nidos invernales en los troncos secos de los chopos y los álamos.

Comienza a llover. Era de prever. *«Cielo empedrado, suelo mojado»*.



SANGRE EN MONTEJURRA

A Ricardo García Pellejero
asesinado cuando subía a Montejurra

Por tu cuerpo destrozado
por las balas.
Por tu juventud de mayo
robada.
Por el amor de los tuyos.
Por el viento de tu alma,
que nos mueve el pensamiento
y nos llora en nuestras lágrimas,
que nos resuena en la sangre
y nos grita en las gargantas.
Porque han vuelto a herir de muerte
a Estella y toda Navarra,
han hecho del Montejurra
nuevo campo de batalla,
y han puesto en el Vía-Crucis
una estación de venganza.

Porque es hora de parar
a las fieras desalmadas,
que nos rondan y persiguen
que nos cercan, que nos matan,
que nos devoran los días
y el futuro nos arrancan...

VICTOR MANUEL ARBELOA

Pedimos justicia a gritos,
justicia que es esperanza
y deseo de hacer nuestra
la paz de cada jornada
que no florece de sangre
ni en odio se desparrama.

Ricardo García, amigo,
mártir del pueblo, granada
roja y abierta, raíz
que hundimos para el mañana...,
para ti nuestros claveles
que Dios pondrá en tu solapa.
Para nosotros..., la lucha
por continuar tu escalada

Estella, 10 de mayo 1976

VILLANCICOS EN POTASAS

Llegamos un poco tarde al Poblado de Potasas. Se nos ha echado encima la noche cuando subíamos las curvas de Velate y hemos tenido que pararnos en las Ventas de Ulzama a tomar una manzanilla contra el mareo.

Se ve luz en la iglesia y una chiquillería que no se sabe si entra o sale.

No se ha terminado aún la fiesta. Y no hay manera de entrar por la puerta principal, entramos por la de la sacristía. La iglesia está abarrotada. Fotógrafos de un lado para otro y dos cámaras quietas de televisión. Mucha luz. Está cantando el Coro Lehenguak (Los Primos), a los que luego voy a entregarles el primer premio de la categoría A. Visten de pastores vascos y cantan el villancico obligatorio «Apuestan zagales dos».

*Apuestan zagales dos
por el zagal soberano.*

El Cristo que llena el ábside de ladrillo del templo es largo, blanco, alto y frío. No hay Virgen. No hay Santos. No hace el frío que hacía otros años. Igual han puesto calefacción.

*Dize Gil qu'es hombre humano
y Pascual dize qu'es Dios*

Aquellos días también se abarrotaba la iglesia de Potasas. Eran los días de la huelga, los días de los encierros en la mina.

VICTOR MANUEL ARBELOA

Ibamos bandadas de gente desde Pamplona. Hervía la sangre, hervía la esperanza y el villancico obligado era la utopía socialista.

*Y si el caso queda llano
y el zagal por hombre y Dios.*

Es la XVII edición del concurso. Potasas ha sido en Navarra la historia apretada de una emigración asturiano-leonesa-castellana, de una mina rica que duró poco tiempo. La historia también de una clase obrera navarra joven, que trajo aquí la tradición rebelde de los pueblos carlistas y de las vanguardias cristianas que empalmaban con el viejo movimiento obrero. La mina se gobernaba desde Madrid, pero se vivía, se sufría, se moría –54 muertos en tan pocos años– en Beriain, en Esparza, en Undiano.

*Apuestan zagales dos
por el zagal soberano.*

Dentro de unos días se cierra la mina vieja, tras múltiples luchas, huelgas, amenazas, promesas, incentivos, jubilaciones, negociaciones, alternativas... Y se abre el pozo de Subiza, entre la expectación y la desconfianza. El Poblado sigue por ahora. Con sus casas buenas y sus casas malas. Con dinero fresco y paro, con droga y grupos culturales, con el Concejo de relaciones difíciles y con el coro de Felipe, el cura, que ganará hoy el segundo premio.

*Dize Gil que es hombre humano
y Pasqual dize que es Dios.*

Un día se hizo el Colegio de las Esclavas. Y la Escuela de Formación Profesional. Y el Colegio Nacional, en cuya inauguración estuve. Y se montó el concurso de villancicos, que cada año ha ido a más. Este ha venido la Coral de Cámara y todo. Cantan esta noche coros de chicos y chicas de Beriain-Potasas, de Beriain-Casco Viejo, de Pamplona, de Lecumberri, de Leiza, de Noain, de Burlada. «Aurtxo-Polita», «Blanca Navidad», «Eguberri txuri», «Fuentecilla que corres», «Ator ator mutil»... Toda la infancia se nos sube a los ojos. Todo lo mejor del mundo. Todas las más bellas utopías nos acunan. Menos mal que el corazón tiene ojos ocultos para llorar, cuando no se puede con los otros.

VILLANCICOS EN EL POBLADO DE POTASAS

*Dize Gil que está llorando
y qu'es hombre pues que llora.*

Cuando el maestro Huarte dirige a todos los coros el «Adeste Fideles», nos crece un belén universal en los musgos del alma.

Todos gritan cuando se les concede un premio. Pero cuando les dan un premio a los de Potasas, el estruendo se oye en toda la Cendea de Galar. El alcalde no me dejará mentir.

*Mas viendo ángeles cantando
Pasqual por su Dios le adora.*

Aunque no nos ha caído la cesta de Navidad, que se rifa entre algarabías, pasamos un buen rato picando y picoteando en el salón de las buenas Esclavas, donde un amigo sindicalista de León me da un tarro de miel de Valdizarbe, casi como en Belén.

*A un tercero dan la mano
para que juzgue a los dos.*

¡Ay los niños! ¡Ay la muerte! ¡Ay las minas que se cierran y se abren para volver a cerrarse! ¡Ay los pueblos de Asturias, León, Castilla, Andalucía y Navarra, con el viejo belén en la carne cansada y dolorida! ¡Ay la Navidad, la vida, los hombres!

*Apuestan zagales dos
por el zagal soberano.*

Nos vamos, contentos, como aquellos pastores bíblicos.

Potasas se queda por ahora. Aún resuena el guirigay de la chiquillería.

Y la luz de esta noche de cielo raso de diciembre tiene algo de ángel perdido.

UN CUARTEL DE LA GUARDIA CIVIL

Está la tarde de octubre soleada y fresca, despejada por las lluvias que cayeron anteayer. Típica tarde de vendimia. Pero por aquí no hay uvas.

Vamos de Alto en Alto. Se abren y se cierran los abanicos de los montes boscosos. El sol vespéral se deshilacha por las faldas occidentales. No se sabe bien si algunos quejigos están mustios por la sequía o por el otoño. Abajo algunas hayas pizpiritean, arriba tienen ya color de uva sin madurar.

El río va estrecho, mermado y sombrío. Brillan los caseríos altos de cal iluminada.

El pueblo es largo, la industria le ha hecho crecer y muchas casas son rápidas y comunes. Quedan algunas con entramado de roble y aleros de pino.

El cuartel de la Guardia Civil está en una esquina de la plaza. Nos confundimos y preguntamos. Le decimos a un paisano con boina que no vemos la bandera y que dónde está la Guardia Civil.

—*El cuartel*, nos precisa.

Y luego nos salta, acompañándonos:

—La bandera la tienen escondida, pero el palo ahí está.

—Ah sí, gracias, eskerrik asko.

«Guardia Civil. Todo por la Patria».

Pronto hará 150 años. Se creó la Guardia Civil por decreto del ministerio de González Bravo y se confió la organización al segundo duque de Ahumada, el pamplonés don Francisco Javier Girón, que a los doce años ya era general en virtud de los méritos de su padre, ministro de la Guerra en el trienio constitucional y capitán general con Fernando VII. Se creaba el instituto para la conservación del orden público, la protección de las personas y propiedades y para auxiliar en la ejecución de las leyes cuando se reclamasen sus servicios.

La sala de armas está presidida por una imagen de la Virgen del Pilar y por el retrato del Rey. Hay varias mesas de trabajo, una máquina nueva de escribir, teléfonos, radio... No hay sillas para todos y estamos de pie. Peores cosas ha visto uno.

La primera Guardia Civil sirvió al partido moderado en contra de los revolucionarios de 1848 y 1854 y estuvo a punto de ser suprimida por los progresistas triunfantes. El bandolerismo, las agitaciones campesinas y el anarquismo fueron luego sus principales enemigos. El apoyo que prestó su jefe, el general Sanjurjo, navarro también, al gobierno provisional de la República, salvó al cuerpo de una probable supresión, que en 1931 era pedida por todas las fuerzas de izquierda. Pero pronto vió el gobierno republicano que creando la Guardia de asalto salía de Castilblanco para entrar en Casas Viejas. Destacada fue su actuación durante la guerra civil en los dos bandos. Y hoy sigue siendo una fuerza indispensable, fiel, compacta, disciplinada y omnipresente. Quien descubra ahora la Guardia Civil sabe poca historia.

—Lo peor es la gente.

Lo peor no es el cuartel, que es viejo y malo, y cedido por el Ayuntamiento en los tiempos de Maricastaña, sino la gente del pueblo que no los quiere. La gente no les habla, no les da cara, ni

a los de antes ni a los de ahora. Bueno, de uno en uno, aún, pero en grupo jamás, no los han visto nunca, no los conocen. Basta un testigo para que todo el mundo se calle. Miedo, claro, me dicen a coro. El miedo que mete una minoría. Pero el médico es bueno, el cura les dice la misa en castellano cuando se la piden. El alcalde no, no los ha visitado nunca ni les ha invitado a nada. ¡Bueno! El anterior sargento se empeñó, pero que no, hombre, ya le dije yo, no se puede uno rebajar tanto. En las tiendas, hombre, verá usted, nos dan lo que pedimos, no faltaba más, a ellos también les viene bien, pero en cuanto hay una mujer del pueblo, ni una palabra ya. Y en el bar lo mismo, y en la calle.

Se oyen voces de guardias jóvenes dentro de la casa. Los solteros son ya mayoría. Tienen un piso, una cocina nueva y una ducha también nueva para todos. El cuartel ha crecido como todos los de la zona. Los casados, que son los menos, tienen otro piso, con una ducha y un servicio comunes.

Los pequeños ya saben euskera, que aprenden en la escuela bilingüe. Como son varios, van tirando más o menos. Pero los mayores lo pasan peor. A la chica de doce años de uno de los guardias, que va a la concentración escolar, las compañeras del pueblo ni le hablan en el autobús.

—¿El domingo? Pues en casa, ya ve usted qué vida.

El kepis verde es para el verano. Hombre, ya es algo cambiar.

Los guardias con los que hablo son jóvenes, dignos, sinceros y agradecidos. Como no están acostumbrados a visitas, no tienen sillas ni costumbre de invitar a un vaso. Les cuento mis impresiones de otros cuarteles, les dejo la última respuesta del Gobierno de Madrid sobre la construcción de cuarteles en Navarra, y les digo de corazón lo que pienso de la historia, mal conocida y peor apreciada del Cuerpo. ¡Como si alguna vez hubiera mandado la Guardia Civil en España, como si alguna vez hubiera hecho de su capa un sayo!

¡Ay pobre Guardia Civil, siempre para los destinos más rudos, subproletariado, durante tantos años, del Estado burgués y señorito, de vivas en desfiles y fiestas, y persisten miseria y sangre por todas partes!

Ni todo está en el Reglamento ni éstos son los tiempos de González Bravo. Y se equivoca de medio a medio quien quiere dejar la Guardia Civil apartada de toda crítica honesta, de toda reforma necesaria, como si ya estuviera en hornacina, como la Virgen del Pilar, o estuviera aún en las Batuecas. ¡Cuando los guardias están expuestos a lo peor, en la calle, en el monte, en la carretera y en el paso fronterizo!

—Lo peor es la soledad, ya ve, con la gente así. Y eso que el cuartel no es un hotel precisamente.

Le digo que se va a construir un cuartel nuevo y que desde hace unos años algo se está moviendo, esto es evidente, aunque se mueva con esa lentitud que arrastra aquí la administración de cualquier cosa. Lo peor son otras cosas. Qué diablos, ¿quién conoce aquí a la Guardia Civil?

—¿Y los chicos?

—Pues en casa, ya ve usted. ¿A dónde van a ir? Ya ve usted.

Ya no se ve cuando salimos. La calle está oscura. La noche cerrada. Y aquí viven, si esto es vivir, unos hombres jóvenes, mucho más normales de lo que a algunos les parece, oscuros y cerrados.

Ahora suelen estar sólo un año. Más les vale.

ESTAMPA DE CIRAUQUI

Cirauqui se levanta, entre alertado y seguro, frente a la festoneada cornisa calcárea de la Sierra de Lóquiz. El sol se recoge, esta mañana de invierno, en la cal del caserío montaraz.

«Situado en una altura descubierta a todos los vientos, con clima templado, aunque más propenso al frío, padeciéndose a veces –escribe ingenuamente Pascual Madoz en su *Diccionario* de 1850– calenturas inflamatorias, pulmonías, pleuresías, reumatismos, inflamaciones de estómago y de los intestinos, cólicos y catarros pulmonares».

La calzada y el puente de origen romano nos llevan por las rutas oscuras de los siglos. Pero nos perdemos pronto.

Un día fue señorío de don Egidio, pasó al rey Sancho el Fuerte en 1205, y perteneció al Condado de Lerín durante el siglo XV. Desde entonces y hasta la última guerra carlista, en la que se hizo célebre don Tirso Lacalle, llamado «El Cojo de Cirauqui», la villa tuvo que defenderse muchas veces de unos y otros, sin que le bastaran las defensas naturales del Monte Esquinza –con su ermita de San Cristóbal–, Marcalagain, y Chapardía, y mucho menos el río Salado y su afluente el Iguste.

Aún quedan restos y puertas de las murallas medievales. Desde ellas se organizó el trazado urbanístico, entre cuevas y quiebro, en anillos circulares concéntricos, que confluyen en la iglesia



ESTAMPA DE CIRAUQUI

fortaleza de San Román, ampliada y remodelada en los siglos XVI y XVII.

Espléndida en su interior de barroco y rococó, con valiosas tallas y rica orfebrería, es conocida sobre todo por su bella portada, emparentada con las de Puente la Reina y Estella, en la que se fusionan elementos musulmanes, románicos y cistercienses, con una abundante decoración vegetal y figurativa.

Su torre de ventanas geminadas, arcos apuntados y templetillo de cabeza de gallo domina sobre los dulces viñedos, los extensos campos de cereal, los recientes pinos de repoblación y las antiguas encinas.

Más humilde se yergue la torre de la iglesia, también románica, de Santa Catalina, y más lejos, entre Cirauqui y Mañeru, la graciosa ermita medieval de Aniz, que necesita urgente restauración.

En los tiempos de Madoz y durante muchos años había aquí cuatro molinos, dos de harina y dos de aceite —«en los que no se nota ni prosperidad ni decadencia»— y siete careros y chocolateros.

Orgullosa ahora de sus vinos y sus cosechas de cereal, Cirauqui ha perdido en este siglo, lo mismo que los pueblos cercanos, buena parte de sus habitantes. Ni la pequeña industria, que llegó tarde y de fuera, ni los nuevos, pequeños, servicios pudieron retener la forzada emigración.

Pero hoy Cirauqui, pueblo acostumbrado a tareas más duras, se levanta más limpio y claro que nunca, confiando, y no sólo esperando, en sus propias capacidades.



EN LODOSA, CON EL POETA ANGEL MARTINEZ

No es el mejor tiempo para venir a Lodosa, pero los amigos de la próximamente hermanada villa francesa de Sausset-les-Pins han elegido estas fechas para su primer contacto.

Es el último día de noviembre. Hace sol y hace frío.

De Pamplona a Lodosa, damos una vuelta por Puente la Reina y otra por Estella. ¿Cómo explicar a los franceses de la Costa Azul esos indecentes basureros ardiendo junto a la carretera?

Pasamos Sesma. Un típico pueblo medieval, voilà, oh là, là. Comienzan a dejarse ver los verdegales sesmeros. Por el término de Pedro Cabezuelo resiste el último tabaco de las cepas.

Lodosa, celta y celtíbera, romana, judía, mora y cristiana, se recostó y se recuesta al abrigo defensivo de la Peña —que así la llaman todos—, segura del río que la ciñe, la fertiliza y la mantiene, a pesar de los muchos sustos que le dio con sus crecidas.

Estamos hablando de un pueblo que

*sentado
del Ebro en la ribera,
se halla en peñas salvajes recostado.*

VICTOR MANUEL ARBELOA

Fray Luis está aún detrás de estos versos juveniles del poeta lodosano Angel Martínez, jesuíta, profesor y escritor, que vivió gran parte de su vida en Centroamérica. Cuando por vez primera volvió a España, en 1950, vio así su pueblo natal:

*Al oro de los siglos robó el oro,
con que da un sol al sol, desnuda peña,
y dice en luz lo que a su sombra sueña
pueblo que de ella nace en risa o lloro.*

Del momento y del lugar luminosos el poeta va hasta la anterior historia, que sustenta la más viva actualidad:

*Rigen al pueblo, en su quietud extraña,
con su historia de siglos desvaídos,
romano hierro y moros alquiceles.*

Y de hoy al mañana, y el mañana desde hoy:

*En presencia de río se acompaña
su futuro de púrpuras y olvidos
que florece en el hoy de sus claveles.*

La casa Consistorial, hace poco restaurada, está limpia y reluciente como un oro en sus escudos, en sus cuadros, en sus muebles y paredes. Entra la luz desde el panel de la plaza, donde, como todo el mundo sabe y dice, sobra ese desmesurado catafalco de pisos.

Comemos en un restaurante de la plaza de Chapalangarra (Joaquín de Pablo), el guerrillero lodosano contra los franceses invasores, rebelde después contra Mina, liberal exiliado, compañero de Espronceda y muerto en una escaramuza fronteriza en 1830, cuando intentaba volver a España. Qué cosas. Quien comenzó luchando contra los gabachos, se refugió después entre ellos. Depende, ya se ve, y así se lo decimos a nuestros huéspedes, de la clase de franceses.

Si los pimientos fueron la venganza secular que nos dejaron los árabes, hoy han sido el asombro de nuestros amigos galos, como la borraja ha sido su descubrimiento.

Damos ahora una vuelta para ver los frutos democráticos del regadío municipal de estos tres últimos años: el centro de Salud; las pistas de atletismo, ya casi a punto; la Biblioteca, estrenada recientemente; la Casa de Cultura, que va muy adelante y que huele a pintura fresca; La Residencia de ancianos en «La Azuda» (regata de agua en árabe, y luego todo el barrio). Vemos también otras obras anteriores: el frontón; las piscinas; el Colegio Nacional, hecho y vuelto a hacer; el Instituto Pablo Sarasate, que tiene tan descuidado el entorno, según el parecer de todos; la Cooperativa del Campo; la Cooperativa Vinícola; la zona industrial...

Desde todas partes, la Peña –arcilla y yeso–, a la que se le suben los pinos hasta media falda, nos limita y nos ampara. A la izquierda, los plomosos Peñascos hacia Mendavia.

La plaza de toros sirve también para actos culturales masivos. Los más jóvenes del lugar recuerdan aún a Víctor Manuel y Ana Belén que actuaron el año pasado en este coso. Y aquí me enseñan que como el toro ensogado de las fiestas de las Angustias, en septiembre, no hay en toda Navarra. No se le mata, se le alquila. No sé si lo conoció Angel, que recorría de mocico los pueblos de alrededor en busca de vacas que torear.

El poeta recordará su tierra donde quiera que esté. En uno de sus últimos libros, aparecen de nuevo la Peña y las cuevas –*Casillas de los Moros*–, en las que jugó de niño:

...
*La tierra está vacía.
Tiene toda la sequedad y la dureza
amarilla dorada de los montes que ahora
vi nacer en Lodosa. Aquellos mismos
y en una sola llama
del sol que me tostaba a mí de niño.
Con sus bocas de sombra las mismas casetillas
de los moros y cuevas de gitanos
del misterio del Reino del Rey Pedro
–del Pedro, al Rey de
los gitanos–
todas llenas entonces, ya hoy vacías.*

Y con la Peña, el Ebro, el otro inseparable de Lodosa. Corpulento y manso, nos sigue en todo nuestro recorrido, entre tamari-

VICTOR MANUEL ARBELOA

ces, chopos, álamos temblones, a los que aún les tiemblan las hojas:

*El Ebro se detiene todo rojo
en una curva inmensa,
da la vuelta y en mí es también, de niño,
el mismo sol que me encendió en el Ebro:
Toda mi vida en que arde un amor solo,
amor todo
con una sola llama.
La sola llama en que se encendió el mundo,
salto de sol, desde el Portillo al Viso,
dos montes que se miran frente a frente
-de lejos-
y en que se tendió el Puente de los Moros,
ruinas de un Acueducto Romano que hoy son sólo
recuerdos de una gloria,
un monumento.
Por ellas vive el agua en que ponía
el sol su claridad con la del triunfo
permanente del Ebro
y es también con la vida
de más de veinte siglos, en la mía
todo el amor
-Lodosa-,
y en una sola llama.*

Angel Martínez nació el 2 de octubre de 1899. Su hermano mayor se ahogó en el Ebro, «río lleno para mí, desde antes del uso de la razón, de dolor y de misterio»:

*Del Río me vinieron los dolores
y del Río de la vida
la vida de mi Vida en dolor aceptada.*

El Ebro le llevó pronto al Río San Juan, de Nicaragua, que tanto cantó en su copiosa obra, y junto al cual pasó muchos años de su vida.

Fue a la escuela de Lodosa, y en Lodosa comenzó la carrera de comercio, hasta que a los 16 años entró en la Compañía de Jesús. Quiso ser antes torero y pelotari. Fue algo de los dos. También bersolari.

EN LODOSA, CON EL POETA ANGEL MARTINEZ

Unos pocos años más tarde, recuerda aquellos concursos de jota en el quiosco de la plaza de su pueblo. Y copia muchas coplas cantadas en su tiempo. Se las enseñaba Francisquillo, «el criado más viejo» de casa, padre de Joaquinillo, José María y Corpus:

«Con ellos conocí las mejores tabernas y probé los vinos que me han sabido mejor, aunque no fueron tan buenos como el que en casa se bebía: vino de la casa. Oh aquella taberna de la Josefina. Y aquel vino acabado de sacar de la bodega, fresco –con frío de bodega en el verano– y mezclado con gaseosa. Y aquellas alusiones a mi infantil personilla, mientras los que me habían llevado miraban a las mozas que les despachaban el vino».

Un día cogió Angel la guitarra, con la que le enseñaron a cantar, y contestó a José María con otra copla de su propia cosecha:

*Anoche soñaba yo
que dos estrellas nacían.
Y eran tus ojos rubiales
que alegres me sonreían.*

Así comenzó el extraordinario poeta místico de Lodosa, maestro de poetas, su inmenso caudal de poesía. Con una guitarra cantando jotas por las calles del pueblo.

Vete a saber si fue un lodosano quien se inventó el pareado sobre el puente, el único puente que aquí cubre el río:

*Desde Reinosa a Tortosa
el mejor puente: Lodosa.*

Construido a mediados del XVIII, los trece arcos se atreven con el padre Ebro, que acaban de fortalecer los bravos ríos riojanos, desde el Tirón hasta el Leza. Sus triangulares tajamares pisan bien y pisan seguro.

Les decimos a los franceses que Lodosa también tiene tren, aunque muchos navarros no lo sepamos, con apeadero y estación, nada menos.

Juegan los muchachos en el patio de los Agustinos al baloncesto. La mitad de los plátanos del patio están ya podados, y es un dolor vegetal ver sus muñonazos goterosos al último sol del otoño.

Entramos en la magna iglesia de San Miguel, de estructura gótico-renacentista, portada herreriana, solemne de barrocos y rococós, bóvedas estrelladas, claves con florones. Aquí y allí, las armas de los antiguos patronos, condes de Lodosa y Altamira, entre las que lucen las cadenas de Navarra.

Está la iglesia brillante y remozada toda ella hace poco, con la sola aportación de las gentes de Lodosa. Me gusta sobre todo el retablo romanista de San Sebastián, con tallas finas y saludables.

En el templete del retablo mayor está Nuestra Señora de las Angustias, copatrona de la villa, a la que se le dedican las fiestas de septiembre. A ella le recuerda el poeta, cuando la muerte de su hermana Angustias, que le llenó de consternación:

*¡Oh madre amante, Madre de Dolores,
la solemne tristeza de las flores
me trajo a la memoria
de aquel otro esperar a tus amores
de aquel triste esperar la amarga historia!*

La casa natal del poeta está cerca, a dos pasos, en la calle Mayor. Es una casa con chaflán, de cuatro cuerpos, blanca de cal, con cuatro balcones en los pisos segundo y primero, y un balcón corrido en el tercero. En los bajos, las puertas cerradas de la tienda de los padres. Cruzan la casa, deshabitada, los cables de la luz y del telégrafo. Cerca están las casas nobiliarias de los Gastones, los Carasas, los Garnicas o los Ezcurras. La del poeta tiene un escudo nuevo, de gratitud y de admiración, sin leones, yelmos, castillos, espadas, torres, cadenas, cuchillos, cañones, osos, lobos y jabalíes, como en los otros. La lápida, puesta hace unos pocos años, dice así: «Poeta universal, árbol de fuego y maestro de poetas en Hispanoamérica».

Se va la luz de la Peña y del Río. Se van los franceses para volver, dentro de poco, a la fiesta del hermanamiento con este pueblo grande, rico, trabajador, agrícola, industrial y turístico, sabio de varias culturas, regido por un Ayuntamiento joven, que sabe bien a dónde va.

Porque la historia va siempre hacia adelante. Como las aguas del Ebro.

ANGEL DEL RIO

(Angel Martínez Baigorri, S.J., poeta navarro de
Lodosa, autor de RIO HASTA EL FIN)

Por el río
te llevo.
Por el Arga
 hasta el Ebro.
Hacia el mar.
Hacia dentro.

Por el río San Juan.
en un bote de versos,
entre ceibas y cactus
y palmeras y cedros.

Por el río del sol.
Por el río del viento,
desde el lago del alma
con el hondón reseco.

Por un río de rimas.
Por un río de sueños.
Por un río de ángeles
copiosos y remeros.
Por un río de risas
de rosas y de rezos.

Por un río sin fin.
Por un río sin tiempo.

ME VOY HASTA ALSASUA EN TREN

Llamo al teléfono de la estación. Nada. Llamo al de información de Renfe. Comunica. Vuelvo a llamar. Sigue comunicando. Otra vez al de la estación. No hay nadie. Al de información. Esta vez no comunica pero nadie responde.

Vuelta a empezar. O comunica o no responde nadie.

Llamo al 003. Sí, los números son éstos. Y me explican el misterio:

—Los sábados y domingos no sé qué pasa, pero o comunican o no contestan.

—Ya.

El que la sigue, la mata, pienso.

Intento por última vez, digo por penúltima. Lo mismo.

Llamo al taxi, porque ya no llego a coger «La Villavesa» que sale del Paseo de Sarasate: antes, y ahora, de Valencia.

Voy por el mismo camino que miré ayer desde Bellavista paseando por la Taconera. Tarde límpida, sin una buena ni mala nube. El frío las ha barrido y todo parece recién estrenado.

Llego muy pronto a la estación. Muchos coches particulares. Quienes conocieron la vieja estación, con los dos edificios y las vías en medio, ponderan la nueva instalación, levantada en 1952, «de sencilla elegancia y esmerada construcción» y los dos amplios andenes «con atrevidas marquesinas de hormigón armado, unidos

para mayor comodidad del usuario, por medio de pasos subterráneos».

A mí me parece una estación vieja y fea, incómoda y mal situada. Cuando uno viene de fuera, la impresión es todavía peor. Cualquier estación es mejor que la nuestra. Tal vez, al escribir esto, no puedo olvidar las veces que llegué y no encontré siquiera un taxi y tuve que subir con la maleta al hombro hasta casa. Ahora en eso estamos un poco mejor, es cierto, y hay otra vez autobuses cada diez minutos. Las cabinas de teléfono, ya se sabe, casi nunca funcionan todas.

El vestíbulo, que es a la vez sala de espera, está todo lleno de collillas. No está encendida la calefacción. Toco los radiadores por si acaso. En la cabina de información que han puesto no hay nadie. Horario de trenes y mapa plástico de las líneas de ferrocarril en toda España. Un kiosko de periódicos y revistas. Tabacos. Un carrito de chucherías, con anuncios de pastillas de café y leche.

Entro en la cafetería, que es más bien un bar. Está la televisión de color puesta. Hay un grupo de hombres que beben y juegan. Unas mesas arriba recuerdan que aquí suelen comer también los empleados. Me ve un amigo de Cadreita pariente de los que llevan el bar, que son de Milagro, y tomamos algo.

—Un vaso de leche con un poco de cognac para el catarro.

—Yo, otro cognac.

—A ver si ponen esto un poco mejor.

—A ver.

—La pena es lo de fuera.

—Y lo de dentro.

—Dicen que van a hacer una estación nueva.

—Eso dicen.

—Pero es sólo para mercancías.

—Anda.

—Bueno, igual hacen luego la otra.

Me dan amablemente el billete.

-Uno para Alsasua.

-Ya le conozco a usted.

-¡Hombre!

-Yo también tengo un hijo en Diputación.

-¡Vaya!

Desolada y heladora estación. Cuatro bancos de madera en el andén principal. La gente se saca el frío dando con los pies al suelo, yendo y viniendo, y entrando y saliendo.

Hay un tren vacío en el andén segundo, que no deja ver más que un trozo del monte San Cristóbal, donde los quejigos sueltan las últimas hojas de frío. Hay por las sucias paredes unos letreros del Banco Central y de cigarrillos Diani. Un rallo en una puerta. Típicas puertas de almacén.

Yendo de un lado para otro, porque el tren viene con cierto retraso, veo en una puerta un papel clavado que anuncia una «Exposición de juguetes» en el local del centro cultural: «Esperamos tu visita y la de tu familia. Cooperamos con el Centro para tener un Centro como es debido».

Lástima. Llega por fin el Rápido. Subo y me siento junto a la ventanilla. Está el cristal borroso, como empañado. Me cambio de sitio. Y comienzo el paseo.

Hacía tiempo que no me paseaba en tren. Después del paseo a pie, no hay nada como el tren. García Calvo ha hecho célebre la frase de que el coche nos hace chóferes y el tren nos hace señores. Señores y viajeros. Que no es lo mismo viajar que ir y venir. En el tren vamos libres y holgados, nos sentamos o nos levantamos, nos paramos en la estación o seguimos. Podemos mirar a un lado y a otro, leer, escribir o tomarnos un bocadillo.

He ido miles de horas en el tren, casi siempre mirando desde las ventanillas. ¡Aquel primer viaje Hendaya-París recorriendo el histórico jardín de Francia! ¡O el de París-Viena repasando media historia de Europa! ¡O el inolvidable paseo en tren, entre lagos, abedules, mares, nieves, fiordos y montañas de Escandinavia! ¡O los lentos viajes, entre romances y nostalgias, por Andalucía o Castilla!

En Navarra nos queda ya poco tren. En mayo de 1856 vino a

Pamplona don Baldomero Espartero, duque de la Victoria, jefe del Gobierno, para asistir a la inauguración de los trabajos de ferrocarril entre Zaragoza y Pamplona. Cuatro años más tarde se ponía en marcha la línea Pamplona-Murillete.

Los primeros trabajos de tendido en la vía Castejón-Bilbao se iniciaron el 31 de agosto de 1857 y se terminaron el 31 de agosto de 1863. Unos pocos años más tarde de que empezaran a andar los trenes entre Barcelona-Mataró, Madrid-Aranjuez y Sama de Langreo-Gijón. Ya en abril de 1861 –siempre, según Martinena, que nos ha historiado con precisión la vida del tren– habían comenzado los servicios ferroviarios entre Olazagutía y Miranda de Ebro.

Como la estación de Pamplona no tiene torre, nos despide la torre chapitelera de El Salvador, parroquia de La Rochapea, barrio popular que hasta tiene un héroe en la guerra de la Independencia.

Casas y casas, rectangulares, blancas e iguales. Un campo de fútbol y un rebaño con pastor.

Da el tren una larga vuelta y llega hasta las faldas de San Cristóbal, monte que hicieron las corrientes marinas en aquellos lejanos tiempos, cuando ni siquiera había barcas para andar por aquellos mares. Artica, que parece otras veces tan alta, está casi a nuestra altura. Cuenta J.M. Iribarren, que tantas cosas nos contó de trenes, que cuando las primeras locomotoras del Norte, recién terminadas de armar en la estación de Pamplona, hacían manio-bras hasta Berriozar, el párroco de Artica aconsejaba desde el púl-pito a sus feligreses:

–¡Cuando oigáis ese silbido del infierno, hijos míos, tapaos los oídos!

Seguro que ni el mismo escritor tudelano se lo creía.

También el pintoresco colegio nacional de Berriozar y el pueblo viejo están a un paso.

Pues, como iba diciendo, los navarros querían que se hiciera la vía desde Pamplona a Francia por los Alduides, pero no nos valió, y el año 1865 llegaba la línea de Pamplona a Alsasua, continuación de la de Zaragoza.

Comienzan los campos a verdear con las últimas lluvias. Hay obras en la vía y vamos un poco más despacio. Y ahora encajonados entre los dos taludes de tierra.

No nos quedan ya más que aquellas dos líneas primeras. Las dos se fusionaron en la Compañía de los Caminos de Hierro del Norte de España hasta la creación de RENFE en 1941.

Corre el tren entre tierras recién labradas tras las lluvias que este año se han hecho esperar. Va la autopista a nuestra derecha, mucho más indiscreta que el carril de hierro. No nos paramos en la vieja estación de Zuasti, entre pinos y encinas, por más que todos los testimonios coinciden en que el señor del lugar, título carlista poco después, sólo se animó a vender sus tierras a la Compañía con la condición de construir una estación y hacer parar todos los trenes, incluso los rápidos del tiempo.

Peña de Larragueta y detrás el Sollaundi, cubiertos de pinos laricios. Sarasa, alerta y encaramada, ve pasar sin sobresalto todos los trenes del mundo. Al llegar cerca de la ermita de San Bernabé, de Erice, el tren prefiere seguir al río Araquil, que es más seguro, sobre el camino natural que siguieron luego los romanos, tan listos ellos.

Todos nos estrechamos un poco al pasar el desfiladero histórico de Osquía, bajo el Zaldúa y el Atondo, por encima de dos puentes. El Araquil pasa a nuestros pies de hierro, humilde y cabeceante.

Me gusta mucho la estación de Izurdiaga, porque es antigua con aires de moderna, de ladrillo color otoño avanzado, y hermosa de árboles y parras vírgenes.

El Larraun, que rompió un día la cadena de las Dos Hermanas, llega casi aterido al abrazo con el Araquil.

Desde aquí el paseo se hace cómodo y suave. Parece que a uno lo llevan a pasear por una huerta larga bajo la balconada rocosa de la sierra de Aralar. Pequeños cultivos atlánticos. Robles americanos compuestos/descompuestos en escarlatas, oros, sepias y cadmios. Tras el borrón industrial y urbanístico de Irurzun, pequeños y rojizos pueblos vascos, que comienzan a humear: Echeberri, Eguiarreta, Villanueva, Yabar, Irañeta, Santiago de Ichusperri está limpio y románicamente celoso de lo que fue y de lo que es.

Pastan vacas alrededor. La sierra nos muestra agreste escarpes, farallones, grutas, y acantilados, sí, que también sus paredes fueron un día paredones de mar.

Cuidada y blanqueada estación de Huarte-Araquil, que hace años recibió un premio por eso. Aquí se bajó don Miguel de Unamuno para subir al santuario de San Miguel. Lástima que el tren corra tanto y no nos deje ver bien las casas, la iglesia, la joya medieval de Zamarce. Huertas de Huarte, con frutales.

Vacas blanquinegras. Se nos escapa ahora el río —casi un canal— hacia el otro lado de la vía. Ya estamos cerca de la ermita de San Pedro, de Arruazu, entre ovejas, vacas royas y corrales. Luego, un larga banda de pinos de repoblación, aquí donde sólo crecía el roble. Una fábrica de muebles, rodeada de montonales de troncos. Una chopera, con hojas en la copa. Vuelven los robles.

*Las cosas que miramos
se vuelven hacia atrás en el instante
que nosotros pasamos;
y, conforme va el tren hacia adelante,
parece que desandan lo que andamos.*

escribió don Ramón de Campoamor en aquel largo poema *El tren expreso*. No sé por qué me acuerdo ahora de Campoamor, al que no veo hace años.

A la derecha, el picacho de Artxueta, con el santuario como una neblina oscura. Enfrente, el ancho macizo de Aristondo, de buena piedra, como su nombre lo indica. Pasamos la carretera, una ventura de color y de sorpresas en otoño, que lleva hasta el puerto de Lizarrusti. Atrás quedó la estación nueva de Echarri-Aranaz y el recuerdo de la destruida durante la segunda guerra carlista, en 1874.

Más pinos. Vacas caneladas y pintas. Un tractor que vuelve. Prietos y castañosos robledales. Saltamos, digamos así, el breve cauce del río que baja los arroyos de Sarabe y Baigorri, crecidos entre hayas. Con las últimas aguas el prado se ha puesto verdgay.

Mientras el Araquil culebrea, el tren sigue recto, a lo suyo, que es ahora llegar a Alsasua reatrapando los minutos que perdió antes de llegar a Pamplona. En el término de Isasia atempera el paso por causa de las obras de envergadura que están haciendo para enlazar la línea Madrid-Pamplona, sin pasar por la capital de la Burunda.

Vamos de nuevo entre pinos. Pero ya está ahí el chafarrinón urbanístico e industrial de Alsasua, que no deja ver el casco antiguo y distrae de la belleza circular del valle, a estas horas verdal, granate y cárdeno, con unas cuantas picaduras anaranjadas de sol.

Aquí termina el idílico paseo por el Araquil, aunque el tren, en sus dos ramales, sigue aún unos kilómetros en territorio navarro, junto a los cauces del Alzania y del Burunda. Colegios y conventos. Campanarios. El río Alzania baja con pocas ganas de los montes de su nombre. Erguidos como siempre, el Aldover y el Aitzquibel. Huertos pequeños. Un pino silvestre solitario.

Hemos llegado a la estación de Alsasua.

La sala de espera está caliente y solitaria. Han puesto unas sillas verdes de plástico, tal vez para evitar que la gente se eche a dormir, como ha sido la costumbre, sobre todo durante la noche

—¿Mira usted los trenes de vuelta?

—Sí, señor.

Un ferroviario amable, al que le pasó el «aviso» el amable vendedor de billetes de Pamplona, me acompaña todo el rato. Le ha extrañado verme solo, con el anorak y un cuaderno de notas vagando por los largos andenes de la estación. Hay varios trenes parados y vacíos.

La estación es mucho más bonita que la de Pamplona, aunque sea mucho más vieja. Algunos tubos de hierro llevan la fecha de 1879. El kiosko está ya cerrado. El bar, abierto. Tomamos un tentempié.

—Este es el único teléfono de la estación.

—Ya me lo sé bien, ya.

He pasado muchos ratos en esta estación, a la espera de trenes, leyendo un periódico tras otro, escapándome a pie hasta el pueblo, escribiendo cosas, hablando con la gente. A veces he venido aquí a recibir a gente, ilustre o no. ¡Ay la ilustración!

Veo la máquina de calefacción, subterránea. Los cuartos donde trabajan los funcionarios en servicio. «Chabisques» los llaman ellos. Armarios y mesas del año de la polka. A los guardas se les ha estropeado el enchufe y las costillas tienen que esperar. Lo siento doblemente.

Alsasua no puede entenderse sin el tren. El tren le trajo gente, industrias, la organización obrera, también conflictos y quebraderos de cabeza. Cerca de doscientos trabajadores viven directamente de la cosa del tren, repartidos en la estación, vías y obras, industrias, etc. Por aquí pasan diariamente de 120 a 150 trenes; por Pamplona menos de la mitad. Aquí seis personas tienen título de jefe de estación, entre ellos el principal, que no está hoy de servicio. Unos 350 billetes se venden cada día en las taquillas.

Viene Martín con su linterna y su escafandra amarilla, de visitador, que así se llaman los que revisan los trenes por abajo y no por arriba. Voy con él a su taller. Cerca está la nueva y amplia casa para la Guardia Civil, que ya era hora.

El telegrafista anuncia la llegada del expreso. Me siento junto a la ventanilla, esta vez a la derecha. Y repito el paseo, pero hacia Pamplona.

Se ven casas de campo, caseríos y villas, en las faldas del Zapardi, monte palomero. Cara a cara, el murallón de Urbasa, ceniciento y verdegris ahora que se pone el sol.

El nudo de la variante no se deja anudar. Unas huertas pequeñas, donde brillan las berzas cetrinas. Otra vez el Alzania, un poco más gris. Bloques, naves, almacenes. Miro hacia Urbasa y abro la ventanilla del pasillo para ver mejor.

*Como el tren no corría, que volaba,
era tan vivo el viento, era tan frío,
que el aire parecía que cortaba.*

Hay un mantillo de nieve en las golas de Urbasa. Es una pena que el cascarón industrial de Urdiain no deje ver ni desde aquí ni desde la carretera esa antología de casas vascas tradicionales, en torno a la iglesia y sólo desdibujada por el nuevo frontón.

Lo cierto es que en Navarra nos queda poco tren. En los años cincuenta y sesenta dejaron de funcionar el de Cortes a Borja; «El Irati», que llegaba desde Pamplona a Sangüesa y Aoiz; «El Plazaola», que iba desde la capital navarra hasta la guipuzcoana; «El Bidasoa», que partía de Elizondo a Irún y volvía a partir en dirección contraria; y «El Vasco-Navarro», donde me monté alguna vez, entre Estella y Vitoria. Sólo el de Cortes-Borja pasó del medio siglo (1885-1955). La carretera les ganó la partida y las cuentas no dieron para más. Todos esos trenes, casi todos de compañías privadas, dejaron un buen recuerdo entre nuestra gente; y aún quedan los visibles recuerdos de los túneles, las estaciones, los viaductos, los postes y los caminos escachados, que van llenándose de malezas. Hay muchas historias sobre estos recorridos del tren.

Están altas y frías las torres de Iturmendi y de Bacaicoa. Preside San Miguel el cementerio de este último pueblo. No es la hora de la alborada, ni tengo junto a mí, como don Ramón, una mujer seductora, de historia infeliz y pelo de paja de trigo, por lo que yo mismo tengo que decir aquello de

*—Ay Dios mío,
los que duermen allí no tienen frío.*

Voy mirando todo el rato el gigante de Beriain. Desde Alsasua lo vi pico, entre róseo y rosillo, al sol. Más tarde, cabezota de animal que se curvara comodón. Luego lo he visto convertido en cresta de gallo amarilloso, después en dentellada torva y pardisca, y ahora, sobre Arbizu, me parece una fauce entre aleonada y grísea.

Cuando pasamos junto a él, a su izquierda, veo que tiene en la cornisa un poco de nieve y se me hace sosegado y verdusco. Quilla, babor, y cubierta sin terminar de no sé qué arca de Noé perdida en nuestro viejo océano.

Desde la ermita de San Donato o desde San Miguel la Barranca es un abismo. Desde el avión, un largo cauce seco —porque el

Araquil no se ve—, que aprovecharon los hombres para bajar de las selvas al llano feraz.

El cuarto menguante de la luna que asoma ya sobre la sierra de Satrústegui nos trae a la memoria historias de luchas de vascos y de moros por disputarse los castillos del paso hasta Pamplona, y luego de agramonteses y beamonteses, de carlistas y liberales.

Picota de la plaza de Lacunza. Pueblo plaza de Arruazu. Bordas de Huarte. Se encienden las luces en Zuazu, Ecay, Echarren y Urrizola. Llegamos al Gaztelu y uno está temiendo que nos sepulte el pedrizal de Osquía. No pasa nada. Pasa el tren junto al doble y bonito pueblo de Erroz y aprovecha el río Araquil la confusión del túnel entre el Churregui y el Vizcay para escaparse, entre encinas, hacia el valle de Olo.

En los campos de Erice y Aldaba varios tractores aprovechan la última luz para labrar la tierra. Comienza a aguachinarse la balsa de Loza. Muscos campanarios, siempre en pie, de Iza y Orcoyen. Brunos campos removidos en el dilatado bucle que hace el tren antes de meterse en la estación de Pamplona, como «un reptil en su agujero», que diría don Ramón. Pero sin el «gemido, prolongado y lastimero».

El telegrafista anuncia la llegada del expreso. ¿Por qué dirán siempre los telegrafistas la palabra «efectuar»? Nadie me espera, claro. Qué divertido y emocionante el rito de las despedidas y de los recibimientos. Sube la gente al tren. Sigue en el bar el matrimonio de Milagro. Tras la ventanilla, el mismo vendedor de billetes. Frío en el vestíbulo, abierto ahora de puertas.

Llego a «La Villavesa», que me sube hasta la esquina de Yanguas y Miranda.

Me parece que vengo de varios países.

Cosas del tren.

OTOÑO EN LA TACONERA

Me voy esta tarde de noviembre a ver a los árboles, mis amigos. Me gusta mirarlos estos días, cuando dejan su larga capa verde de primavera y se ponen las ropas más vistosas sacadas de sus viejos armarios de madera, antes de desnudarse del todo para echarse a dormir hasta marzo.

Miro los plátanos, los tilos, los cipreses, las robinias, los álamos temblones, los castaños de Indias... de la Vuelta del Castillo, por donde paso y paseo tantas veces. Los conozco a todos, y a veces están tan vivos y bellos, que parece que me conocen también.

Despido a los olmos, que son los más numerosos, olmos comunes y algunos montanos, que hace tiempo están despidiéndose de nosotros, por si podemos ayudarles a no morir. El olmo tiene mal otoño. Sus hojas coriáceas y lampiñas se arrugan y apagan pronto, sin que les brille ese último color desesperado, que en otros árboles es tan atractivo. Este otoño es peor. El *Caratocystis ulmi*, hongo que en los años sesenta vino de Estados Unidos a Europa, está acabando con ellos. El insecto que lo lleva sale de la pulpa de la madera muerta y vuela a los brotes altos de la copa, por donde comienza la agonía.

Los han marcado con una raya horizontal de cal para abatirlos, al menos en una tercera parte.

No van a llegar a los trescientos años como les deseábamos, viéndolos tan robustos y mozañones.



Toco su áspera y defensiva corteza, contemplo su hechura armoniosa y hercúlea, y los veo, sin querer, convertidos pronto en escaños, bancos y huellas de escalera. Muchos perderemos un testigo vivo y discreto de muchas horas felices.

Por ahí andan las urracas o picarazas, reinas moriazules de estos pagos, que van a lo suyo, como si nada. Aún les quedan árboles altos para los nidos.

Los castaños que entornan el monumento al virrey Tutavilla están lozanos y lustrosos como caballos alazanes del aire. No por nada el nombre científico de este árbol lleva el del noble animal. Don Francisco Tutavilla, duque de San Germán, terminó en 1666 el recinto amurallado de Pamplona e hizo levantar la puerta de la Taconera. Hoy el campo no tiene puertas.

Siempre hay gente mirando «los patos», junto a las sombrillas de unos sauces. El agua del charcón da frío. Las palomas se arrebuja, buche contra buche, sobre los palitroques del cobertizo. Dos ánades reales navegan, con el cuello verde tieso como un mástil. El sitio está sucio y feo, descuidado. Dos conejos corren a saltos y hacen el escenario huidizo y divertido a la vez. Unas cobayas o conejos de Indias, ratuñas, apegadas a la tierra, herbajea y ramonea sin parar, como si estuvieran en un concurso. El foso de los ciervos está vacío. Los plátanos dejan caer sus brazos cansados, y de vez en cuando sueltan el oro viejo que les sobra.

Se oye parpar a los patos, cantalea a las palomas, vozna a los ánades.

Entro en la Taconera con un poco de respeto y un pelín de miedo. Me entran muchos años en el alma. Muchos años de paseos cotidianos y de encuentros ocultos y fugaces. Aquí se firmaron el 29 de julio de 1512 las capitulaciones entre los embajadores del vencido rey de Navarra, Juan de Albret, y el invasor duque de Alba.

Subo por el paseo de los tamarindos o tamarices, que están quedándose calvos, entre magnolios y abetos, para ver los animales. Pasean, espléndidos y serenos, los ciervos bíblicos, que van comiendo hojas de plátanos. Tienen patas finas, despaciosas y

apuestas, y las pezuñas de tacones de charol. Han perdido color y están pardigrises y tentadores. En el laberinto de sus cuernos se enreda la corta madeja de la tarde.

Un conejo negro, tranquilo y de morro nervioso, herbajea aquí y allí. Dos pavos sin cola corren hacia adelante, no se sabe a dónde, glugluteando.

Los gamos, apacibles y en grupo, están junto a la puerta de su revolcadero. Gamitan en voz baja.

Será todo lo artificial que sea, pero prefiero todo esto a la ferocidad de la selva.

Los cuatro cedros atlánticos de la explanada alta sostienen, es un decir, los cuatro puntos cardinales. Más cerca, tintinean al viento las bayas negriazules de los aligustres.

Llego hasta la fuente de las monedas, donde un día nos hicieron fotos para las elecciones. Toman el sol dos señoras y un muchacho, con los ojos cerrados, ensimismados y ensolados. El coro de castaños es perfecto: sólo les falta cantar. Se asoman unos cipreses. La fuente, como la de los leones, cae poco y cae mal. Hay que enseñarles de nuevo, antes de que se hielen.

Me asomo al mirador de La Rochapea, y me sale al paso la cercana torre chocolatera. Huele la memoria infantil a chocolate. En San Cristóbal hay guerra de colores entre pinos y quejigos: ganan los primeros por resistencia. Garciriain vigila cómodamente el valle de Juslapeña. Más lejos, el Churregui y el Gaztelu son dos águilas o dos leones, como quiera el lector, imperturbables, en el escudo, azur y sable, de la otoñada.

El Arga, ya sucio, viene disimulándose entre los chopos, cada día más claros.

Vuelvo a los olmos, señores de la Taconera, que aquí también se mueren. Junto a ellos han reído y llorado muchas gentes que aquí buscaron la ilusión del campo de su pueblo. Aquí veníamos de mi casa del pueblo a comer el pollo con pan, después de visitar a las tías monjas que estaban en el convento de Navas de Tolosa. La pluma de pavo real que pude coger en uno de aquellos viajes,

que yo numeraba como si fueran aventuras, fue un trofeo casi de safari y lució en mi casa muchos años.

Hoy la jaula de los pavos está vacía, y los pavos se pavonean, ya los hemos visto, de acá para allá.

Entre laureles reales, ailantos, tejos y viburnos, están los monumentos a algunos de nuestros genios locales. No es fácil distinguirlos a veces de los monumentos de camposantos. La placa al doctor Huarte de San Juan recuerda los cementerios nórdicos, bosques cuidados al aire libre. A Gayarre le da ahora el sol y lo hace más fáustico todavía.

—Hola, buenas tardes. Qué tiempo tan bueno hace, eh, eh.

Viene una bocanada de olor a vino.

Me dicen del Ayuntamiento que, además de arreglar el parque y el jardín, van a echar ardillas de criadero. Todo será entonces más movido y ágil.

Un niño pequeño, que apenas ha aprendido a andar, anda entre palomas, a las que su padre les da de comer en la mano. Suena un tiro no sé dónde, tal vez el reventón de una rueda, y todas desaparecen. Malos recuerdos. Pero vuelven enseguida, porque la mano del padre y los andares del niño son inocentes y libres de toda sospecha.

En otra jaula unas «gallinas enanas», según me dicen, pico-tean en los pequeños comederos. Dos gallitos fanfarronean entre ellas. Pero los gorriones que vienen de fuera se llevan la mejor parte. Un faisán grandullón y bobo.

Cerca, separada por una red de alambre, una mona, con cara de vieja y de fea, se restrega una y otra vez los brazos.

—Tiene frío la mona.

Una mujer con abrigo azul oscuro y un cartón en la mano, le dice, acercándose:

—Mona, monita, mona

y otras lindezas por el estilo.

Un letrero, medio arrinconado, avisa: «Precaución con el mono. Quita gafas y otros objetos». Dicen que la gente se echa, instintivamente, la mano a la cartera.

VICTOR MANUEL ARBELOA

Más olmos marcados. Incluso el primero a la derecha, que parecía poder resistir todas las más exultantes y doloridas confidencias. Los bancos de piedra y los bancos de madera pintados de rojo guardan también muchas historias, con la discreción de la piedra y del tronco.

Me pongo triste y salgo a prisa hacia el «edificio singular» que, con tanto otoño alrededor, parece más feo que nunca.

DE ABLITAS A MONTEAGUDO

Nos vamos a Ablitas, camino del Moncayo, para llegar tarde a Monteagudo.

–Mucho trote.

–Vamos a ver.

Llegamos a Ablitas, y el buen Leocadio quiere que nos quedemos toda la tarde allí.

–Que nos vamos al Moncayo.

–Ya iréis otro día.

–Que no, que no puede ser.

Subimos, derechos, al castillo. En la plaza del olmo, donde hay un retoño de olmo, hay una casa del siglo XVIII con escudo y arquerías, parras, tiestos, margaritas y rosas. Al subir, vemos también un escudo, gastado, de alabastro en una casa que fue Ayuntamiento.

Todas las veces que vine a Ablitas, o me quedé en la plaza viendo vaquillas, o en el Ayuntamiento, o recorriendo el pueblo en la procesión de fiestas, o dando algún mitín –mitín dicen los catizos– y cenando en casa del alcalde, pero nunca subí al castillo.

Vamos ahora entre ontinas, retamas, malvas, y espinos que comienzan a amarillear.

Desde aquí dominaron el pueblo durante siglos los Enríquez de Lacarra, «señores de los moros de Ablitas» y de los cristianos

también. Desde aquí vemos el pobre pueblo, de adobe y de ladrillo, recostado sobre el Montecillo, al que ahora, por fin, le han puesto pinos. Las viejas casas aparecen pintorescas y pintorreadas, algunas de azulete, sobre el tapete largo de viñas rebañegas, de olivos jubilosos y de maíces ensimismados, entre las balsas de Cardete, Valpertuna y la laguna de Lor.

La laguna de Lor, que trae su nombre del antiguo despoblado del mismo nombre, con alcalde y regidores hasta principios del siglo XIX, está contorneada de olivos, viñas y campos de cereal, con una discreta divisoria de juncos, carrizos y aneas. La laguna riega tierras de Ablitas, Cascante y Tudela. Parece mentira pero me dicen que mucha gente se ha ahogado en ella. ¡Más mentira parece que el monopolio de la caza y de la pesca esté en manos de un señor de Cascante que adquirió tal derecho de la Casa condal!

Pedriz, otro despoblado histórico, poblado hasta no hace mucho, es sólo un montón de hiladas de piedras del castillo y de la iglesia medievales, entre el verdin renovado de los cultivos.

Volvamos al castillo, que no tenemos mucho tiempo.

—Que os quedáis toda la tarde.

—Que no, no seas pelma.

Don Gonzalo de Azagra, noble aragonés al servicio del rey navarro García Ramírez, recibió la villa de Ablitas, el año 1137, tras ser conquistada al ejército de Aragón, dieciocho años después de la conquista primera de los moros por Alfonso el Batallador.

Es creencia común en Ablitas que los moros hicieron el castillo, que no salieron de él, que abrevaban sus hermosos caballos en la balsa del Tejar llevándolos por un subterráneo que salía del castillo. No está nada claro todo esto. Los castillos, gobernados por alcaides, eran entonces residencias del señor, salas de audiencia, almacenes agrícolas, plazas de armas, prisión de malhechores y refugios de campesinos del lugar en caso de guerra, como nos recuerda el historiador ablitense Germán Pérez.

El castillo soportó innumerables asaltos, ataques y deterioros. Las tropas aragonesas del Archiduque durante la guerra de suce-

sión lo dejaron hecho pedazos y hubo de recomponerlo una y otra vez. En los últimos tiempos a nadie parece que le importó que terminara de derrumbarse. Pero el alcalde Leocadio quiere recuperarlo como sea y no hay político u hombre de cultura al que no le lleve al castillo, y contento lo encerraría en él, si pudiera, hasta que llegara alguna solución.

En los últimos años del Reyno, eran sus dueños don Juan Enríquez y doña Isabel de Peralta, hija de mossén Pierres, dirigente del partido agramontés. Su hijo don Antonio ayudó al general Asparrot, en 1521, en su desdichada campaña a favor de los reyes legítimos exiliados y se hizo cargo, además, del castillo de Tudela, que resistió hasta el final. Carlos V lo incluyó en su perdón de 1524.

Hoy no queda de aquella fortaleza más que un muñón circular de la que fue torre del homenaje: un amasijo de mampostería sobre tosca, tierra dura con vetas de alabastro, cubierto con una bóveda semiesférica apoyada sobre un pilar cilíndrico. De los sótanos, se conservan unas galerías abovedadas, una de ellas sostenida por arcadas, que comunica con un recinto de planta circular con base de piedra y bóveda de ladrillo. Durante muchos años todo esto fue granero, pajar y hasta champiñonera. Hay una escalera de caracol sobre la blanda roca. Y cerca un aljibe. Quedan también restos de murallas y de otras dependencias difíciles de identificar. Una vez limpio y adecentado, con un buen acceso, el castillo podría convertirse, como en tantos sitios, en un lugar de recreo, de memoria histórica y de entretenimiento cultural. Las galerías dan para mucho.

Desde este altozano vemos los nuevos barrios de San José (obrero), de las Escuelas y de la Clusa. Más allá, el tentadero y el polideportivo. A la derecha, en los repechos de las estribaciones del Montecillo, están las viejas cuevas —todos los pueblos pobres las tenían— y las casas de San Miguel a la derecha del barrio Verde, que así le llaman.

Al bajar, damos una ojeada a la casa Uguet de Resaive, que compró el castillo y el granero al conde de Montijo, heredero de los Enríquez de Lacarra; luego cedió el castillo al Ayuntamiento.

Las murallas de la fortaleza englobaban un día a la iglesia primitiva, probablemente gótica, de la que se conservan, bien visibles, sólidos muros de piedra, rodeados de ladrillo posterior por toda partes. Importantes arquitectos, como el aragonés Briembez, la reformaron una y otra vez en el siglo XVI, y aún se remodeló el interior dos siglos más tarde. Es digna de verse. Hay tallas y lienzos valiosos y bellos. Santa María Magdalena es la titular y la Virgen del Rosario la patrona de la villa.

Después de larga contienda, el Conde logró perpetuarse en el retablo mayor encima de la Magdalena y del elegante expositor. A mí me gusta sobre todo el Crucificado del XVI, vigoroso dolor en un cuerpo vigoroso, y la Virgen con el Niño, vivaz de movimiento.

La lápida conmemorativa a la puerta de la iglesia no es un acierto de respeto ni del buen gusto, pero el pueblo ha tenido uno y otro para no pelearse por eso.

Dejamos el Ayuntamiento, que ya conocemos, y vemos rápidamente la antigua casa del Conde, primero nueva sala de audiencias y cárcel del pueblo, luego casa-palacio en la plaza principal, hoy de los Fueros. Tres pisos de ladrillo, con balcones, escudo del XVIII y arquerías. La piedra de sillería se trajo del castillo de la Torraza, de Valtierra.

El primer Conde, nombrado el año 1652, fue el mariscal de Navarra, don Gaspar Enríquez de Lacarra. Con él, con sus predecesores y sucesores, se pasó la villa de Ablitas siglos enteros en pleitos. Pleitos de todo tipo. El Conde lo quería todo, hasta que el predicador de las fiestas oficiales le pidiera la venia en público para comenzar el sermón. Además de otros derechos, como el de la jurisdicción criminal, conseguida tras muchos esfuerzos en 1631, todas las propiedades de la Almazara estaban sujetas al pago de la cuarta parte de sus cosechas a favor del Conde; las tierras de Monterrey, de la quinta parte de la cosecha, y los terrenos de Bornaba y de Farax, que estaban gravados en los «catorcenos», pagaban una carga de uva por cada catorce. El Conde tenía su bodega con cubas para vino, el horno de pan cocer y un molino harinero encima del río, en lo que siempre se ha llamado el Carcabo.

Pero el Conde no logró que los vecinos de Ablitas reconociesen su señorío y que se titulasen «vasallos y pecheros del Conde» para todos los efectos; en esto no claudicaron jamás.

La pesadilla terminó el 4 de febrero de 1821. El Ayuntamiento de Ablitas entregó al Real Consejo la cantidad de diez mil doscientos groses de Francia –sesenta y cuatro mil sesenta y ocho reales, catorce maravedís vellón–, cantidad origen de la donación hecha por el rey don Carlos II de Navarra, el 31 de enero de 1405, a don Martín Enríquez de Salamanca, de todas las rentas, pechas, derechos, provecho, emolumentos ordinarios que le pertenecían en esta villa y sus términos. Pero aún logró el Conde quedarse con el término de Bonamaison, nombre francés donde los haya. Un día el pueblo se echó a la calle para reclamarlo, pero el Ayuntamiento de entonces no tuvo el coraje debido.

La pesadilla condal y el haber tenido que sufrir, como villa fronteriza y de paso, las ocupaciones, asaltos y servidumbres de todos los ejércitos habidos y por haber en tiempos de guerras y paces, fueron los dos grandes tormentos de la historia de la villa.

A estos podemos añadir también el tormento de la sed. Ablitas fue uno de los pueblos a los que se concedió el privilegio del «albalá», por el que habían de gozar a perpetuo de las aguas que bajan del Moncayo.

Sobre esas aguas que vienen fuera de la alhama, por la acequia de la Tercia, hay numerosas concordias y pleitos entre Ablitas y los pueblos vecinos, de Navarra y Aragón. Años duros aquellos, y recientes, cuando los abliteros se iban con tinajas y cántaros hasta el mismo Moncayo, o a la laguna, o al canal, porque el río Mendiánique, o Vendianique, el río de Ablitas, baja siempre seco.

Pensando en el agua vamos ahora al bar, que nos quedan sólo unos minutos. Allí está el veterano Florencio, con muchos años de luchas en la alforja del alma, que anda preparando las memorias. El alcalde pide mistela.

–Pues mistela.

Al rato me dan un garrafón de vino de Ablitas, que dicen que es tan bueno como el de Mañeru.

–Ya será menos.

–¿Pero cómo te vas a ir sin ver el Centro?

—Pues venga.

Y visitamos el centro Cooperativo, centro juvenil con bar y salas amplias, convertidas ahora en exposición de fotografías del Día de la Juventud, que comenzó a celebrarse en 1968.

Por la calle «Bajada al río», bajamos al coche que nos ha de llevar al Moncayo.

Volvemos tarde —no podía ser de otra manera— del Moncayo, frescos de aguas frías y resueltas, con los ojos verdes de tanta vegetación pujante que no imaginábamos. Paco se conoce el Moncayo como si hubiera sido pastor en él. Está visto que desde la carretera o desde el avión no se conoce esta cordillera en forma de cono deforme, gigante de la Ribera, del que dependen en buena parte temperos y cosechas. Hemos visto, además, el nacimiento del Queiles.

Cuando llegamos a Monteagudo, la culpa, ya se sabe, la tenían los de Ablitas. No sabíamos que los Marqueses de San Adrián nos esperaban en el castillo palacio. Y allá que vamos todos, y todos recorreremos el interior, guiados por los Marqueses, que están convirtiéndolo en una obra de arte.

Situado sobre una roca, fue un castillo fronterizo de gran valor estratégico. Opuso fuerte resistencia al Batallador, y fue bocado apetecido, aunque duro de masticar, de los aragoneses. El señor de Monteagudo reconstruyó la fortaleza tras la reconquista, y luego pasó por sucesión a los Beaumont y posteriormente al Marqués de San Adrián. En 1766 fue transformado en palacio.

Nos asomamos a la terraza. Viene un aire fresco de verano, que nos trae el respiro hondo de las viejas leyendas e historias de moros, sobre los pinos rumoreantes que guardan fielmente la mansión. La torre almenada del castillo dialoga arquitecturalmente con la torre renacentista y mudejar de la Magdalena.

Tenemos que volver a Monteagudo, monte agudizado por el castillo, monte-puerta del Reyno, con su escudo de oro y su faja de gules.

APRENDO EUSKARA

Aprendo euskara, y me renacen
las reacias
raíces
de mi raza.
Se ahondan
en la tierra hundida
de mi sangre.
Me alborotan
la alboral geología
de mi pueblo.
Me sostienen
el viento de banderas
de mi patria.

Vuelvo a la cabaña, avergonzada,*
de mis padres lejanos, campesinos y pastores.
Me subo a las colinas, donde padres y abuelos
sudaron largamente el vino de las cepas
y doblaron sus cuerpos al compás de la espiga.
Me detengo en el límite de la ruda ladera,
donde estuvo la casa, donde el sueño
rompía cada noche
los límites del hambre y de las lágrimas.
Me sumerjo en la fuente,

VICTOR MANUEL ARBELOA

tormentada y salina,
junto al río Salado,
que saluda a mi pueblo desde lejos,
y nos manda la luz
de sus ojos saltados en el «Salto».
Y me cuentan leyendas de sed y de fantasmas
los pozos
que hacen corro estrellado de ranas y de noche.

Desde el fondo del alma renacida,
bautizada de verbos y sufijos ancestrales,
oigo el lento coloquio de los hombres hermanos;
me asomo, más adentro, a la fiesta de los pueblos
profundos y lunares,
en diálogo de lenguas,
que tan sólo se entienden
desde el aula enloquecida de los cuatro apellidos,
sin hundirse en el pozo,
ciego y cegador,
del lodo ensimismado.

Aprendo euskara. Y al mismo tiempo aprendo
a crecer como un chopo de palomas peregrinas,
entusiasmando el aire,
y enalteciendo el globo en que juegan los hombres.
Rompiendo el triste
tiesto
donde estaban
mis raíces
reclusas,
a punto de quebrarse.

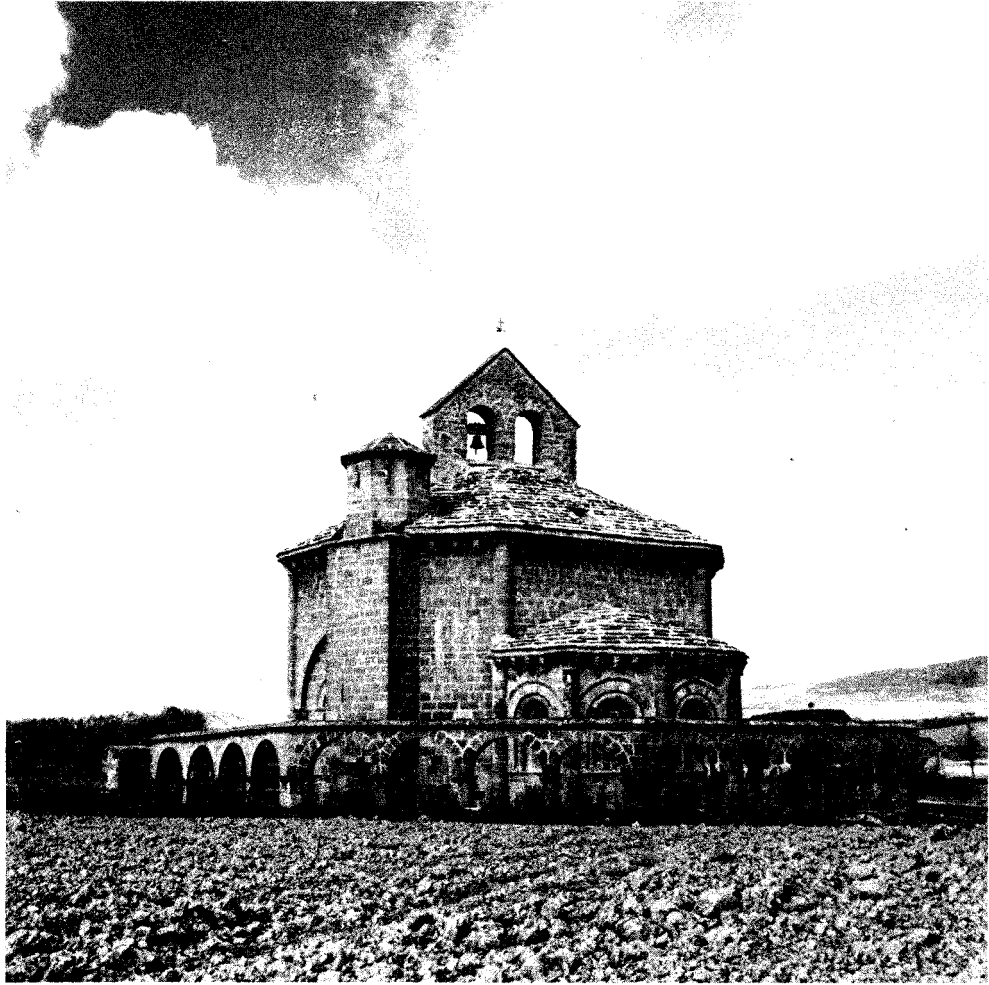
* «Juego» aquí con mis cuatro primeros apellidos vascos: *Arbeloa* (cabaña de pizarra), *Muru* (colina o collado), *Egüés* (límite de ladera), *Iturgaiz* (fuente de agua salina), así como con el nombre de mi pueblo, *Mañeru* (pozos de agua abundante), en una de las varias interpretaciones, poco probable, por cierto.

DE EUNATE A EUNATE

La sierra de Alaiz lleva hoy una cenefa de nieve. A la derecha, un letrero indica la dirección al antiguo sanatorio, luego colonia escolar veraniega de niños, y ahora residencia «El Patriarca» para recuperación de drogadictos, en la falda sureña de El Perdón.

Una tarde lluviosa del último otoño subimos a verla. Nos acompañó y guió Alessandro, un joven italiano, por un laberinto fácil de pisos, escaleras, terrazas, solanas, talleres, laboratorios, salas de trabajo y de estar... Los muchachos restauraban sillas y muebles, bajo la dirección de un maestro restaurador enviado por el INEM, o limpiaban algunos de los 24.000 cristales de la casa, o preparaban una tarta helada a las órdenes de un maestro cocinero.

Se veía pronto que aquello había sido un sanatorio. La lluvia que caía sobre los chopos, acacias, pinos, laureos, perales, plátanos de Indias y tamarindos que adornan la entrada, caía aún suavemente para no molestar a los enfermos. Hoy se curan allí otros enfermos de una enfermedad cruel y moderna, y la residencia es el centro piloto de toda la zona sur, que visita con frecuencia el Patriarca Lucien. «Vivir sin droga» es el lema que vemos una y otra vez por toda la casa, donde viven un centenar de chiquillos y adolescentes.



Hoy hace sol, un sol respetuoso y tranquilo, como el que caía sobre el espejo innumerable del sanatorio de Biurrun. Hay unos cipreses y abetos en el camino que llega a Eunate, plantados inmediatamente después de la guerra.

Cerrada y ladeada la casa del ermitaño, la iglesia está sola y redonda, en un ensamblamiento de arcos, cúpulas, columnas y capiteles. Este es el encanto de Eunate: que no se sabe de dónde vino y para qué. Iglesia parroquial o capilla funeraria del Camino, lo cierto es que su cofradía estuvo pujante durante siglos, fue centro mariano de la comarca, lugar de reunión de jurados y mayores del Valle, y hoy, restaurada por don José Yarnoz al principio de los cuarenta con los dineros de la Diputación Foral, es joya del arte de la Peregrinación, capilla nupcial, sitio de reposo del espíritu y de la vista.

Paseamos por el deambulatorio, por el claustro desnudo, bajo los arcos que nada sostienen, galerías tal vez de edificios hoy desaparecidos, acaso un hospital y la casa donde se juntaban los cofrades.

Andamos entre hojas de acanto y de higuera, volutas piñas, cabezas de clavo, tallos y palmetas, mascarones bigotudos, cabezas con alas, leones y grifos. Pero aquí la arquitectura, el arte de crear espacio, es mucho más vivo y presente que la escultura, arte menor. El espacio está creado, espacio de gracia y de primor, de armonía y de belleza airosa y tangible, un espacio que remansa el tiempo, que lo domestica, que, recogiendo de los siglos, lo hace presente y le hace arrodillarse bajo las arquivoltas y las cúpulas.

Un cubillo de subida al tejado, una espadaña, y una sola campana bajo los dos arcos románicos del campanario. No hay, como en Torres, linterna de los muertos.

Obanos levanta sobre su terraza el corpachón neogótico de su iglesia, sombra de la gótica a la que sustituyó. Vamos hacia las Nequeas (lugar de muertos, de monumentos mortuorios), por suelos pobres, de arcilla y yeso, suelos que recorrió la División de Navarra, de Espoz y Mina, en sus idas y venidas por estos parajes persiguiendo al francés. El barranco Lezcal no tiene agua pero sí

algunas lezcas. Pasamos junto a tierras recién sembradas o con la cebada recién salida. Entre pinos y muros defensivos otea la espadaña de San Guillermo o Nuestra Señora de Arnotegui, de Obanos; más allá, Santa Cruz de Artazu.

Se oyen unos tiros lejanos por los Altos de Ibarbero. Vuelan alegres, ruidosas, las cujadas, especialistas en caminos y trochas, y por todas partes van y vienen, inquietas, las currucas rabilargas. Desde Antillón a la fuente de las Monjas el camino sube y podemos ver todo un ensayo general de una mañana de primavera.

Más allá de Montejurra vemos un pico con nieve. No es Monjardín, no, es Codés, que ahora se ensancha y completa. En Lóquiz el sol se hace jaspe. La torre de Mendigorriá, ventanera, se deja ver. Y la de Larraga se asoma, más tímida, entre pinos. Los «bocales» de Mañeru, repoblados hace años, hacen más suave el paso del Arga, que se remansa en Aitzpea, y va despacio hacia el soto.

Hasta Santa Bárbara le siguieron al general Abbé las tropas de Mina, y la ermita volvió a ser fuerte, baluarte y trinchera en las dos guerras carlistas. Artazu, Soracoiz y Arguiñáriz, tres lejanos países de mis tiempos de niño.

Avanzamos lentamente entre aliagas, coscojas, algunos bojés, alguna encina. ¡Ay, los primeros romeros en flor! Los miramos y olemos, los acariciamos. Unas alondras locas de sol.

Viene hacia nosotros, a paso rápido, una moceta con chandal rosa, rara criatura por aquí.

—Buenos días.

—Buenos días.

Y sigue su camino. Tal vez hace nuestra ruta pero al revés.

Desde la ermita de Santo Domingo contemplamos Valdizarbe verdeciente en la soledad rural de esta primavera adelantada, desde el otero de Muruarte hasta los montes de Sarriá. Por encima, los cables de las antenas de Erreniega y la nieve rezagada y sorprendida de Alaiz.

Mina tenía el cuartel general en Muruzábal, cabeza del vizcondado creado por Carlos III para su hermano bastardo don Leonel, y desde allí vigilaba los pasos desde Estella y desde Pam-

plona, hasta que se le pasó el tiempo y sus hombres se cansaron de tanto guerrillear y le volvieron la espalda.

La ermita, restaurada en 1916, está arregladita y limpia. En el cuarto trastero, comunicado con el templo por una ventana con rejilla, hay periódicos del 23 de enero y restos de fogón.

Descendemos por un camino enlodado hacia Enériz. Se han construido aquí unas villas curiosas. Más abajo hay huertas con borrajas, cebollas y berzas. Enfrente, Adiós, precedido de la ermita de San Cristóbal, entre olivos.

Enériz se alarga a los dos lados del río Robo, río casi lobo por sus imprevisibles acometidas, y al que ahora han domado, acequiándolo, cosa mala. Enériz tenía hace unos pocos años una alcaldesa joven y guapa, que decidió acabar de una vez con las fechorías del río valdizarbiano. Ya lo ha conseguido.

En este pueblo nació don Sebastián de Eslava, primer virrey de Cartagena de Indias, capitán general de los ejércitos de Fernando VII y su primer ministro de la guerra. Sus descendientes indirectos heredaron el título de marqueses de la Real Defensa.

Todos los perros del pueblo, aunque atados, parecen haberse concentrado junto a la casa Bertol. La iglesia parroquial de Santa María Magdalena, del XVIII, que sustituyó a la románica del XII, guarda un precioso retablo del maestro Gasteluzar y de los Imbertos, y un retablito renacentista traído de la ermita de Santa Catalina. Pero si entramos a verlos, igual se sueltan los perros y nos siguen. A la salida occidental del pueblo hay una casa encaramada de parras de rosal, con abetos, caléndulas y alguna rosa viva.

Seguimos el viejo camino de Santiago, convertido en una buena pista. La moceta del chandal rosa, que es casada, según luego nos dirá, vuelve ya de su correría. Por ella nos enteramos que los perros son de los cazadores del pueblo.

—No sé lo que cazarán, pero la verdad es que hay muchos.

Tenemos que dejar el Camino y pasar de puntillas sobre la sementera para llegar directamente a Eunate, de donde salen dos coches blancos.

A la derecha e izquierda, en los recuestos, hay olivos y viñas, símbolos mediterráneos y soleras de la alegría de vivir.

Cuando el 21 de septiembre de 1896 las buenas gentes de Valdizarbe se reunieron aquí para pedir a la Virgen remedio contra la filoxera que arrasaba los viñedos, el predicador don Antonio González, muy elocuente él, achacó buena parte de la nueva plaga a la blasfemia y al trabajo en los días festivos. A pesar de la buena voluntad de los Ayuntamientos del Valle, que aquí juraron acabar con las causas de la peste, la filoxera siguió causando estragos. Hoy el vino de Valdizarbe es uno de los más cotizados.

Desde el avión, Eunate es una gallina de piedra que empolla los huevos de los siglos.

Ahora, y aquí, tan cerca, la ermita-capilla se queda sola arremolinando el tiempo y la belleza en su octógono imperfecto. Los arcos de «la calostrá de Nuestra Señora» siguen jugando al corro de la historia.

ALREDEDOR DE UZQUITA

La niebla ocupa esta mañana todas las lomas de la sierra de Izco. Pero a ratos se despista y podemos ver los Altos de Sabaiza, el corral blanco junto al viejo pueblo y hasta, a veces, la cima del Anchurda. *Mañanita de niebla, tarde de paseo.*

Asoman su cabeza gregaria los pinos laricios. Los quejigos, que son de la tierra, aparecen como atrapados entre los advenedizos. Al fondo de la vaguada, unos chopos.

Suenan lejos algunos tiros. Se abre hoy la veda de la perdiz. En el extremo de la sierra de Alaiz, alerta y despejada como un perro de caza gigantesco, la Peña de Unzué.

Esta vez el itinerario es claro y sencillo y las señalejas están marcadas regularmente sobre piedras. Una paloma torcaz –torcona la llaman en Uzquita–, azul cielo, aletea metálicamente sobre la copa de un pino y vuela. Llovizna, pero el camino está aún duro y seguro. Varios tractores van y vienen por las piezas cercanas preparando la siembra. El pino laricio crece rápidamente, tiene tan buena madera como el royo y puede durar medio siglo.

Julio es ahora un monte. Antes también era una casa-caserío, y Guetadar un puñado de casas. Hoy son ruinas y recuerdos, y nombres de lugar dentro de la reserva de la Diputación Foral en

La Vizcaya, puerto de lomas. Hay otros bellos toponímicos en el camino: Urrizabal, Bayonal. Las bordas, abandonadas, llevan nombres de sus propietarios: Ciriza, Vecino.

Deja de llover. Unas alondras pardigrises juegan en el aire. Suenan unos tiros más cercanos. Tal vez están dándole al jabalí, que por aquí abunda. Quien vea la película de Saura «La Caza», olvidará algunas bellas reflexiones de Ortega sobre el tema.

Caminamos entre rastrojos y tierras labradas. En los ribazos y acequias se suceden otabras, ollagas, cerrenzas, bojes y gayubas. Aún se ven, escuálidos, algunos espliegos o alhucemas. Un milano real planea a media altura, ensayando tal vez alguna acción de caza que tan mal le va. Mis compañeros dicen que es un alcotán, luego que no, que es un aguilucho. Puede ser. A mí la cola y las alas me parecen del milano.

Entramos en el bosque de quejigos, robles enciniegos, que por aquí llaman simplemente robles. Está el bosque espeso, y quejumbroso de lluvia y de viento. Sueltan las ramas unas gotas y parece que llueve. Algunos arces ya están subidos de color, y también un serbal blanco, o mostajo, que me cuesta trabajo reconocerlo. No podemos ver la malviz, vecina de estos parajes, ni los caracoles que rompe contra las piedras para comérselos.

Se ve La Higa a lo lejos rebozada por la niebla. Llueve de nuevo y confundimos el rumor del viento con el del agua que corre. Va seco aún el cauce del Usabal, que aquí nace y llega a trompicones hasta el Leoz, que es el río del Valle. Pero hay pequeños charcos en los fondos. Pasamos unas gruesas piedras que hacen de puente a la entrada del pueblo. En la vega del regacho dejan ver su buena cara los cardos, las acelgas, las lechugas y los pimientos. El sauquillo o yerzo amorata las riberas con el nuevo vertido de otoño que acaba de estrenar; aún le cuelgan algunas bayas negras que no se comieron los pájaros.

Sacamos una foto del pueblo que se recuesta en un pequeño altozano. Las lajas o losas cubren la mayor parte de los techos. Hay unos chopos sueltos bordeando el cauce del Usabal. Unas cabezas de cardos se secan en un balcón.

—¿Para simiente?

—Eso es.

ALREDEDOR DE UZQUITA

Hay un hombre, ya mayor, recostado en el descansillo de la puerta de la casa. Hablamos del pueblo. Vive aquí sólo una familia. Otras dos, que también llevan los campos, viven fuera. Al contrario que en otros pueblos pequeños en días de fiesta, aquí no se ve a nadie ni se oye a nadie. La verdad es que si quitamos esta casa, la de Ciriza y la de Vecino, las demás están hundidas o hundiéndose. No han faltado tampoco gentes que quisieron venir aquí.

—Pa venir de sábado a lunes, mejor que no vengan.

—Claro.

Mi amigo se lleva una herradura, que coge de entre varios aparejos de hierro que se oxidan en la esquina.

—Da suerte.

—Eso dicen.

La torre de la iglesia es recia y aún está airosa. Es pequeña como la iglesia, de un románico rural muy modificado. Le cuelgan dos campanas bajo dos arcos, que antes bandeaban con frecuencia los mozos. La techumbre del templo es de vigas de roble. Un grueso pilar de sillería recuerda el origen. La pila bautismal, de aquel tiempo, tiene una cubierta moderna de madera con dibujos y frases sobre el bautismo. El aguabenditera, renacentista, tiene unos arquillos en la taza.

El tío recuerda cuando la iglesia se llenaba con la docena de familias que él ha conocido. Su madre era de Julio y él iba de chico al caserío. En unas misiones que hubo en Leoz y en Uzquita, el predicador echó colonia en la iglesia «pa que olería mejor».

—Qué moderno.

El sobrino, que acaba de dejar el tractor, no recuerda más que la media docena de familias de hace unos años.

El patrón es San Clemente, papa y mártir, y tiene en la mano un áncora. Flores blancas de trapo.

Les decimos que estamos dando vuelta a Uzquita siguiendo el itinerario de la Caja de Ahorros de Navarra. Les leemos lo que pone del pueblo. El tío recuerda que un día vinieron a preguntarle

cosas. Conocen bien las orquídeas del dibujo, que salen en primavera. Lo que a mí me parecía un milano podría ser un galforro. El zorzal común o malviz es bien conocido. Leña traen poca, el bosque es de la Diputación. ¿Los chopos? Cuantos menos, mejor, que hacen sombra y estropean con las raíces los campos. El regacho se llama Usabal, sí señor, así le dicen desde siempre. No hay perdices ni conejos; los jabalíes que andan por todo atacan los nidos de las primeras y las lorcas de los segundos. Luego hablamos de gentes de la Valdorba, que conocen de sobra.

Si tuviéramos tiempo, podría salirnos aquí otro señor Cayo, como el de Delibes, pero son casi las tres y tenemos que «jopiar». Cuando alorzamos por el sendero hacia la carretera donde dejamos el coche, sube otro hacia el pueblo. Un corderillo bala, no sé si dulce o desgarradoramente, desde el viejo transformador convertido en pequeño corral. La Higa aparece ahora limpia, con unas nubecillas rondándole.

El Uzquita y el histórico Aldaiturri están mustios, sobrecogidos por los primeros fríos y las primeras lluvias.

Unos metros más adelante, todo el valle de Leoz es un concurso de colores de chopos que lucen ahora sus galas anuales, todos los colores suaves: plata, gris, amarillo, ámbar, naranja, ocre, sepia, verde pradera, verde norte, verde pálido, verde cobrizo... ¿Qué sería Leozarana sin los chopos?

Tienen éstos las hojas vueltas porque va a llover. Con el leve viento que les da, parecen las hojas imitar el rumor del agua que no corre todavía hacia el Zidacos.

Los sauquillos, los arces de Montpellier y los serbales comunes ponen los colores fuertes del Valle: del rosa al granate claro, del granate al escarlata y al púrpura. Los bojes añaden el castaño oscuro y el pardo claro. Hay un pomar (*Sorbus domestica*), que por aquí llaman pomo, tan bello, escarlata y púrpura más ámbar y fresa, que bajo a verlo y a contemplarlo de cerca. Tiene aún las pomas sin coger y da pena tocarlo de tan hermoso.

Con tanto color, Iriberri y Amunarrizqueta no parecen tan

ALREDEDOR DE UZQUITA

viejos, ni las torres de las iglesias románicas tan serias, y el cementerio de Iracheta parece la ermita que un día fue.

Catalain, al que le han quitado por fin los estorbos del desnivel de la carretera, luce sus relieves medievales entre los colores otoñales de 1985. ¿Cuándo pondrán el letrero que anuncie a los que van por las carreteras que existe Catalain?

Aún encuentro los mismos o parecidos colores en los chopos de Mendivil, que arbolan y enarbolan al Zidacos.

Vemos ahora la Peña de Unzué de frente y de cerca. Me gustaba más desde Sabaiza.

NOVIEMBRE EN LA CIUDADELA (A la manera romántica)

Les sube a los olmos un color de tierra
y le duele el hígado al tilo viril.
Desde San Cristóbal baja una tristeza
que les da a las cosas un rancio perfil.

En la Ciudadela vuelan las urracas,
hados de noviembre, monjas del jardín.
Los fosos, los muros, los recios bastiones
se rinden sin fuerzas para resistir.

Madura la tarde de amarillos frutos.
Pasean los viejos por el revellín.
Se ponen las nubes tan de cementerio,
que pienso de pronto que voy a morir.

LLEGAMOS A LAS CUATRO A USECHI

Mañanica de luz delicada de diciembre. Se nos van los ojos al palacio reconstruido de Gorraiz, y al de Oloqui, guardado por dos torreones y avisado por una galería.

Entre Arleta y Zabaldica se atraviesa el río Arga, que nos baja descolorido y flaco entre chopos y sin hojas. Hay unas brumas inquietas sobre Zubiri y Ostériz y uno piensa que pueden ser los humos de la fábrica de Magnesitas.

En Usechi hay dos bloques breves que se reparten las nueve casas y las tres familias que quedan. La iglesia, con una ventana gótica y el tejado recién compuesto, tiene adosado el cementerio. Un tractor lleva una carreta con fiemo. Un rebaño se desparrama por la ladera. Los escaramujos lucen sus últimos frutos de adorno. Pasa alto y brillante un avión y deja unos flecos de alfombra nubosa en el espacio. «Coto de caza, prohibido el paso a vehículos». Dejamos el nuestro junto a la iglesia y seguimos la trocha que sube.

Los robles tienden las últimas hojas albirojizas. Desde el primer alcor divisamos un juego indismontable de pequeños collados sobre los que sobrevuela un milano calmoso que se cree dueño absoluto de cuanto ve bajo sus garras. La Higa, al fondo, hace de frontera.

Hay huellas de caballo en el camino. Un cuervo levanta su fulgor de terciopelo de entre las losas sueltas de tufa, que vetea el dorso alto de Eriete. Desde aquí vemos bien Iragui y su semicircular cenefa de hayas. A la derecha, los robles, aún vistosos, juegan al corro alrededor de lindas praderas que todos hemos visto en algún cuadro romántico o en alguna exposición de Jesús Lasterra. «Coto privado de caza».

En Beitiko el barranco está seco, lleno de hojas de haya y hayucos dulces al paladar. El musgo es hueco y felpudo como para el belén. Los helechos están verdes y los bojes mojados. Un haya ancha, honda, alta y retorcida, madre plural. La beso como a una madre natural y simbólica. Este fue hasta hace poco el camino real que iba hasta Pamplona y volvía por el mismo sitio. El camino es estrecho y lo estrechan aún más las ramas y las hojas, aún vivas, de los avellanos, de tronco múltiple y grácil.

Paseo triunfal de la mañana.

*Oh claridad. Pia
tanto entre las hojas
que quieren ser todas
a un tiempo amarillas*

escribió Jorge Guillén describiendo el otoño.

Los espinos están aún verdes y los arces comunes y los de Montpellier aguantan bien el tipo, duros, rojizos, compactos. Hay un roble mezclado y revuelto con un arce en un abrazo que parece desesperado. Bellotas y avellanas por el suelo.

Llegamos ya a Iragui. A la izquierda, una casa con horno exterior alto; las palomas entran y salen por/de las ventanas. La moderna casa parroquial, ahora deshabitada, tiene una cruz de piedra en la fachada. Casa Mitxelenekoetxea, que así leo en los hierros del balcón, lleva fecha de 1770 y canes y jabalí sobre piedra roja. Dos yeguas herbajejan junto a la antigua escuela que se empiña en la falda de la colina. Más arriba, una borda derruida, entre hiedras.

La iglesia, con pórtico cubierto y torre baja, está cerrada. Dos

campanas, bronceada oscura y bronceada verdosa, con las cabezas podridas. En medio del frontón se abre un ventanuco. Hay un amplio silencio rasgado sólo por las esquilas lejanas. Admiramos, miramos de cerca, dos casas de piedra y cal; una, de 1756, con balcón de madera corrido. Están reconstruyendo otra más pequeña, a la salida norte del pueblo. En una de las huertas que circundan el caserío toman el sol unos gatos junto a un macizo de buenas berzas. Pasa un avión. Luego, otra vez el silencio es nuestro.

Un hombre saca ahora de la bajera el coche. Le hacemos una seña y se baja. Va a Pamplona. Hablamos un rato con él. En pocos años Iragui ha bajado de quince a tres familias. La ganadería y el queso sostienen la vida de las tres. Como oímos hablar de queso, buscamos a la dueña de la casa.

—Han tenido mala suerte. Ya no queda. Y si no, que os de éste del que lleva a Pamplona.

—No, no, mujer, eso no. Otro día será.

El hombre, con boina y buen color, lleva a sus amigos de la capital una ración de queso para el postre.

De aquí llevan queso al hostel de Eugui. Así que, igual, ya lo hemos probado.

—Pues igual.

Subimos hacia el depósito de agua. La oímos pero no la vemos.

Reina el haya, sin rival, en estos contornos. Reina en esta mañana de diciembre, víspera de la Purísima, el color dorado, otras veces cenizoso, y otras tabaqueño, de los batallones de hayas. Algunos robles cubren la retaguardia. El Tiratún y el Azegui, al Este, sacan los cabezones resignados. En el Goitean, al Norte, el sol le saca al hayedo un color de lagar.

Seguimos una pista forestal a la izquierda de la carretera, y bordeamos luego el Baratxueta, frente a pinos y hayas, que alternan guapamente:

*¿Quién ha visto sin temblar
un hayedo en un pinar?*

Aquí es el pinar en el hayedo lo que puede hacer temblar con mucha mayor razón.

Estamos a la par del alto de Egozcue. Y nos sentamos un rato de cara al pueblo. Son diecinueve casas, si no veo mal, rojiblan-cas, una más, una menos, en torno al camino-carretera, con algu-nos huertines, entre calculados prados de hierba, donde pastan vacas y ovejas, cercadas por bosquetes de robles y matorral. La estampa es clásica y podríamos decir que tópica, si no fuera por un ruido ensordecedor que lanza la moto de alguien que se entre-na seguramente para el motocross, sin saber que nos está reventando este acto de alta contemplación. Cimas de Erreguerena, Sayoa y Txaruta, entre velados velos. Y los mechones borrosos de las Malloas y San Donato.

No sé si de tanto mirar y ver perdemos vista. La cosa es que perdemos el sendero de la guía, si ya no lo perdimos antes, y damos una vuelta completa al Baratxueta, cuando debimos haberlo cruzado por Ezpeliturrieta. Al menos, es un consuelo, la equivo-cación nos da la alegría de ver el Valle de Anué, toda una exposi-ción de grandes toperas arbolosas, entre las que se esconden, se abrigan o se aupan los casalicios blancos de Arizu, Olagüe, Leaz-cue, Etulain, Esain..., sitiados por el río Ulzama y el Mediano, que se abren paso a codazos geológicos. Allí lejos me parece ver Arraiz y Urrizola-Galain, pero no me haga mucho caso el lector, que no puedo asegurarlo.

No llevamos reloj y pensamos que ya pasó sobradamente la una. Por senderos de cabras, por azagaderos que suben y bajan, llegamos por fin a un raso, entre el Baratxueta y el Oyarzabal. Los pinos rojos son cortos a causa de la nieve que soportan en estos altos, que los tuerce y rompe, y a causa también de algunos rayos. Desde aquí vemos ya Ostériz, entre humos, que nos da la pista de nuestro despiste. Al final de todo, el Ohry, entre nubes. Luego, Quinto Real y Corona. Si no veo mal, Aincioa va montado en una de las cuevas de la sierra de Labia.

Ahora es cuestión de bajar bien y perder el menor tiempo posi-ble. Pero tras el pinar, la vegetación se espesa y cierra en matorral, y hemos de volver a dar la vuelta por arriba. Encontramos la

boca de una sima entre zarzales. Hay un clavo grueso en la entrada que recuerda que por ahí bajó alguien. Un rebaño se esparce en la vaguada.

Continuamos por el collado de Kortazu, sitio histórico de ganados y cuadras, y escogemos el camino que va por el alto y pasa junto a una caseta de cazadores. Está entre pinos y hay un desorden de troncos, parrillas y cubos de basura. El suelo está cubierto de cartuchos de todos los colores. Pasamos luego junto a una caseta de vigilancia de incendios.

Está Usechi a nuestros pies. Un poco más allá, el valle de Esteribar, valle del Arga, uno de los más poblados de pueblos –veintiuno– aunque sean pequeños, que en el siglo XIV llegó a tener cuarenta, entre ellos Usechi. Afortunadamente, ya no se reclutan por aquí soldados para el rey de Francia. Imbuluzqueta se acomoda en el corredor natural que sale luego a la carretera. Brilla al sol la calva alta del Lacarri.

Bajamos de zancarrón en zancarrón. Aún está tendida la goma por donde bajaba antes el agua desde Goitiko Bizkarra. Vamos a hablar por teléfono. Nos sigue hasta la casa, ladrando, un perro.

–Nada, que nos hemos perdido. Llegamos dentro de media hora.

Ya nos conocíamos de hace tres años.

–Ahora, sí, claro.

Está el matrimonio solo, a la tarde vendrán desde Pamplona las hijas a pasar el fin de semana.

Nos sentamos en el escaño de la cocina, tan parecido al que teníamos en mi casa en aquellos años.

–No queremos nada, no. Sólo un poco de agua.

Glu, glu, glu, glu, glu.

–Gracias.

Vemos por la ventana las vacas pirenaicas y holandesas de la casa, que pastan cerca. Nos gustan las flores que lucen en el largo pasillo de la casa vasca. Un mapa de Euskalherria.

VICTOR MANUEL ARBELOA

Cogemos el coche que dejamos junto a la iglesia. No tenemos tiempo ya ni de echar una ojeada. Son las cuatro y doce.

–Bueno, ya está.

RESURGE ZOLINA DEL MEDIEVO

Viejas y nuevas casas, en moderado barullo. Muchas más nuevas que viejas, hechas con prisa en los años de la prisas por vivir. La fuente de la plaza, cuando se le aprieta, echa con fuerza el agua de la Mancomunidad de aguas de Pamplona. El frontón abierto recuerda aún las fiestas recientes. Tres plátanos dan un poco de sombra a la iglesia de piedra, que nos recuerda el origen del pueblo y guarda en el retablo dos relieves de San Pedro y San Pablo, romanistas, poderosos y seguros en esta víspera de domingo.

Estamos en Mutilva Baja. San Pedro es el titular y da también nombre a la Agrupación electoral mayoritaria en el Concejo.

Hablamos de todo. El alcalde nos da café y pacharán y sobre todo sombra cañera en esta tarde de horno, aunque sea septiembre.

El pueblo va a seguir creciendo con una serie de villas, que están terminándose, y con nuevos bloques de viviendas. Está cerca de Pamplona, el camino es llano y el problema del agua y de los servicios está resuelto. Vamos a ver qué pasa al fin con las basuras.

Seguimos ahora al alcalde de Mutilva Alta por una carretera sin árboles, cosa que le duele. Es verdad. Hay que plantar unos centenares por las Mutilvas, a ver si no se ven sólo rastrojos achicharrados, almacenes, y naves grandes y feas de fábricas.



Los cementerios están en unos altozanos, entre cipreses. Los olmos, esparcidos aquí y allí, se consumen y los pocos chopos que quedan en las orillas del Sadar tienen las hojas como orejas lacias.

En Mutilva Alta, un poco más alta que la baja, también se construye. Cinco veces menos habitada que su compañera de mapa, va a estrenar pronto un bloque de viviendas unifamiliares, signo de nuestro tiempo, que van a doblarle la población.

Pero entre tanto movimiento, se hunde la iglesia. Hace años que está cerrada y hundiéndose. La han dejado hundir. Tal vez no resista el próximo invierno. Se llevaron, uno a uno, los retablos. Es una iglesia rural, de estructura románica, con una bella portada de medio punto, con arquivoltas e imposta moldurada. El interior es una ruina. Subimos al campanario donde resisten, supongo que no tocan, las campanas puestas en 1922. Entonces las Mutilvas eran dos aldeas.

Pero ni el alcalde ni el pueblo quieren que se hunda. ¿Pueden compararse el paño norte, de piedra, y la torre, y la puerta con no sé qué iglesia que pongan después? Resulta que la «nueva» iglesia que hace años se usa es la «vieja» escuela, que más vale no ver. ¿Hay algún otro pueblo en Navarra, con población creciente, donde se deje hundir la iglesia así?

El frontón no está en su sitio y hay que ponerlo en otro, y en eso están todos.

Vamos hacia Labiano, pero nos quedamos en Zolina. Hace cuatro años. Era ya oscuro y estaban todos preparando las negociaciones para rescatar casas y tierras del señorío medieval. Hoy vuelvo esperando ver algo nuevo.

Dicen que primitivamente fue de la Marquesa de Mauleón, que lo vendió —los pueblos eran entonces como reses— en 1389 a Arnaut de Garro por mil florines. El rey don Juan II lo erigió en vizcondado en 1455, en favor de Leonel de Garro. Más tarde perteneció al duque de Granada y conde de Javier. Cruz de gules y lobos de sable. Ahora me hablan del marqués, de la marquesa, de los marqueses, de las marquesas, según. Y de administradores y apoderados.

La cosa es que ya tienen las viejas casas cedidas y han comprado por 120 millones, con dineros caros del IRYDA y de la Caja Rural, las tierras de cultivo. Faltan otras tierras y otras casas y hasta parte del poblado. Están todos adeudados hasta los ojos. Y por ahí, como si nada: dicen que lo que mucho vale mucho cuesta y que a escote no hay nada caro.

Zolina es un pueblo que está saliendo de la Edad Media. Así de claro y así de oscuro. No he visto caserío en Navarra más viejo, más doblado, más color de piedra pura y dura que éste. Al atardecer, estremece. Estremece ver y recorrer esta iglesia, bella, grande, románica del XII, con arcos dobles y capiteles floridos en los cuatro lados de la torre, agujereada, desgastada, recién retejada en auzolán para evitar el derrumbe. ¡Qué curiosa la albarda de las pesas del reloj!

¿Quién ha visto la capilla de los vizcondes que aquí llaman de Santa Ana? Está fría y entumecida como una bodega sin vino. Los arcos de la bóveda estrellada apean en ménsulas con figuras. Veo un águila, casi deshecha. Lo que fue losa sepulcral se hunde. Sigue Santa Ana tan hermosa aunque carcomida por la incuria. Sigue en el retablo del altar mayor San Esteban y las otras figuras recubiertas por el abandono. ¡Pobre Juan de Gazteluzar! En un rincón, la pila románica con restos de pintura. La vieja huerta del cura huele a establo posterior.

Echo luego una ojeada por el palacio de los vizcondes, grande, macizo, noble aún. Con su torre incipiente, su patio labrador, sus aspilleras, sus sillares y sillarejos.

Están los hombres, y el alcalde con ellos, adecentando el futuro centro social en la planta baja de la antigua Casa del Valle, construida a principios de siglo. Kas de limón y un bitter. El piso principal será la Sala del Concejo.

Una mujer lleva un balde de agua de la pila pública. Menos mal que aprovecharon la conducción de agua hasta Tajonar y algo es algo. La luz eléctrica también es mala y cuando se bombea el agua de la Mancomunidad para Labiano, todavía peor.

Pero aquí hay unas gentes dispuestas a todo hasta sacar Zolina a la superficie del siglo XX, aunque les salga la torta un pan.

RESURGE ZOLINA DEL MEDIEVO

Se enredan las últimas luces del día entre las carrascas de la sierra de Tajonar y las hayas de Góngora. Pasa lo que queda del Sadar entre cipreses y chopos recalentados. Y un camino blanco de polvo lleva al vaso de Zolina, laguna lunar de agua sucia, salitre y fango.

Ya no se ve en las calles de Zolina. Hay que volver a Zolina. Hay que volver sobre Zolina.

HOY, DE NUEVO, CUATRO ASESINATOS (Pamplona, 20-9-80)

En las naves remansadas de la vieja catedral
te han cantado esta noche,
oh Dios viejo de siglos y de músicas,
con salterios y rabeles
y arpas góticas,
cromornos, espintas, fidulas,
laúdes,
sonajas de azofar,
axabeptas y violines,
campanil y zanfona,
y con violas discantus
y de gamba, y olifantes,
con vihuelas, tarisas, tabilas,
tambores y timbales,
crótalos y címbalos,
sacabuches y tares
y con flautas de pico,
con xilófonos,
derboukas,
crepitáculos...

A la vuelta del concierto de la vieja catedral,
te he cantado yo también con los viejos instrumentos que me quedan:

VICTOR MANUEL ARBELOA

con las lágrimas del llanto de mi pueblo,
con el miedo a morir de cualquier bala
con la duda y con la rabia,
con la ira, silenciada por la pena,
con la fe de quien vive
la vida con tu Nombre.

acosado por la muerte,
a la vuelta de la esquina,
y ya confunde

DE BAIGORRI A LERIN

Mañeru y Cirauqui huelen a mosto, el perfume ancestral de estos pueblos en los días de octubre.

Tomamos el camino de Oteiza, dejando a la derecha la ermita románica de San Miguel, de Villatuerta, antiguo monasterio. Está erguida de hastial y espadaña, entre viñas y olivos, y guardó durante siglos once excepcionales altorrelieves que ahora admiramos en el Museo de Navarra.

Nos paramos en la plaza de Oteiza. El agua de la Mancomunidad de Montejurra, que cae de la fuente, está fresca, si se le deja caer un poco. Nos preguntan si vamos a Baigorri.

—Aquello ya no es lo que era.

—¿Y eso?

—Cuando estaban los duques, no se quemaba nada. Ahora se quema cualquier día.

—Pero hombre...

Vamos al despoblado de Baigorri, villa durante la edad media, por un buen camino. Pero no ha llovido hace tanto tiempo, que el polvo que levanta el coche nos envuelve. Parece que vamos por un desierto.

El fuego ha mordido por aquí algunas colinas de encinares. De vez en cuando, vemos algunas matas de esparragueras, unas más verdes y otras más amarillas, según los años, ya se sabe. De repente, y como de sorpresa, unos chopos verdes plantados hace poco.



El secarral está punteado de pequeños cabezos que por aquí se llaman cogotes, con carrascas.

Nos bajamos y comprobamos que son carrascas y no encinas: hojas más redondeadas (*Quercus rotundifolia*) y bellotas menos ácidas.

–Dulce.

–Amarga.

–No exageres.

Entre el polvo, y a pocos metros, nos pasan unas perdices rollizas, rojizas, huidizas.

–Está todo lleno. Hay la tira.

Pasa luego el coche del guarda de Larraga, y le decimos que no, que no vamos a cazar. La veda del conejo y de la perdiz se abre el 3 de noviembre. Han retrasado la apertura y adelantado la clausura, para proteger y fomentar las especies.

A los baigorranos se les permite cazar conejos con perros y hurones, sin escopetas, para defender los sembrados.

Llegamos al campo de ruinas que es Baigorri. Hay un letrero que dice: «Parkin de cazadores» (sic). Se escribe como se habla, sí señor. Nos hundimos en el polvo. Ahí está ese pobre almendro solo. Una casa desmochada. Un ancho corral.

Subimos hasta la iglesia, románica tardía, que está hecha una ruina romántica. Acaban de llevarse el capitel vegetal con cabeceiras de grandes ojos y el capitel de las arpías, que alguien verá o habrá visto ya en algún jardín o colección de nuevo rico o de nuevo listo. Pero, ¿era mejor que estuvieran aquí, a la intemperie, hasta que todo se derrumbase?

Así no se conservan las ruinas, por ruinas que sean, que por eso mismo hay que conservar.

Sobre Baigorri cayeron en los siglos XIV y XV guerras y pillajes, sequías y tormentas sin cuento. Y sobre todo la peste de 1416. También sobre los pueblos del contorno. A tanto llegó la cosa, que unos años más tarde, en 1468, la reina doña Leonor

consideraba a Baigorri «un lugar despoblado» y se lo regalaba a un vecino de Estella, al que debía favores económicos.

La iglesia pasó de la corona a la mitra de Pamplona. Baluarte de los voluntarios de Mina en la desgraciada batalla de Baigorri o de Lerín, los franceses debieron de hacer con ella una de las suyas, incluso derribarla, como sospecha el historiador Alejandro Diez.

Resiste un cuarterón de torre, de buenos sillares juntados con argamasa. Lo agujerean saeteras abocinadas y algunos vanos con bellos arcos que se cuarteán. Brilla al sol el moho gris-verdoso y ocre sobre las piedras.

Aún se ven bien en los alrededores las sepulturas medievales recubiertas de losas y polvo, y los restos cilíndricos de la torre del castillo.

Algo mejor, pero siempre mal, se conserva el palacio de los duques, que dominaba, en todos los sentidos, el poblado. Habitado por guardas hasta hace unos años, hoy es un despojo después que todo ha sido despojado. De aquí se han llevado todo menos los muros. Queda la logia renacentista con las siete columnas, tambores de piedra y capiteles de bolas y cadenas. Amplias caballerizas y corrales. Un rayo de sol ilumina un pesebre pintado de cal. La capilla adjunta, dedicada en tiempos a San Nicolás de Tolentino, conserva aún la rústica pintura rococó, contra la que se han lanzado los escribidores de autógrafos en la pared. Sobre el lema del escudo ducal de los Alba «*Honni soit qui mal y pense*» (mal haya el que mal piense), aparece la reciente firma de Eduardo de Miguel, de Oteiza. En la vieja sacristía alguien menos egógrafa prefirió arrancarse por patrioterías: «Viva España, Navarra y Osasuna», cosa que no les hubiera ofendido a los Condes de Lerín.

Muchísimas habitaciones. En ésta que da al río, o tal vez en ésta, más caliente y al sur, durmieron doña Brianda de Beaumont, hija del cuarto Conde, y don Diego de Toledo, hijo del Gran Duque de Alba, quienes, recién casados, fundaron aquí el mayorazgo, en 1565, y heredaron este palacio de descanso y recreo.

Personajes y lugares, aunque confundidos, no se le escaparon al mismo Lope de Vega en *La Arcadia*, escrita en Alba de Tormes, cuando era secretario del Duque de Alba:

DE BAIGORRI A LERIN

*«Véase entre unos tejos y espesura
Navarra bella, y en un alto monte,
Lerín, y el río que le da hermosura.*

*Y de luces cubierto su horizonte,
mostraba, en un palacio, la divina
doña Brianda, gloria de Beaumonte».*

Por el otro lado, el viejo palacio domina un vasto panorama. A los pies pasa el Ega, que por aquí se curva, entre olmos, chopos, álamos blancos y fresnos. En sus terrazas amarillean los almendros y comienzan a amoratarse las viñas. Algunos olivos se agarran a las cuestas de los oteros. Al fondo, Dicastillo se yergue en la falda del Montejurra, y saca por detrás la cabeza la torre de Arellano. A la izquierda, Arróniz bajo Mendía, y la iglesia alta de Barbarin. A la derecha se empina Morentin. Limpia, contra el cielo raso, la muela rocosa de Montejurra, y, al fondo, las brumas sobre Andía.

En la otra orilla, a un cientos de metros, en el comunal de Allo, se implantó con éxito Sarrió, allí en 1975. Fue y sigue siendo la gran esperanza de la zona, «la fábrica» por antonomasia. Va el humo sobre los rectángulos azules, verdes pálidos y blancos, signo del trabajo y de la inteligencia del hombre. Según me dirán luego en Lerín, la empresa va viento en popa. Trabaja pastas de maderas traídas del Canadá, de Austria y de otras partes del mundo. Trescientos ocho trabajadores sacan 130 toneladas diarias de papel. Todo no van a ser ruinas.

Volvemos a pisar cardos y polvo. Cuando pisamos matas secas de romero y tomillo, huelen fugazmente.

En alguna de estas casas, ya sombra de la pobre sombra que fueron, debió de vivir aquel abad de Baigorri, cuyos humildes bienes se destinaron al hostel del Infante don Luis, hermano del rey Carlos II: Bacinetes, un aguamanil, cabezaletes, porqueras, una paella de arambre, calderones comunales, una lechefrea, espetos, custias de bacaran, linzuelos, lechoas, traverseros de facaruelos..., viejas palabras que riman bien con estas piedras, este campo de soledad, mustio collado.

Una banda de perdices corretea por el camino junto a la iglesia. Son rojiblancas, rojinegras, rojigrises. Andan coquetas, femeninas, apetitosas. Cuando nos oyen, levantan un vuelo pesado hacia el carrascal más próximo. Sobre el denso polvo quedan las huellas de sus patas en forma de finas flores de lis. Cerca revolotean unos carboneros comunes o cagancales con sus cabecitas negras, como lo proclama su nombre en euskara (txori-beltza).

En 1979, los renteros de Lerín, Larraga y Oteiza consiguieron, por fin, que los duques de Alba les vendieran las 27.000 robadas de terreno por sólo cien millones y un pequeño pico. La Diputación Foral ayudó con dinero a buenos intereses y mejores plazos. Una ganga, como dicen las gentes de estos pueblos.

Como era de temer, el bosque de carrascas, quejigos, sabinas negras, coscojas, enebros de la miera, lentiscos y escambrones ha ido desapareciendo en favor del cereal. Sólo el año pasado se quemaron cuarenta hectáreas. El cazadero señorial que Baigorri fue cada año irá a menos.

Las águilas culebreras, los alcotanes, los cernícalos, los gavilanes, las palomas torcaces, las fuinas, las ginetas, los tajudos y los jabalíes irán desapareciendo a medida que en los cogotes y en los montículos sólo queden pedruscos, raíces arrancadas, árboles secos, arcillas y areniscas. Ha tiempo ya que desaparecieron las nutrias del río Ega, río muerto en casi toda su extensión.

Vamos ya hacia Lerín, que se recorta entre la neblina, allí lejos, contra el cielo pálido azul del atardecer. Un rebaño de ovejas blanco pajosas –menos cuatro negras– se confunde con el rastrojo que pastan. Frente a nosotros, el Alto de San Marcos, pequeñas colinas, algunas recubiertas de pinos y ahora también del polvo que levanta el coche. algunos carrizales casi canucidos y cada vez menos bosque y menos vegetación.

El viejo regadío remolachero de Campo-Estella está hoy convertido en terreno de cereal, con la huella de la acequia bien visible. Aprovechaban para subir el agua un motor de avión de cuando la guerra.

—Desarrollas menos que las remolachas de Campo-Estella, dicen todavía en Lerín.

Recorremos el regadío del Ega, cuando aún el río va entre árboles y arbustos, antes de que lo despeluchen y domestiquen, convirtiéndolo en un canal vulgar. Seguro, eso sí. En Soto-Rodrigo, un poco más arriba de la desembocadura del barranco Río Mayor, arranca la acequia que, en unos trece kilómetros, riega ocho mil robadas de tierras lerinesas para acabar al pie del Tamariga.

Las vacas bravas —negras, royas y pintas— de la ganadería Guembe, con el pajuzal al fondo, nos miran de frente y recelan. Parece mentira que de tanta seriedad puedan salir tantas tardes de fiesta.

Ya estamos frente a Lerín.

Entra el avión en Navarra por la Portilla de las Cabras o por La Sierra, sube por Monte Bajo y el Alto del Somo, y Lerín aparece, lo mismo que a la vuelta, en la punta del dique montañoso, repoblado de pinos, frente al verde mar del valle del Ega. Hace unos años, con otra metáfora marina, compuse aquella jota sobre Lerín.

*Lerín es como un navío
que navega en la Ribera.
Que todos son marineros en Lerín,
marineros de la tierra.*

Subimos dando vueltas a los picachos del yeso, entre los que se cavaron las cuevas medievales de refugio, de las que todos hablan y casi nadie conoce.

Vemos atardecer desde la cima del farallón, que es cosa grande. Vemos los últimos rosas y rojos sangría de este día de octubre que se va para no volver más, y se nos apagan por unas horas los bellos nombres seculares de cosechas y de vidas clavados sobre los depósitos cuaternarios de las terrazas fluviales: Cabizgordo, Coto-Redondo, Piezalaparda...

Aquí abajo, ya casi no se ve el barrio de la Cadena, con casas baratas y conservera. Al pie del farallón de la Peña —«encrespada roca» la llama con acierto el Catálogo Monumental—, se abriga la

ermita de nuestra Señora la Blanca, malparada que fue durante la primera guerra carlista. Dicen que quien se cae de aquí no se hace daño, que la Virgen obra el milagro siempre.

Hacemos el camino de ronda entre acacias y muros de piedra; paseamos como si estuviéramos en la cubierta del navío de la jota.

Aún tenemos tiempo de ver el Fuerte fusilero, único en su género en Navarra, levantado por las tropas liberales durante la primera guerra carlista. Aquí estuvo mucho antes el castillo de Lerín, célebre en las guerras contra los castellanos, en el que se refugió doña Blanca, hermana del Príncipe de Viana. El castillo abría y cerraba los Valles del Ega y del Ebro. Fue destruido al fin por el coronel Villalba. No estaría mal que cuando el Ayuntamiento acabe de reconstruir el conjunto, levante una exposición permanente de la larga y varia historia de esta fortaleza.

De los tiempos del Fuerte viene aquel dicho famoso:

—«¿Si vienen mil?— Quietos en Lerín.

—¿Si vienen mil quinientos?— En Lerín, quietos.

—¿Y si vienen dos mil?— A correr, ahí se quede Lerín.»

Cenamos productos del país lerinés, entre los que sobresalen por su tamaño y su sabor los espárragos. Lerín es un pueblo con mucho campo, pueblo rico, con una media de 350 kilos de cereal por robada, y que aún se permite el «lujo» de tener dos cooperativas, la de los ricos y la de los pobres, como aquí las llaman.

Vasallos los de Lerín durante siglos de los condes y de los duques, no sólo mantuvieron con ellos pleitos permanentes, sino que un buen día del siglo pasado se deshicieron por las bravas del mausoleo de alabastro sito en el presbiterio de la iglesia, donde se guardaban los restos de los primeros condes y condestables de Navarra. La cómoda compra de Baigorri casi parece una compensación histórica.

En cuanto a la propiedad de la tierra, la cosa tampoco ha sido fácil. J.J. Virto, lerinés consorte, nos ha contado la pequeña y dramática lucha por la recuperación de las corralizas privadas, algunas de las cuales tuvo que vender el Ayuntamiento para pagar los gastos impuestos por las guerras. Una vez el pueblo en masa taló el arbolado del soto de Los Pintados que el vecindario reclamaba como suyo con intención de ponerlo en cultivo; unos 400

vecinos fueron encausados y los tribunales dieron la razón al corralicero. Sólo en los años cuarenta y cincuenta se llegó a los acuerdos definitivos.

Peró Lerín no dio al mundo sólo corraliceros y campesinos intrépidos. Amado Alonso (1896-1952) es uno de sus otros muchos hijos ilustres. Hijo del «requeté más antiguo de España», pintado por Zuloaga y al que conocí cuando Franco lo condecoró en Pamplona, fue Alonso un lingüista, crítico y escritor eminente, autor de dos centenares de títulos, profesor y maestro en España, Argentina y Estados Unidos. Amó Navarra y sus ricas tradiciones, y fue un cristiano piadoso allí donde vivió. Su amigo y colega Dámaso Alonso elogió «la limpieza de su alma hecha para el bien y la generosidad».

Estoy seguro de que el ilustrado alcalde de la «Buena Villa», al que encontramos al final de nuestra visita, no parará hasta hacer de Amado Alonso una figura conocida y una continua incitación a la cultura en su pueblo natal. Para empezar, la Biblioteca pública ya lleva su nombre.

Bajamos por la calle Mayor, la calle dorsal de Lerín, de la que parten todas las demás. De noche es más bella que de día. De noche es el camino luminoso que recorre el pueblo, y que es recorrido a la vez por la gente de Lerín, de bar en bar, de charla en charla.

En medio del poblado medieval, alta y majestuosa sobre la luz trapezoidal de la plaza de los Fueros, se levanta la iglesia de la Asunción, haciendo honor a su nombre. Es gótica, renacentista y con torre barroca.

Su recinto, alborotado de barrocos y rococós, fue almacén, cuartel y fortín durante la tercera guerra carlista. Desde los retablos hasta las campanas, todo fue salvajemente mutilado. En los ratos libres, que debieron de ser muchos, la soldadesca se entretenía en ahogar los tubos de plomo del órgano barroco, obra del organero lerinés José de Mañeru, o en echar abajo los doseles y cresterías de la sillería del coro.

Tiempos bárbaros. Otros tiempos.

VICTOR MANUEL ARBELOA

Nos vamos con pena de Lerín, que celebra, distendido y sin prisas, estas vísperas templadas de domingo octubreño.

DESDE LA SIERRA DEL PERDON

Tarde de octubre. Tarde de vendimia.

Los que avanzamos poco en el tajo y comemos demasiada uva, mejor es que nos vayamos a otra parte. Mejor es que vayamos, por ejemplo, a la sierra del Perdón o de Erreniega.

Los álamos de la Ciudad Universitaria están poniéndose al día, de otoñada. Con cierto retraso en la moda, por culpa del calor y la falta de vientos y lluvias.

José Hierro lo dijo de manera inimitable:

*El álamo se cubre
del óxido de octubre.*

A ver quién lo dice mejor.

Las nuevas y altas casas de la Urbanización Zizur toman descaradamente el sol, que les ciega sus muchos ojos. Aún es bien visible, entre árboles otoñales, el viejo camino condal del Guendulain.

Lástima que para ir a la Sierra tengamos que pasar por el puente horripilante y ver de cerca el salvaje mordiscón que le dieron al puerto.

Subimos por un carretil verdeado de pinos. Hay muchos coches aparcados, tal vez de cazadores que aprovechan el primer día de caza mayor.

Desde el avión, el camino es un blanco temblor en el costillar encorvado de la Sierra. Aquí y ahora es un balcón corrido sobre el ancho patio de Valdizarbe, pacífico glacis de pinos, encinas, quejigos, cereales y viñedos, que el río Robo sobresalta y vigilan las quince ermitas madrugadoras.

Arañan los ribazos, cascajudos, las aliagas y las árgomas. Los bojés y los tomillos están quiscorados, socarrados por los soles solos. Estacas y alambres cercan la enorme finca foral de Franco Andía, antiguo monte real y comunal de Navarra, ahora selva de pinos laricios, variedad austríaca.

Paramos junto a la ermita y nos saluda ese permanente habitador de estos parajes que es el viento. La ermita de la Virgen del Perdón llegó a tener hasta el siglo pasado un hospital jacobeo adjunto, con ermitaño y todo. Hoy llegan hasta ahí, con la Imagen, los romeros de los pueblos somontanos.

Está la tarde neblinada. La luz sólo llega hasta La Higa, huesuda y mal encarada, y no pasa de San Cristóbal e Irulegui. Los cabezones de Sarvil, Erga, Characa e Izaga son sólo unos bultos dudosos.

Nada de catalejos ahora.

*Disuélveme, mi tierna miopía,
con tu neblina suave, de este mundo
la dura traza, y lábrame un segundo
mundo de deshilada fantasía.*

escribió Dámaso. La niebla es la miopía de la tarde.

Desde Olza hasta Ansoain saltan los pueblos pequeños en busca del último sol.

Todo esto fue un día mar o costa de mar. Los sabios explican, sin que nosotros les entendamos del todo, los muchos millones de años que la cuenca ha estado situada de continuo en el talud oceánico y en la plataforma del continente que emergía al Sur, en la Zona Media y en la Ribera.

El océano iba y venía durante muchos siglos. A veces estas tierras eran fondo de mar, otras terrenos de delta, litoral o lagos salinos.

El plegamiento de los Pirineos y de la cordillera Ibérica, hace 30 millones de años, conmovió toda la cuenca, que se desplazó hacia el sur e hizo saltar la sierra de Alaiz. El Perdón se llenó de lentejones de cantos de diverso tipo que se ven bien por todo el camino. Cuando se retiró el mar, fueron depositándose la silvinita y la carnalita, sales potásicas, en las albuferas.

Así quedó en los últimos tiempos geológicos la terraza de Pamplona, donde vemos hoy una ciudad larguirucha y descolorida, niña guapa que ha crecido de un tirón y aún no se ha repuesto.

Suenan tiros de cazadores que se derrumban con estrépito por las laderas de los montes.

Galar y Esparza, montados sobre las peanas de los glaciares, son dos pueblos de exposición. En Arlegui hacen falta más árboles.

POTASAS DE NAVARRA es desde aquí un gigantón que aupó colinas negruzcas, alumbró lagunas de sal, metió sus brazos de tubos por las entrañas de la cuenca, soportó recias acometidas, hizo temblar casas e iglesias, y ahora aguarda en reposo, a la espera de que le den trabajo en los sótanos de Subiza que luego vamos a ver.

Vamos andando por el estropajo gris de la hierba muerta. Hacia la sierra de Alaiz, que cabalga, los lomos amoratados, por encima del pinar quieto y ovejuno verde de la repoblación. Qué bien está Alaiz así, sin canteras.

Una banda espesa y geométrica de grajas huye de alguna a alguna parte.

Cuando regresados del paseo, vemos unos humos bajos que salen cerca de Orcoyen. Pasa el Elorz lejos, como si no pasara, entre hierbas ocreamarillosas.

La pista aérea de Noain lleva toda la santa tarde esperando algún avión, pero los aviones pasan regulares y altos, con el motorista del ruido muchos kilómetros por delante.

VICTOR MANUEL ARBELOA

Hay algunas matas sueltas de quejigo. No sé por qué se que-
man tanto los rastrojos, no sé cuáles son las ventajas frente a las
desventajas y los estropicios. Las cenizas tuestan, eso sí, la piel
rígida, coriácea, de las margas marinas limosas y de las capas de
aluvión.

A Zariquiegui le sobran varios metros de cosas añadidas y pin-
tadas.

Cerca de un choperal aún verde, me citan con guiño cauteloso
la iglesia y el castillo de Guendulain: iré pronto.

Volvemos cuando la luz que cae entre los Altos de Ibarbero,
Monte Eskinza y Escaraz se levanta más cansada y oscura, y se le
pone al fin color de uva garnacha.

Tarde de vendimia. Huele a lagar y a pino laricio.

MAÑANICA DE PALMAS

Mañanica de palmas,
ramos de olivo,
primavera rompiente,
y el sol, cautivo.

Mañanica de palmas,
procesión de los ramos,
corazones de niños
todos llevamos.

Mañanica de palmas,
se abren las nubes
y nos brilla la gloria
de mil querubés.

Mañanica de palmas.
La Ciudadela
con sus sauces y álamos
en duermevela.

Mañanica de palmas,
ramos de olivo,
primavera rompiente,
y Cristo, vivo.



JUNTO A LA FOZ DE LUMBIER

Hay una niebla pertinaz que reboza el campus universitario; detrás se va desamparando el carretil. Cuando salimos a la carretera de Zaragoza, el sol comienza a borrar la escarcha, escritura blanca de la noche negra, que leemos con atención en estas mañanicas de enero. Salen cabos de niebla de la humedad caliente de los tormones.

También Monreal se reboza, sin rebozo, con la niebla que le trae el río Elorz. En Salinas de Ibargoiti se hace neblina o bruma.

Vamos discutiendo si estas nieblas son de *evaporación* o de *mezcla* –masas de aire húmedo no saturadas–, cuando al remontar el alto de Izco encontramos la cueñca de Lumbier convertida en un lago de niebla, esponjosa, mullida, blanduja. Las casas ruinosas de Aldunate son ahora restos de barcos mal varados.

Nada de lagos. Es el río Irati que infló su gigatesco globo de invierno y luego se prendió en los pinchos de las sierras de Tabar, Leyre e Izco.

Nos paramos a mirar y a metaforear:

–Lago

–Globo

–Espuma

–Naufragio de la mañana, mujer.

El sol de enero está hoy tibio e insistente. Aguarda que la tierra se le rinda. Poco a poco, ahora un cabezo, luego un mogote, se deja ver como con miedo.

Náufragos nosotros también, bajamos con cautela hasta la ermita de San Bartolomé, camino de Lumbier.

Cruzamos el Irati, de pies ligeros, que parece satisfecho de su diablura. Sigue el sol deshaciendo el globo a manotazos de luz.

El Lumbier viejo es una solana sobre el Salazar, que ensaya su próxima desembocadura debajo del puente románico, encorvado de siglos, de lluvias y de romeros.

Un grupo de muchachos prepara unas balsas neumáticas.

Entra el Irati, que viene alegre de bodas fluviales, y se pone solemne para desfilar por el desfiladero de rocas calizas que abrieron sus predecesores durante millones de años. Tiene aquí seriedad de río sagrado, y Félix aprovecha para arrojar desde el cantil una estatuilla que compró en Grecia, que no le gustó nada a María de los Reyes, que es muy suya, que para eso se llama María de los Reyes.

Subimos por el primer camino de la izquierda con la intención de rodear y de dominar la foz. Baja un madrugador con frío entre la barba de dos días.

—Buenos días. ¿Hay niebla por arriba?

—Quiá. Ya no queda casi. Está bueno.

Desde aquí vemos bien cómo deshace el sol los últimos reducidos de la niebla: ahora este monte, luego ese alcor, después Tabar blanco-terroso, ahora la Higa.

En el murallón calizo dentado que tenemos en frente se abren unas grandes picaduras, como cuevas, que el sol repica entre gris-plata y ocre. Los rebaños han ido dejando sus lanas entre las ollagas, que luego recogerán los pájaros para sus nidos.

Se despejan por fin los tres picos nevados de Izaga. Se oyen unas esquilas lejanas, por Errando. Choperales disciplinados y de austera divisa rinden honores, en el llano de Val, a la confluencia

JUNTO A LA FOZ DE LUMBIER

del Salazar y del Irati. Este que, por ser mayor, sigue conservando su nombre original, lleva un color verde vidrio y recorta las margas gris-azules abarrancadas de las márgenes.

Seguimos subiendo entre viñas descuidadas y almendros que aún sostienen algunas almendras, por garrigas un día preferidas por las cabras, donde abunda la coscoja. Hay unas colmenas rumorosas en un solejar abrigado de los vientos. Huelen los tomillos y los espliegos pisados por las botas. En el Corral de Alzueta hay unas pacas de paja cubiertas con plásticos negros en medio de un gran descuido y suciedad. Hasta los bojes parecen avergonzarse y retirarse. Junto a la tapia, un pastor con un perro.

Viene un olor acre a pasta de papel. Recuerdo el olor a madera, el olor a árbol y «reconvierto» este olor que hasta ahora me llegaba fétido. Se me ríen tapándose las narices y avanzamos. Cantan las alondras y se escurren las currucas. Queda una cofia de niebla sobre Sangüesa. Enebro de gálbulos verdimorados y verdiamarillos. No vemos perdices, tal vez por aquello de que «*en San Antón, la perdiz con el perdigón*». Ahí arriba, la ermita blanca de la Trinidad; hasta ahí llegaron hace un siglo carlistas y liberales a darse de tiros.

Bajamos la vaguada. Liédena a la vista. Sale el humo de las chimeneas, mientras algunos corros salen de la misa de doce. Un águila real vuela en círculos altos, casi litúrgicos. Mucho más altos, cruzan, distantes, dos aviones. ¿Madrid-París? ¿Copenhague-Madrid? ¡Ay qué segura está esta tierra que pisamos y qué amigo este solecillo de enero!

Nos sentamos a tomarlo, como se toma una bebida lenta y fruitivamente, sobre un paño de viñas que bullen de savia concentrada y silenciosa. Ante nosotros ensancha el Irati sus pulmones verdiazulencos a la salida de la foz y se pasea con señorío por el Saso bajo.

La semana está hermosa y austera, franciscana. Dan ganas de cantar con «el mínimo y dulce» Francisco de Asís al sol y al agua:

*Loado seas por toda criatura, mi Señor,
y en especial loado por el hermano sol*

VICTOR MANUEL ARBELOA

*que alumbra, y abre el día, y es bello en su esplendor,
y lleva por los cielos noticia de su autor.*

*Y por la hermana agua, preciosa en su candor,
que es útil, casta, humilde: ¡loado mi Señor!*

Bajamos, que ya es hora, por la pendiente y seguimos por la caja abierta del tren, por el estrecho y vertical camino ensanchado por «El Irati».

Por aquí pasaron de 1911 a 1955 los coches-jardinera, los coches-remolque, furgones y vagones, llevados por los motores *Latour* y *Winther-Eichberg*.

El fuego imitó al agua y abrió esta foz artificial, oscura y cóncava. El tren hizo de río fugaz, pero no duró tanto como él: arrasó caudales de vida durante casi medio siglo. Ahora es un cauce fauce, deshabitado y misterioso, abierto en pórticos semiojivales de roca, a donde vienen los excursionistas, los enamorados y algunas familias con los hijos. Aún hay restos ferroviarios encima de las peñas.

Atravesamos los dos túneles. Sólo el ver siempre abierta la boca nos sosiega. Recordamos aquí los apagones y los sustos de tantos trenes de nuestra infancia y juventud y los ramalazos de carbón en la cara. Apresuramos el paso.

Entre La Oquia y Biescas, por entre las paredes oxidadas y atormentadas de la foz, de la fauce, va el río seguro y bien encauzado, un poco estrecho y nervioso. Carrascas y bojés se suben a los palcos altos de los acantilados para verlo pasar. Antes lo navegaban las almadías, ahora gritan unos muchachos sobre sus balsas neumáticas.

A la salida del segundo túnel, hay un ciego que juega con unos niños, que deben de ser sus hijos. Su mujer pasea unos metros más adelante.

Les canta unas letrillas infantiles:

*El que fue a Sevilla
perdió su silla.*

JUNTO A LA FOZ DE LUMBIER

*El que fue al estanco
perdió su banco.*

Se acercan dos mujeres con sus carritos-cunas. Los niños del ciego le cogen de las manos y él sigue canturreando y manoteando:

*Debajo de una piedra
hay una culebra,
que dice, que dice:
que pierda, que pierda.*

Me quedo mirándolos. Miro al ojo ciego del túnel. Miro al ciego, al sol y al agua. ¿No estaré viendo visiones?

Salimos al sol. Al sol de esta primavera de enero, de color rosa arañada de amarillo.

Pasa el Irati debajo del puente nuevo, culebrina de luz.

LA CASA DE LOS NAVARROS-NAFARREN ETXEA DE BARCELONA

En los fogones del patio de la Casa están «engañando los caracoles» para el frito de conejo, al que se le añaden unas cebollas y unos pimientos.

Encima, sobre la pared, la placa del «Zugarramurdi-ko Akelareea», con el bajo relieve de la bruja, recuerdo de la visita.

Juegan unos mocetes en el frontón, junto a la Torre catalana, rodeada de pinos. Hay unas normas escritas a la entrada: «*Equipo. Los vísperas y días festivos, de blanco; resto de días, con pantalón (largo) y sueter*».

Dentro, en las vitrinas, los trofeos y recuerdos de Navarra y de fuera de Navarra. No faltan los gigantes de Pamplona y la Estatua de los Fueros.

Algunos cuadros y reproducciones de pintores catalanes y navarros. Viejos letreros y retratos: el antiguo «Otxote» de la Casa, ya desaparecido; la Escuela de Pelota, y la foto fundacional, el 5 de julio de 1930, de la inauguración de la primera Casa de Navarra en Barcelona. Primero estuvo en la calle de la Virgen del Pilar, luego –lo recuerdo muy bien– en la calle Moncada, y ahora en una villa amplia y coqueta del Paseo de Maragall, en la Barcelona verde y ruidosa, que huye de la ciudad húmeda y angosta del puerto.

He venido muchas veces a esta Casa. La última, cuando la inauguración de la Biblioteca, entre gentes de la cultura oficial de las dos Comunidades, a la que siguió un recital de poesía navarra.

Hoy vuelvo con Jesús Mauleón, que estuvo a punto de llevarse el Nadal de 1985, y volvemos con libros, con prosas y versos. Nos reunimos esta tarde en la sala de arriba, que la de abajo está ahora destinada al bingo, medio de subsistencia, en peligro, ay, de no poder subsistir.

El bar está lleno de gente.

–Hola, ¿qué tal?

–Ya ves, como siempre.

–Mira el de Milagro.

–Un abrazo.

–Y el de Valtierra.

–¡Hombre!

–Benvingut, noi.

–Gracies, i com has après el catalá.

–Venga un vaso.

–Venga.

–Ongi etorri, adiskide.

–Milla esker, gizon.

Y la de Artajona, y el de Marcilla, y las de Pamplona, y el de Arano, y el de Los Arcos. Y el ex-presidente, que es de Eulz, y el presidente, que es de Cadreita, los dos a cual mejor.

Los escudos de las villas navarras orlan la sala.

–¿Qué bebes?

–Un mosto.

–No digas.

–¡Qué ya es el tercero!

Llegan las autoridades catalanas, con un buen lote de libros para la Biblioteca. Y los rezagados de la «colonia» navarra. Hoy no es buen día, me dicen, porque es día de trabajo, y muchos de

los socios viven en los alrededores de Barcelona. Pero la sala se llena, y todos al final nos quedamos contentos.

En el mismo sitio armamos luego la cena. Conejo catalán con caracoles catalanes, regado todo con el vino de origen Navarra.

-¿De Mañeru?

-No llega.

-Vamos a probarlo.

Luego vienen las jotas, y el txistu -que aquí tiene escuela- y los chistes, unas palabras que sellan de agradecimiento la velada.

La Casa de los navarros-Nafarren Etxea de Barcelona, con su actividad diaria, su programa de actos culturales, sus sanfermines, su revista, sus excursiones... es una de las pocas que aún quedan en España, ahora que la de Valladolid ha cerrado por no poder pagar el alquiler.

La Navarra real, foral, plural, tan suya y tan para los otros, tiene aquí expresión acabada, en medio de esta Barcelona tan catalana, «archivo de cortesía», y tierra de arribo y de recibo. Los presidentes Tarradellas y Pujol han honrado la Casa con su presencia.

Pasados los duros tiempos de las migraciones interiores, las Casas se resienten en todas partes del paso de los años. Los hijos nacen ya indígenas. Pero Barcelona es grande, es lugar constante de paso y de asentamiento, aunque sea temporal, y la Casa de los Navarros-Nafarren Etxea puede tener vida para años.

-Qué bueno estaba el conejo con caracoles, presidente.

EL OTRO PERDON

Solemos subir al Perdón –sierra llamada también Francoandía, Reniega y Erreniega–, a la parte que da directamente a la Cendea de Galar y Pamplona. Pero apenas conocemos la parte situada a la derecha de la carretera, la que se extiende desde esa atroz tajadura aún en llaga hasta los montes de Villanueva, cerca de Sarría.

Hoy, lunes de Pascua, el cielo está azul turquesa y no hay una mala nube que nos ponga tristes. Pesan ya las botas, pero me las pongo por si queda por ahí algún barro resistente.

Dejamos el coche junto al horroroso puente. Han puesto unas plantas de pinos y cipreses alrededor. Andan arreglando los accesos. Subimos el repecho entre pinares sin cuidar, sucísimos de ramajes, que ahogan el bojeral.

Ya estamos frente a Valdizarbe, sumido aún –que acaban de cambiar la hora– en ese verdor calmoso y creciente de las mañanicas de los últimos días de marzo. Airoso Obanos, bajo Arnotegui; sostenido Muruzabal, en su leve mesetilla; semiescondiéndose Uterga, entre restos de bosque; y sacando la cabeza de la torre Legarda, un poco cansado de tanta carretera. Las casas de Adiós siguen a la torre que avanza; Tirapu son tres motas blancas en su otero; Añorbe sólo deja ver la estatua sobre su ermita-hospital de

San Martín, mientras Muruarte se asoma siempre sobre el cerro que escala con éxito. Más allá, los altos de Ibarbero, marineros fijos en la luz de la mañana navegante. Y más hondo, como un recuerdo borroso, el sistema Ibérico, desde Serradero hasta el Moncayo.

La carretera divide también una trinchera de puestos palomeros, cabañas maltrechas de rama de pinos, tablas y algún material duro de construcción. Los cartuchos dispersos, sucia y habitual costumbre, no nos dejan dudar.

Caminamos por la antigua cañada que unía las sierras de Erreniega y de Andía, por Belascoain, sobre cantos rodados, que los sabios fijan a finales de la era terciaria, traídos por los ríos desde los Pirineos recién despiertos. Hay algunos pinos albares sobre la cresta de la sierra, el resto lo llena el pino laricio, variedad austríaca, que crece rápido, resiste bien el frío y la sequía y puede durar 500 años. Por el camino encontramos, a derecha e izquierda, troncos abatidos y ya limpios, listos para el transporte.

Pega un vientecillo leve y refrescante, que viene del Este y trae un toque de nieve del Pirineo aragonés y navarro. No paran de cantar los zorzales, los pimpines y los picatroncos. Una alondra se me vuela, pesada, desde un chaparro, con un manotazo de alas. Bojes, enebros, coscojas y espliegos inundan el sotobosque.

Subimos a la peña Erchubia. La campa de la ermita de Santa Agueda, cerrada a cal y canto, con dos cruces de almazarrón a cada lado de la puerta, es un buen observatorio. Hay un gozo de nieve en Peña Blanca. Las Peñas de Echauri se escalan a sí mismas en tres intentos de estratos, mientras el huso calizo solitario, donde se enredan los escaladores, se resbala sin remedio del farallón.

Val de Echauri y la Cendea de Cizur no tienen nada que ocultar y se exhiben lustrosos de sol primaveral, aunque Otazu, Larraya y Gazolaz se nos queden tímidos tras los montículos que los guardan. Undiano, propietario de la ermita, va a hombros del pórtico de la iglesia, silencioso ya de bocas de minas y de minas, que lo tuvieron temblando durante años, lo mismo que a Zariquiegui y Astrain.

Está tan bella la mañana desde aquí, tan exacto y propicio el viento, que dan ganas de hacer una tienda junto a Santa Agueda,

patrona de la buena vista, y quedarse un largo rato. Pasa un avión, todo acero, de Francia hacia Madrid y nos quedamos mirándolo.

Dejamos la trocha que lleva hasta el Portillo de Ecoyen, límite norte del señorío de Sarría, nos desviamos hacia la derecha, hasta la vista libre del Val de Echauri, y bajamos a campo traviesa a Ipasate, caserío escondido ya en término de Arraiza, en un enjundioso bosque de olmos, robles, quejigos y fresnos.

Junto a la casona vieja, con escudo nuevo, hay una casa más pequeña y reciente, con un macizo de violetas a los pies, y han añadido un corral; almacén, en cuya fachada han puesto un buho de escudo. Alguien de buen humor debe de andar por aquí. No hay nadie en el caserío, pero alguien debe de habitarlo de cuando en cuando. Al pie de la era, que hace de vestíbulo natural, hay árboles frutales, que comienzan a abrir los botones, y por aquí y allí unos sarmientos de rosal.

No encontramos la fuente, que «canta y alivia al paseante», de la que hablan los libros; sólo un aska larga y seca. Tampoco los panales que debieran estar en las ventanas.

Un matrimonio joven con dos chicos, que ha llegado antes que nosotros, se queda aquí a comer unos bocadillos. El chico mayor anda buscando la fuente y los panales, pero quíá, nada. El tiene su opinión:

—Igual han llevau la fuente a la casa, adentro.

—Igual.

Con lo bien que nos vendría ahora.

Nosotros seguimos, por la orilla del campo de trigo, poco crecido aún, hasta la barranquera, por donde van las aguas de la lluvia al río Arga. ¡Qué bonita pareja la de la torre y el ciprés de Arraiza! Estamos rodeados de bosque mixto de carrascas, quejigos y robles, con algunos serbales junto al barranco. También el bojeral nos acompaña en todo el camino de vuelta, penoso ahora con este sol crecido.

A estas horas casi no hay pájaros. Nos distraen unas escarape-
las amarillas con unas solapas anaranjadas que se suben por el
aire emparejadas, como locuelas, sobre el verde variopinto del
bosque. En los bordes de la cañada nos sorprenden algunos ané-
mones de los bosques y los primeros botones de oro. Deja un
avión una cola de vapor en dirección a Londres.

El viento solano nos saluda amigablemente cuando llegamos a
Calaveragain, nombre que tampoco deja lugar a dudas. Una
mujer, un hombre y un niño, con mochila familiar, vienen cuando
nosotros ya vamos. Olor a pinos, entre erótico y medicinal.

Valdizarbe es una propuesta de verde regocijo. En la otra ver-
tiente del Perdón han puesto plantones de laricio sobre la tierra
removida por las obras del carrètil. El puente, que no hacía falta,
sigue el mismo, qué le vamos a hacer.

Ya en casa, me pasa como en *La llave de los campos*, de Magrit-
te: que en los cristales rotos de mi memoria aún lucen los pinos
del otro Perdón y la verdiparda mansedumbre de Valdizarbe, de
Val de Echauri y de la Cendea de Cizur.

SUBE LA VIRGEN DEL OLMO

Sube la Virgen del Olmo
hacia su ermita de Azagra
en su trono de gladiolos
de sándalo y albahaca.
Sube a hombros de los «quintos»
y las «reinas» son su guardia.
Todas las autoridades
lentamente la acompañan.

La bajaron a las fiestas
y vuelve a su vida diaria.
Al bajar, era un bullicio,
le apludían, le cantaban.
Al subir, está la gente
silenciosa, recatada.

Sube la Virgen del Olmo
cuando los olmos se abrasan
en los caminos de polvo
y la enfermedad los mata...
En los balcones, banderas,
bordados y sobrecamas.
Nos revuelve los recuerdos
la música de la banda.

VICTOR MANUEL ARBELOA

Sube la Virgen. Los ojos
fijos y claros de gracia,
con el Niño en la rodilla,
Andra Mari repintada.

Sobre la Peña, la sombra
del castillo de vanguardia,
y las sombras de los muertos
de cuando el yeso saltaba
con su rugido de sangre
sobre las calles y plazas.
Sobre las casas ahora
van saltando las campanas.

Sube la Virgen. La noche
huele a gozo de albahaca.
Sale la luna de fiesta,
sale la luna a mirarla.
El himno de la Patrona:
hay unos ojos con lágrimas.

. . .

Virgen querida del Olmo
el pueblo te sube y baja,
el pueblo te lleva y trae,
el pueblo te quiere y guarda.

Hija y Madre de este pueblo.
Virgen del Pueblo de Azagra.

EN SUMBILLA

Traspasa el avión el suelo de nubes que nos han impedido ver, desde Versailles, el jardín de Francia. Llegamos al aeropuerto de Bayona-Biarritz-Anglet.

Los árboles están aún verdes. Un arco iris que se me forma en la ventanilla va tiñendo este verde otoñal con todos los colores del espectro. Ultimos lagos glaucos junto a la línea tensa y espumosa de la costa atlántica. Playas inolvidables de Biarritz. Bayona tripartida por la Adour y La Nive, con nueve puentes para unirla y para pasar de un ensueño a otro. Lombas y lometas blandas con casitas de gnomos ricos. No hay salto. Un leve roce y ya está.

Nos da de frente el sol hasta la misma frontera. Brilla alto y poderoso en los serrijos del Larrún, del Ibantelly y de Peña Plata.

En Zalain me meto entre pecho y espada un par de huevos fritos con magras y tomate.

—Vino tinto.

Fábricas y almacenes. El cementerio de Vera se estrecha entre el río y el monte.

Atravesamos la villa. La cantera «va a por todas». Miro hacia el Bidasoa, que he visto hace poco internacional y aduanero, un poco pagado de sí mismo. A ratos viene convexo y limpio como un

pez, a ratos se arrastra entre rocas y cascajos. Ahora es un estanque de hojas caídas, ahora un río que corre bien y seguro. Vamos hondos, emparedados entre las quebradas de quiebro del largo valle. Los alerces son los únicos árboles que van a la moda flavagilva de estos últimos días de otoño. Por las faldas plisadas de cuetos y altillos, que llegan hasta el río, se suceden los almiarés o metas, pastores de vientos o campanillas de yerba, según se les mire. Los helechos tienen ya ese color caldero, que va rodando por las laderías.

Tras unas rectas luminosas, el río serpentea entre el Azkua y el Apaola, y la carretera hace casi lo mismo. Los chopos están lisos y transparentes.

El Mendaur tiene unos espolvoreos de nieve. También el Sayoa, que nos espera al fondo.

Antes de llegar a Sumbilla —un día Husumbil y Sambill—, nos sorprende la casa de San Tiburcio, con alero tallado y ventanas ajimezadas. Debió de ser hospital del poblado, que tenía iglesia, hoy sólo ruinas, y hasta puente —*Zubizar*—. Hasta hace poco los párrocos de la villa se llamaban titulares de las parroquias de San Juan y San Tiburcio.

El puente de tres ojazos une con sus brazos robustos los dos barrios y como que mira por ellos. Pero por el río no hay cuidado. Apenas si hace un poco de ruido cuando pasa bajo el cementerio y un sotillo de chopos, en el que pastan unas vacas pintas y royas.

Las casas del barrio de la carretera, altas, macizas y almagra-das, están menos holgadas que las del otro lado, que suben y bajan y se extienden hacia el Este. Un bloque de casas nuevas se han construido donde la antigua estación de «El Bidasoa», el tren que iba y venía entre Elizondo e Irún. El Ayuntamiento está casi en el centro, queriendo estar a bien con todos, nada más pasar el puente. El bar del primer piso une tanto como aquél.

En la calle de San Juan que va hacia la iglesia, hay unas casas hermosas y ennoblecidas, de fines de XVII, y del XVIII, como las de Baratarenechea y Paulabaitia, o la de Txangobaita (de los Taberna), con un jardín coqueto y un balcón corrido, por los que pasearon ilustres diplomáticos.

Subimos por la calle Alta, de piedras bien calzadas. Casas de piedra y cal, balcones y postigos de madera, algunos con recortes

de corazoncitos. Máximo Errandonea, que tiene aquí abierto un taller, nos explica las casas una por una, que él ha hecho y rehecho algunas de ellas. Entre otras, la de Panchillo.

—Casa Kaiku, nos habían dicho que era unas chicas que volvían, tan contentas, de la escuela.

Es grande y vistosa, reconstruida en 1927, en la parte más alta del pueblo.

—Casa de las monjas, nos dijeron luego las mismas muetas.

—Casa Panchillo, volvieron a decir.

—¿En qué quedamos?

Todas tenían razón todas las veces. Porque casa Astondoa, que así se llamaba antes, fue luego casa Panchillo, por el nuevo dueño, y después de las monjas, que ya se fueron, y ahora es de un señor que hace kaikus, y se llama Oteizaenea.

Dos chicos se tiran con fuerza sobre un montón de hojas de plátanos. Hay corrillos de chicos y de chicas, que hablan castellano y vascuence.

Ahí está el túnel del viejo tren, que le da al pueblo un aire entre misterioso y turístico. Se nota aún el paso de los raíles. Hay trozos de huerta con acelgas, coles, borrajas y achicorias. Un cerdo abierto en canal y descabezado, ya limpio, sobre unas parrillas. Un perro se le acerca, lo olfatea y se va.

—Le ha llegado un poco tarde su Sanmartín.

El viejo lavadero, con su armoniosa cubierta de madera, es ahora un almacén de leña. Sigue el aska llena de agua.

—¿Aquello es una ermita?

—No, es un caserío.

Son muchos los caseríos de Sumbilla, esparcidos por los montes que lo circundan: Semberro, Oleguí, estribaciones del Mendaur, poblados de robles, pinos de Monterrey y algunos castaños. Se ven también unas bordas.

Nos asomamos al río. En una pared blanca los chicos han escrito: «Tonto el que lo lea. Te dedico este dedico». Me aplico el cuento y

veo que los clásicos estribillos infantiles se extienden a todas las latitudes. Afortunadamente, aquí no hay otros letreros.

Cuando volvemos hacia la iglesia, el párroco, buen músico y miembro de la Coral de Elizondo, anda llevando carretillas de hojas secas, que se amontonan en el cuidado jardín, ahora apagado de flores. El atrio, cubierto, de madera de roble negruzco, rodea la única nave de la iglesia.

Fue ésta ampliada y renovada el siglo pasado. El altar mayor se cambió de Este (tradicional orientación) a Oeste y se armó un alboroto en las familias que vieron cambiado el lugar de sus «fue-sas» y sillas. Los últimos fueron los primeros, pero a muchos de estos no les valió.

La nueva pantalla cinética recoge las imágenes y los textos en vascuence que proyectan desde el fondo del retablo durante los oficios. Desde el altar mayor sobresale el Cristo del fondo, entre luces, opacas. Es un Cristo venerado que preside la procesión del Viernes Santo, cuyos pasos se exponen primero en el atrio.

En el atrio se reunía antes la gente, sobre todo los que venían de los caseríos, y allí hacían su tertulia antes de entrar y después de salir. Ahora –se queja el párroco– muchos vienen en coche y no paran apenas.

Alguien recuerda las buenas artes de aquella famosa cocinera, que vivió ahí mismo, en esa casa nueva, cuando era vieja, de Matlapaita.

Nos miran otra vez los tres ojazos del puente. Miramos las altas y almagradas casas del otro barrio. Ahí arriba, el omnipresente Mendaur, y aquí abajo, el Bidasoa omnifluyente.

Sumbilla: pueblo-puente, pueblo-río, pueblo-monte. «*Sumbilla, ni pueblo ni villa, más largo que Sevilla*», dice el refrán.

Villa larga que se escapa, por el sur, de cinco Villas, y, por el norte, del Valle de Lerín, al que pertenece. Pero los montes, el río y el puente la sujetan.

INDICE

Prólogo	7
En Burlada también hay huertas	11
Carnaval infantil de Lanz	15
Estampa de Mañeru	23
Nací en Mañeru	27
El mar de Navarra	29
Viernes Santo en Aras y Cáseda	31
El Angel de Tudela	37
Madoz y Odériz	43
Mi Patria desde niño	49
Tarde de Nochebuena	51
En el Cerco de Artajona	55
Se nos hecha la noche en Olza	61
Muerte en el pozo de Undiano	67
En Valtierra la mora	71
Donde nace el Ercilla-Larraun	79
En Irulegui, con viento y perro	83
Sangre en Montejurra	89
Villancicos en Potasas	91
Un cuartel de la Guardia Civil	95
Estampa de Cirauqui	99
En Lodosa, con el poeta Angel Martínez	103
Angel del Río	109

Me voy hasta Alsasua en tren	111
Otoño en la Taconera	121
De Ablitas a Monteagudo	127
Aprendo euskara	133
De Eunate a Eunate	135
Alrededor de Uzquita	141
Noviembre en la Ciudadela	147
Llegamos a las cuatro a Usechi	149
Resurge Zolina del Medieval	155
Hoy, de nuevo, cuatro asesinatos	161
De Baigorri a Lerín	163
Desde la sierra del Perdón	173
Mañanica de Palmas	177
Junto a la Foz de Lumbier	179
La Casa de los Navarros-Nafarren Etxea de Barcelona	185
El otro Perdón	189
Sube la Virgen del Olmo	193
En Sumbilla	195